

Luis Mateo Díez

Pájaro sin vuelo



Lectulandia

La historia de un hombre más que perdido, echado a perder.

La mañana en que comprueba que no es capaz de hacerse el nudo de la corbata, Ismael Cieza toma conciencia de que su vida ha llegado a un límite cuyas consecuencias aún no es capaz de precisar. Ante él se presenta un día crucial en que deberá rendir cuentas con su pasado y consigo mismo.

Mientras recorre la ciudad neblinosa en busca del hijo crápula del director de la oficina de seguros donde trabaja, Ismael repasa sus años como viajante, sus aventuras amorosas, su dolorosa separación matrimonial. En el cumplimiento de su encomienda se cruza con los personajes más variopintos y ha de cargar con un «mal del cuerpo» que le pesa tanto como ese lastre tejido de reproches antiguos, sueños recurrentes y una ineluctable sensación de pérdida. El retrato genial de un hombre sin voluntad que debe arrancarse de la dejadez en que ha convertido su vida para encarar una revelación sorprendente.

Lectulandia

Luis Mateo Díez

Pájaro sin vuelo

ePub r1.0
pepitogrillo 09.04.16

Título original: *Pájaro sin vuelo*
Luis Mateo Díez, 2011
Diseño de cubierta: María Pérez-Aguilera/Trevillion

Editor digital: pepitogrillo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I. EL ESCARABAJO EN LA COCINA

1

La mañana en que Ismael Cieza comprobó que no era capaz de hacerse la corbata, fue cuando tomó conciencia de que su vida llegaba al límite que alcanzan los fugitivos que deciden entregarse, porque ya no les quedan fuerzas para seguir huyendo.

Esa mañana inauguraba un día crucial en la vida de Ismael Cieza, una de esas jornadas que dejan en la playa los restos de lo que el mar arroja para que, al menos, por unas horas queden depositados en la arena antes de que las olas se los vuelvan a llevar.

Las manos irresolutas de Ismael Cieza intentaban hacer el nudo de la corbata, y en la imposibilidad de lograrlo mostraban el temblor con que el nerviosismo pone en evidencia la incapacidad.

Habían pasado muchos años sin que necesitara hacerse la corbata, ya que esa encomienda estaba delegada, como tantas otras de la rutina doméstica, en Novelda, que siempre había sido una esposa atrapada mucho más allá de lo razonable en las tareas domiciliarias, como si las delegaciones no proviniesen de una obligación convenida en el reparto de la convivencia sino en el rastro de las impericias y las dejaciones, que Ismael iba acumulando igual que el bicho que se aleja con la huella de la baba en el suelo.

Las prendas que uno se quita, los objetos que se acaban de tener en las manos, los utensilios recién usados, lo que se descoloca y abandona sin que regrese a su sitio, contraviniendo cualquier norma de orden porque ni siquiera se acepta la existencia de una normativa, ya que el propio comportamiento implica un desconocimiento absoluto de lo que pudiera contribuir a la naturalidad organizada de los actos cotidianos que, para bien o para mal, compartimos con quien se vive...

La corbata siempre se la hizo Novelda y, desde la separación, había un remanente de corbatas hechas que colgaban en el armario como viejos dogales que esperaban el cuello del ajusticiado. Se trataba de la reserva con que Ismael aseguraba la tranquilidad de su inmediato y repetido uso, la garantía de que podía salir corriendo al despacho sin que algo tan penoso como una corbata sin hacer se contrapusiera en el camino. El patrimonio de las prendas así colgadas no resultaba muy edificante, pero

en ningún caso le incitaba a la necesidad de adiestrarse con el lazo, como si en el intento de ese adiestramiento la previsión del fracaso supusiera un nudo más sin hacer en su vida.

Y de la concatenación de tantos nudos, hechos, deshechos y sin hacer, estaba colmada esa vida que adquiría un ingrato espesor en la mañana, con el desaliento que el fugitivo administra para darse por vencido.

En el vano intento, ante el espejo que devolvía la imagen ajada que el cuidadoso afeitado no lograba aliviar, y en la que las ojeras marcaban las arandelas de un sueño peor digerido que el que mantiene crudos los alimentos en el estómago, Ismael Cieza fue sintiendo el desamparo que suponía una incapacidad tan flagrante.

Se trataba de un mero gesto que podía haber sido imperceptible durante mucho tiempo y que, sin embargo, adquiría de pronto la dimensión exacta de su significado, lo que la carencia determina en el estupor con que uno acaba de comprobar su ineficacia.

Es precisamente en esas pequeñas cosas que no se ven, en los actos que solventan las necesidades menos relevantes y más inmediatas, donde mejor se aprecia la inconsecuencia o la irresolución de quien está desarmado sin reconocerlo.

En realidad, la convivencia ayuda en muchas ocasiones a que la delegación de lo que no se sabe hacer o ni siquiera se intenta, parezca no ya un demérito sino la peculiaridad divertida y hasta disculpable de quien vuela irredento por otros aires, sin que se requieran los servicios que él mismo no sabe prestarse.

El día en que Novelda se fue definitivamente, cuando la separación matrimonial quedó consumada tras la última y fracasada tentativa, Ismael Cieza tuvo la ocurrencia de reclamar la propiedad del coche familiar, un modelo recientemente comprado, como si al ver a su mujer hacerse con las llaves del mismo en la mesita donde habitualmente las dejaba, hubiese saltado el resorte de lo que siempre fue la observación de un gesto intrascendente, nada distinto al de ponerse el abrigo o sacudirse la melena antes de irse. Una especie de gesto utilitario que siempre le correspondía a ella y al que él era ajeno, salvo en las ocasiones en que las llaves no estaban en su sitio y la soflama de la mala cabeza subía a sus labios como una acusación que a ella le indignaba.

—Es lo último que debiera interesarte... —aseguró Novelda aquel día, sin reconvención ni malicia, con parecida templanza a como había sobrellevado los trámites de la separación—. Jamás te planteaste sacar el carnet de conducir, y no hay cosa más absurda que ser propietario de un coche sin saber manejarlo.

El temblor de los dedos se aferró a la confusión con que la corbata resbalaba como la piel de una serpiente que huye despavorida, y cuando la serpiente colgó abatida del cuello de la camisa, supo Ismael Cieza que la jornada que le aguardaba sería la que mejor mostrara el extremo de la contradicción a que finalmente había llegado su existencia.

2

EL escarabajo se movía en el sueño con la lentitud y el temor de quien se encuentra en un medio extraño, y la curiosidad del durmiente advertía el temblor de las antenas y el peso del caparazón que aplastaba las patas sobre las baldosas.

Era el mismo escarabajo que había asomado por algún resquicio de los sueños infantiles de Ismael, con la cabeza romboidal y los élitros apelmazados, el que había recogido del suelo para guardarlo en el bolsillo con las canicas y las migas de pan.

Los coleópteros seguían una ruta reincidente y numerosa en los sueños de Ismael, al menos hasta que en su juventud dejaron paso a los roedores, que siempre corrían asustados bajo la cama y a veces se quedaban quietos y le miraban amistosos y compasivos cuando abría el armario, como si en el sueño el armario fuese la cueva donde se guarecían.

Entre los insectos las noches de la adolescencia se hicieron más apacibles que los días y solo de cuando en cuando, la concordia se veía amenazada por su excesiva presencia, como si las filas que habitualmente escoltaban desde las cunetas las carreteras por donde el durmiente caminaba sin tregua, se espesaran hasta convertirse en escuadrones que adquirirían un aspecto bélico.

El escarabajo se detuvo en medio de una baldosa, indeciso o más bien extraviado, como si el temor ya corroborara la existencia de un medio hostil y, lejos de cualquier formación, como un individuo solitario a quien nadie podrá auxiliar, depositó todo su peso sobre sí mismo, en esa disposición de camuflaje que a Ismael, cuando era niño, le facilitaba la posibilidad de cogerlo con los dedos y meterlo en el bolsillo del pantalón con las canicas y las migas de pan.

Dio la luz de la cocina y allí estaba, igual que una diminuta pieza acorazada de acero oscuro.

La continuidad del sueño repetía esa presencia en el inesperado descubrimiento que parecía una redundancia en la realidad del despertar.

Era un tramo habitual en ese pasillo que encerraba la noche como un camino por el que andaba descalzo, casi siempre para llegar a la cocina y, tras encender la luz, abrir la nevera y dar un trago de leche de la botella abierta, lo que siempre le recriminaba Novelda por la fea costumbre que suponía dejar las babas.

—Nada te cuesta usar un vaso... —le repetía ella, poco convencida de que algún día llegara a hacerle caso, y él había reconvertido la reincidencia en un acto de desobediencia y desgana y hasta se complacía chupando el cuello de la botella como si las babas formasen parte de la necesidad de beber.

El escarabajo estaba quieto.

En el sueño la disposición era la misma, el trabajoso movimiento desaparecía, la inmovilidad transformaba la diminuta pieza acorazada en una bola que muy bien podía haber caído al suelo desde el agujereado bolsillo de cualquiera.

La intención de dar dos pasos por las baldosas y acercarse para cogerlo, como de niño había hecho tantas veces, apenas duró unos segundos en la somnolienta voluntad de Ismael Cieza.

La leche estaba agria.

Podía tratarse de una botella que llevase abierta demasiados días. Las provisiones no tenían el control de quien se ocupa de una compra regular y razonable.

La nevera despedía el olor de los alimentos que se descuidan. Probablemente, de todos los electrodomésticos y muebles de la casa era el que más preocupaba a Ismael y, al tiempo, el que mayor desazón le producía. Un instrumento doméstico que no participaba de la pasividad de los demás, que estaba vivo en sus necesidades y reclamos y que ponía en evidencia, del modo más insistente, la inoperancia y descuido de su usuario.

En el polo opuesto se encontraría, sin duda, la cama, siempre deshecha y, sin embargo, manteniendo el frescor de las sábanas arrugadas que apenas necesitaban ser estiradas en el momento de acostarse para recuperar la tersura.

No vaticinó, como otras veces en el sueño, el camino del escarabajo.

La presunción le llevaba a quedarse observándolo el tiempo necesario, igual que si la espera se correspondiese con lo que el insecto necesitara para recuperar las fuerzas y emprender de nuevo esa ruta extraviada por las baldosas, salvando con especial esfuerzo la juntura de las mismas.

Le reconfortaba verlo.

Sentía el placer del niño que en más de una ocasión se había apoderado de él.

Era un símbolo de sus vicisitudes o, al menos, le gustaba hacerse a la idea de que entre todos los bichos del mundo resultaba el único al que profesaba una secreta confianza.

3

Un niño perdido en una ciudad perdida.

La infancia de Ismael Cieza dejó la marca del largo camino que confundía las mañanas incrementando la angustia de su desorientación.

No se trataba de un camino intrincado, aunque en la configuración urbana de una ciudad como Doza la antigüedad contribuía a que no existiesen direcciones razonables. Y tampoco era excesiva la distancia entre la casa paterna de Ismael y el Colegio donde estudiaba, pero entre la disposición de salir cada mañana y llegar con el tiempo preciso para entrar en el aula antes de que la primera clase hubiese comenzado, existía un tramo de reserva mental que aquilatava los pasos y ayudaba a que fluyese un temor que fue alimentando la confusión.

Salir de casa suscitaba una tensión de aventura e inclemencia, adecuada al desamparo en que Ismael se sintió preso cuando la familia vino a Doza o, más exactamente, cuando meses antes su padre le comunicó que le trasladaban a Doza desde Armenta, que era la ciudad donde Ismael había nacido y en la que siempre habían vivido.

Se trataba de un traslado profesional que suponía un ascenso en la carrera del padre y que en el destino familiar también marcaría el límite de las razonables ilusiones con que el matrimonio afrontaba un porvenir modesto, con dos hijos de edades cercanas que complacían cada uno respectivamente a la madre y al padre, tal vez por un apego más instintivo en la madre hacia Ismael y en el padre hacia Elvira. Ese apego que en nada determina un valor injusto en las preferencias y que deriva de la temprana orfandad de la madre y de la circunstancia de que en la familia numerosa del padre no existiese ninguna hermana.

El límite de las razonables ilusiones con que la familia se instaló en Doza fue haciéndose perceptible en lo que poco a poco la mala suerte retrae de la expectativa, y la desgracia repone para llenar el hueco de lo que se va perdiendo, como si en la medida de lo que honorablemente se pretende se interpusiera el destino como un dato en la suma negativa.

El destino, una palabra que no tardó mucho tiempo en conformar en la cabeza de Ismael Cieza un ruido parecido al de las ruedas en los rieles, con el eco de la necesidad en el veloz recorrido de dirección inexcusable, y un aliento parecido al humo de la locomotora que justificaba la fatalidad de su curso: el humo que igualaba las aguas del río de Doza, que siempre fluían en la misma dirección en que se iban los

trenes.

Hubo un contratiempo en la Oficina bancaria que dirigía el padre de Ismael, un problema de contabilidad que escapó de sus obligaciones pero no de sus responsabilidades y, aunque quedó aclarado a pesar del quebranto, el distinguido empleado que había obtenido el merecido ascenso en el traslado fue observando, con mayor celeridad de la imaginable, la subterránea desconsideración que labraría el descrédito o la falta de confianza.

El destino parecía reñido con la desorientación con que Ismael emprendía aquellas mañanas infantiles en la ciudad desconocida.

Doza era muy distinta de Armenta, aunque nada familiariza más las estructuras urbanas que ese valor del tiempo en el patrimonio monumental de las ciudades antiguas, donde el laberinto se construye entre los imponderables volúmenes con que la piedra se adueñó del espacio.

El destino no conformaba todavía la conciencia de lo necesario y lo fatal en el pensamiento de Ismael, a fin de cuentas no era otra cosa que un niño perdido en la que todavía se le aparecía como una ciudad perdida.

La desgracia creció en los años siguientes sitiando a la familia, con el padre profesionalmente relegado con esa impía y sibilina estrategia con que las entidades bancarias planifican las cuentas de resultados y cortan los pies al cuadrar bienes y personas.

La madre fue constatando el declive de aquel hombre arrinconado, y silenció hasta donde pudo la dolencia que alteraba su corazón enfermo.

En lo más recóndito de la familia, también entre los parientes más allegados, el secreto del corazón maltrecho de la madre formaba parte del sobreentendido con que tan reiteradamente preservan las familias lo que pertenece a la intimidad del sufrimiento, de manera que la preocupación que todos asumen se solidarice en la discreción.

La historia del corazón maltrecho de su madre la supo Ismael cuando la enfermedad se la llevaba, mientras su hermana Elvira volvía a repetirle aquellas palabras que fraguaron una relación tan cariñosa como contradictoria:

—Nunca te enteras de nada.

Se hizo un hombre perdido en la misma ciudad, ya que en Doza, exceptuando algunos estudios y viajes, siguió viviendo, lo que determina el compromiso de Ismael con un escenario urbano que integró el destino familiar y auspició el suyo, aunque nunca llegó a sentir a Doza como la ciudad que le correspondía.

En ella conoció a quien sería su esposa, Novelda Lama.

Celebraron el matrimonio en la Capilla de la Colegiata, nació Abril, la hija única, vivieron en un piso de la Plaza Ceranda, que el suegro ayudó a comprar, y nada varió en la ocupación profesional de Ismael, que siempre tuvo clara la aversión a las encomiendas bancarias, donde su padre tanto había sufrido, y aceptó sin mucho entusiasmo pero con la resignación remunerada en la que sus capacidades le hicieron brillar lo suficiente para llegar a puestos de mayor responsabilidad, un empleo en la Compañía de Seguros Occidentales, donde el dueño en seguida profesó a Ismael la estima que jamás pudo depositar en un hijo calavera, que socavó hasta donde pudo un negocio muy necesitado de la seriedad y solvencia en las relaciones.

Don Medardo, el dueño, y su hijo Tulio tenían para Ismael esa cercanía que sustituye lo familiar por el compromiso de unas relaciones de confianza que desbordan lo laboral y establecen la trama de una dependencia no evaluada, como si en los Seguros hubiese una herencia compartida que jamás se repartirá.

El niño que Ismael había sido se perdía en el tramo de las mañanas, todavía reclamado por el sueño que habitualmente alargaba un sopor que expresaba su torpeza en los pasos desordenados y en la desorientación.

La experiencia de la ciudad desconocida, y también lo que suponía el desamparo de los amigos dejados en Armenta, afianzó la dificultad de un camino al que no se le presta la atención debida, el curso de las calles que contradecían la dirección en el desorden de su antigüedad, y la pérdida le hizo consciente de un espacio hostil, como si el temor que se fue apoderando de su ánimo no tuviera otra alternativa que la de su incapacidad para dominar aquel nuevo escenario.

Tuvo que pasar bastante tiempo hasta que el niño adquiriera el conocimiento y el poder precisos para adueñarse de un paisaje tan inmediato e incierto, pero ni siquiera ese poder y conocimiento sirvieron para que desterrara la temerosa sensación de no llegar a donde iba y en el horario establecido, ni volver sin que el recelo se disipara.

Los nuevos amigos fueron contribuyendo a que el desamparo se aliviase, aunque la inseguridad del futuro empleado de la Compañía de Seguros nunca desapareció, y

el hombre perdido era un heredero cabal en la misma ciudad perdida de la que jamás consiguió apropiarse.

En la contradicción de aquel tramo de la mañana hubo un detalle especial que reforzó los desordenados pasos del niño que estaba descubriendo las calles de Doza.

Sin darse cuenta, como del modo inadvertido en que un peligro nos acecha o alguien a quien pudiéramos considerar enemigo nos vigila, Ismael comenzó a sentir el temor como un veneno que circulaba por las venas, también la cobardía que poco a poco paralizaba la torpeza de sus pasos.

Había en las calles, sobre todo en los alrededores de la Colegiata, algunas casas que tenían unos portales enormes, en los que la piedra y la oscuridad daban la misma impresión que las bocas abiertas de algunas cuevas donde resultaría difícil que habitaran seres humanos.

El temor reforzó la cobardía y la torpeza y, a la vez, una intensa curiosidad que en muchas ocasiones le hacía detenerse ante ellos, tembloroso y necesitado de que alguien, fuera quien fuese o lo que fuese, asomara para reclamar lo que Ismael soñaba.

De ese mal sueño participó el hombre perdido en Doza.

Lo que el niño vivió entre las contradicciones de su camino, la hostilidad que sugería la amenaza o la vigilancia, entre la desorientación y el apremio por llegar cuando debía, alimentó los sueños que perpetuaron algunas emociones secretas y los recuerdos que Ismael Cieza recuperaba muchas tardes, al volver a casa desde el despacho en la Compañía de Seguros, cuando cruzaba ante un portal que ya no le parecía tan enorme pero sí igual de oscuro y peligroso...

Decir que estaba perdido en la vida tiene algo de justificación que a Ismael podía gustarle, ya que las coartadas que establecían su aprendizaje, y en las que logró un alto grado de especialización, asentaban la complacencia de su conocimiento.

No hay mejor manera de complacerse que sentirse complacido, hacer propicia la propensión a que cualquier cosa nos satisfaga, de modo que no tengamos que arriesgar lo que puede perjudicarnos.

Ismael fue administrando esa idea de la pérdida como un atributo de la inconsecuencia, lo que era fácil de achacar a una notoria falta de voluntad que muy bien podía haberlo convertido en uno de esos seres extraviados que padecen algunas de las enfermedades de la voluntad que auspician sus trastornos.

Perderse en la vida requiere, en casos como el suyo, una capacidad parecida a la del marino que no gobierna la navegación y siempre se siente segundo o tercero de a bordo, sin ambición para cumplir en su puesto las órdenes previstas ni pasarse de la raya en el incumplimiento.

Dejarse llevar era el sistema de no ir a ningún sitio que no fuese el irremediable, y en esa disposición conviene que el aprendizaje ayude a limar las asperezas. El navío navega en la quietud de un mar en calma, y la placidez anima el placer de que esa navegación no tenga término. Se goza de la vida con la complacida conciencia de que uno no pretende mucho más de que le dejen en paz, sin que el tiempo contraiga las urgencias que provienen de las necesidades, sin que el espacio no sea otra realidad que la que encamina la deriva de un barco que parece navegar sin que haya sido preciso rescatarlo del dique seco o soltar las amarras.

Ismael Cieza sabía de sobra que la pérdida, o el desvío de una existencia ajustada a un ideal tan vano, o tan vacuo, según tenía que escuchar en las variadas admoniciones de quienes más cerca de él estaban, y lo querían y soportaban, era una excusa y una variante del extravío, lo que llega a disimularse mal cuando la coartada muestra el resquicio de la resignación culpable.

Estás resignado a ser como eres, a nadie engañas. Nunca vendiste lo que no te pertenecía. Mi mayor ambición es que me dejen en paz, en proporción a mi capacidad para no meterme con nadie, y no pido lo que no doy y jamás me gustó reservar el derecho de admisión en ningún negocio de la vida.

La resignación culpable.

Del mismo modo que el niño atesoraba un temor venenoso ante los enormes portales oscuros de Doza, las cuevas de las que podría salir un ser dañino para devorarlo, el hombre perdido en la vida atesoraba con creciente inquietud esa sensación de que su conciencia perdía las convicciones morales que hacían de la resignación un bien honorable.

Resignado a esa existencia subsidiaria que le ayudaba a permanecer en segunda, tercera o cuarta fila, comenzaba a hacerse fastidiosa la navegación cuando los requerimientos, sobre todo en la esfera familiar, eran tan imprescindibles como su deriva marinera, y en la actitud resignada que mostraba las mejores armas de sus justificaciones, el fluido de la culpabilidad presagiaba en los peores momentos algo parecido al mareo o al corte de digestión.

La vida no se resuelve de cualquier modo.

Las reservas de Ismael Cieza se fueron consumiendo mientras la vida discurría y, como era fácil de prever, ese cúmulo imperceptible de las contradicciones comenzó a subir a la superficie con la misma consternación con que ascienden los restos de un naufragio en que la propia conciencia rescata lo que permanece desaparecido.

Más que perdido, echado a perder, dijo Novelda en una de las últimas conversaciones que precedieron a la separación, cuando todavía no habían llegado al convencional esfuerzo, que intentaron pactar varias veces, para lograr que la ruptura no acumulara más daños de los necesarios, a lo que contribuyó mucho la templanza de ella.

6

También el primer episodio de la mañana de ese día crucial, cuando Ismael llevaba seis meses viviendo solo, y el domicilio de su soledad seguía siendo el familiar de la Plaza Ceranda, pues Novelda prefirió irse una temporada al piso de sus padres, que estaba vacío desde su trágico fallecimiento en un accidente de circulación, fue la constatación del mal del cuerpo con que siempre arrancaban sus jornadas.

El mal del cuerpo era la denominación eufemística con que Ismael se refería al estreñimiento. La forma de hacerlo no era inocua, como tantas otras constataciones y expresiones que usaba de manera reiterada en la denominación de sus asuntos más personales, no solo fisiológicos, también relativos a sus costumbres, al modo de relacionarse con los demás y a la advertencia de la autocomplaciente mirada que esparcía con irónica complicidad sobre lo que en cualquier momento tenía más cerca.

En el punto de mira de Ismael, exceptuando la condolencia excesiva de sus dolores, siempre más terribles y menos compensables que los de los demás, emergía la ironía o un humor improvisado, capaz de perfilar la gracia en la observación y el comentario, lo que facilitaba las armas de su relación y procreaba la simpatía en los alrededores, como si en la naturalidad de sus palabras, tan insistentemente conmisericordias, ese humor destilara una comprensión benigna que irradiaba la correspondiente complicidad.

Eres un encantador de serpientes, le decía Novelda, pero al mago quien de veras lo conoce es quien se sabe sus trucos, el encantamiento tiene la trastienda de lo que no brilla en el escenario...

No es que Novelda hubiera llegado a sentirse la ayudante del ilusionista, tampoco Ismael ejercitaba las artes estrictas del prestidigitador, más bien al contrario: a Novelda la subyugaba la capacidad humorística de su marido, la facilidad para ganarse a la concurrencia, y en las bromas con que Ismael se sobrepasaba poniéndola a ella en una suerte de evidencia no por cariñosa menos pesada, llegaba a sentirse complacida, como si él la ganara para que el humor la contagiase y lo sintiese suyo.

El encantador de serpientes, el ilusionista, dejaba que la ayudante, si por tal quería sentirse apreciada, diera más pasos que él bajo los focos o bajo las bambalinas. El auditorio adjudicaba a Novelda lo que Ismael le había concedido y la pareja compartía esa felicidad instantánea que se suma en el halago de la diversión y las risas.

Luego, cuando acababa la función, que era una parte importante de la vida de Ismael,

que no necesitaba escenarios ni pistas iluminadas, el encantador de serpientes mostraba lo que el ánimo no puede mantener con la constancia definitiva de lo que somos: mostraba el desamparo que justifica la carencia en que Ismael tanto se deleitaba, la fragilidad que tiende un resorte de melancolía para que no dejen de verte y sentir que andas en las horas bajas, necesitado de que te echen una mano, aunque no sea imprescindible que lo hagan pero que, al menos, se sepa que la necesitas.

Los días peores, las horas bajas a las que todos tenemos derecho, los momentos en que la ironía falla en el propio espejo, aunque Ismael sabía mirarse hasta en las más duras ocasiones sin que la vela se apagara por completo, discurrían en la razonable corriente de quien mantiene un espíritu poderoso, capaz de aceptar esos vaivenes irremisibles sin que se produzca el hundimiento, aunque el espíritu se contradiga con la inseguridad y, sobre todo, con la incapacidad, como si en la administración de la existencia sufriese Ismael una contradicción extrema en la que se desvanece cualquier poder bajo la línea de flotación del temor y el desaliento.

Al mal del cuerpo le precedió ese momento del despertar que lo presagia, cuando el hecho de abrir los ojos se compeadece con la circunstancia de un ánimo averiado.

La cama revuelta, las sábanas más usadas de lo debido, cierto hedor que la propensión higiénica de Ismael detectaba como una variante desoladora de su propio aislamiento contribuían a ese desánimo, ya que la mañana en el otoño de Doza filtraba a través de las persianas una luz de espejo empañado o la opacidad del cielo que confunde nubes y brumas.

El hábito de saltar de la cama con el sonido del despertador o con el rebullir incómodo de Novelda, que siempre se daba la vuelta con la decisión malhumorada de quien encuentra en el final de la noche las horas más dulces para seguir durmiendo sin que nadie le moleste, se había transformado a lo largo de los últimos meses en una auténtica deshabitación. Ni sonaba el despertador, porque no lo ponía, ni rebullía Novelda, porque se había ido.

Y el despertar de Ismael Cieza se producía como el imprevisto regreso a la estación de la que uno se fue hace muchísimo tiempo y a la que vuelve sin la mínima voluntad de hacerlo.

Los ojos abiertos corroboraban el vacío de la estación, la inexistencia de trenes y horarios, el tendido de las vías como la medida de una longitud de acero que no daba ninguna significación a la distancia. Los ojos del que viene sin haberse ido o del que se fue sin haber llegado: un reflejo en el alma que incitaba a cerrarlos de nuevo, para que el ánimo averiado pudiera defenderse de la amenaza de levantarse, del hedor y el desorden y la luz del otoño cautivo.

El presagio se correspondió en seguida con la saliva amarga que la lengua recuperaba en el cielo de la boca, como si la arrancara del reseco firmamento que agrietaba la respiración nocturna en la posición en que Ismael, con la frecuencia con que Novelda maldecía sus ronquidos, mantenía la boca abierta en la actitud del descabezado.

Y se correspondía más directamente con lo que poco a poco sentía como un peso en alguna zona indeterminada del cuerpo que en seguida se centraba en el vientre.

El peso era en el presagio la advertencia de su abatimiento, la indicación de que la carne estaba vencida y yerta, literalmente desplomada, como si el atisbo de la mañana, lo que el despertar suponía en la huida del sueño, no fuese otra cosa que el efecto de una caída que lo derribaba sin remedio.

El peso del cuerpo, la carne derrumbada, los huesos que ayudaban al desplome...

El vientre como el lugar donde, como tantas veces, ese peso era un espesor intestinal acumulado y rebelde, cuyo contenido no derivaba en la razonable evacuación, un peso muerto que contaminaba esa suerte de mortalidad con que Ismael padecía su condición de estreñido crónico, alguien que ya había pasado por todos los diagnósticos y medicaciones, que había recurrido a todos los ardides y, para mayor complicación, venía sufriendo un acrecentamiento del mal desde que Novelda lo había abandonado.

Piensa en mis despojos, había dicho Ismael con la ironía fuera de lugar cuando hicieron el esfuerzo de despedirse, aunque una despedida formal en absoluto era necesaria, y Novelda frenó la sonrisa malévola correspondiente, pero no pudo sujetarse en el momento del comentario: las heces duras como peñascos, ese estreñimiento mental, moral y sentimental, no me tomes de nuevo el número cambiado, y aquellas palabras, tras la ironía nada propicia que, en el fondo, como era habitual en Ismael, conservaba algo de requerimiento piadoso, se contaban entre las más crueles que ella le hubiese dirigido.

Lo tengo bien merecido, se dijo después Ismael, cuando Novelda se fue, intentando aliviar la sonrisa malévola para demostrar de nuevo que no era vengativa.

De todas formas, le había dicho ella finalmente, si encuentro algún remedio que no hayas probado, no dejaré de llamarte para decírtelo.

Mover el vientre se ajustaba al altisonante calificativo del mal del cuerpo, tan propio de las exageraciones conmisericordias de Ismael, sin que pasase de ser otra cosa que una vicisitud matinal, tan preocupante como frustrada.

La estoica vicisitud contaba con el convencimiento de la herencia genética, ya que el padre de Ismael había acarreado a lo largo de toda su vida el mismo problema, con un grado de obsesión que, en los años finales de su existencia, marcó literalmente sus costumbres y destino.

Don Arno vivía amarrado a la dependencia intestinal, como la gabarra que no emprende la navegación hasta que la descargan y va de dique en dique en limitados viajes que apenas la permiten separarse de la ribera. Un hombre cariacontecido y severo, ensimismado en una expectativa que habitualmente no se cumple y que, cuando se logra, no sobrepasa la exigua resolución del quiero y no puedo, como esas vanas esperanzas que jamás se dan por satisfechas.

Lo que Ismael Cieza contabilizaba, muchas veces con el regodeo de la paciencia que le permitía afinar la evaluación de lo que el mal comportaba, era el tiempo que podía llevar invertido en la taza del váter, una estimación bastante aproximada de los miles de horas en que el centinela permanece en su puesto aguardando lo que su padre, en el límite de la desesperanza y con los nervios perdidos, denominaba el santo advenimiento.

Esas horas infinitas, ese tiempo devaluado e inocuo, que siempre estaba precedido, y en eso también continuaba Ismael la enseñanza paterna, de una ablución en ayunas y un contrastado desayuno, anteriores al reiterado ir y venir por los pasillos de la casa o, en el caso de Ismael, al pausado camino hasta el despacho en la Compañía de Seguros Occidentales.

Con una novedad en la que, cuando surgía, se jugaba la ventura corporal de la jornada, y es que en el trance de sus reconcentrados pasos se produjera el aviso que los precipitaba, de modo que arribaba como alma que lleva el diablo al Café Consorcio, muy cerca ya de la Compañía, sin retardar la respuesta a la reclamación que conllevaría el riesgo de alcanzar el puerto habitual de la Oficina.

Y en el veloz recorrido al pie de la barra del Consorcio, donde tantos cafés tomaba y tantos asuntos profesionales había atendido, con ese conocimiento y confianza que despiertan los clientes de tanta fidelidad y tiempo, siempre alguna voz animaba los pasos finales hacia las escaleras que bajaban presurosas a los Servicios:

—Vamos, vamos, don Ismael, no se amilane, que el que la sigue la consigue...

En la taza del váter se fraguó buena parte de su espíritu melancólico.

Ismael no llevaba el periódico al váter ni se abastecía con una revista o un libro. Tampoco invertía el tiempo en las elucubraciones que vinieran al caso, haciendo volar la imaginación o reflexionando sobre un asunto profesional o perdiéndose en los recuerdos que suben y bajan o vienen y desaparecen en la insignificancia de la memoria sin dejar el menor rastro.

Era un tiempo ensimismado.

La fisiología intestinal marcaba ese plegado desarrollo en el que tan lentos o escasos debían supurar los jugos de las cuantiosas glándulas secretoras, y el ensimismamiento era la actitud de resignación de Ismael Cieza hacia la lentitud digestiva, un auspicio tan indefenso como derrotado en la dirección en que los alimentos ya transferidos en su metamorfosis fuesen al recto en el tramo del intestino grueso tras superar el colon.

Ensimismado, resignado, consciente de lo que el cuerpo debiera cumplir con la voluntad de la materia, sabiendo que en el mal prevalecía la disfunción o la extraordinaria dificultad para que todo sucediera con la naturalidad de los designios fisiológicos.

La falta de corbata era, además, la constatación de una camisa mal planchada y el mejor recurso para percatarse de que cualquiera de los trajes tenía defectos o manchas más que suficientes para haber ido a la costurera y a la tintorería.

Los bajos de los pantalones se descosían con reincidencia, porque Ismael no era cuidadoso al ponérselos y estiraba la pierna con la contundencia con que el dedo gordo buscaba una rápida salida, como si de un bicho angustiado se tratase. Ese dedo era el culpable de que los bajos se desprendiesen y propiciaran su desplome, una y otra vez trabados al subir los pantalones, con el dobladillo descosido.

La sensación de caminar con los bajos caídos, asomando con el descuido de su arrastre que llegaba a cubrir los zapatos, avergonzaba a Ismael casi tanto como lo incomodaba. Los pasos no podían tener la naturalidad que libera su dirección sin ninguna cortapisa, quedaban constreñidos y acobardados en la dirección que se llena de cautelas culpables porque se camina con la advertencia de que nos van a descubrir o, lo que es peor, con el disimulo para que no lo hagan, atentos al desvío que puede provocar que nos pisemos a nosotros mismos.

No era ninguna novedad lo que, en este sentido, le sucedía aquella mañana. El botón suelto, a medio desprenderse, en algún punto de la línea de cualquiera de las chaquetas, se correspondía con alguno de los botones saltados en la mayoría de las camisas.

Los botones eran los objetos menos considerables en el vestuario de Ismael, los más invisibles en la costumbre de su uso, los que más insistentemente se perdían sin que se percatara de ello. Unos objetos bastante aborrecibles, que le hacían caer en la cuenta de su desaparición con un raptó nervioso, como los contratiempos que ponen en evidencia lo que menos nos importa pero que no atendimos, mostrando la carencia que los hace miserablemente imprescindibles.

La vida de Ismael estaba llena de botones caídos, de ojales huérfanos.

Las manchas, los descosidos, no pertenecían con tanta insistencia a ese hábito del vestuario que es más indicativo de un abandono que de la dudosa higiene.

La higiene personal, sin llegar a convertirse en obsesión, formaba parte cuidadosa de sus costumbres. Las manchas, los descosidos, se habían hecho más evidentes desde la ausencia de Novelda. La vigilancia en la convivencia, el cuidado de ella en la delegación de tantas funciones asumidas sin que hubiese otro pacto que el derivado de realizarlas, había contribuido a que Ismael se liberara de esa atención, como de tantas otras en lo más cotidiano de la supervivencia, en los actos menores que acarrear los compromisos de la vida diaria.

Los botones formaban, sin embargo, algo que respondía a un conflicto más lejano, si el término no es excesivo para nombrar los sentimientos de un niño que por vez primera se percata de un botón caído en el trajecillo que acaba de estrenar, o no controla el manoseo del botón en el peto, hasta que el botón, una vez más, se queda entre sus dedos como un objeto culpable.

Durante mucho tiempo el niño hizo lo posible por guardar los botones caídos, aunque no pudiera hacerlo con los que sujetaban los tirantes, y algunas de las primeras riñas, y hasta alguna bofetada, provinieron de esa reincidencia de arrancar la pequeña pieza de hueso, que fue guardando no como quien colecciona un tesoro sino como quien oculta la prueba del delito.

También los botones estaban en los sueños de Ismael.

A veces los insectos que cruzaban las baldosas de la cocina parecían redondeados y de nácar al detenerse, con un brillo de muescas o diminutos agujeros en el tórax. Y no era raro que alguno de los roedores que descubría en el interior de los armarios, en los más reincidentes sueños juveniles, tuviese un botón en la boca, como si también los ratones fuesen culpables de su sustracción, aunque a nadie se le hubiera ocurrido achacarles ese cargo.

Contar los botones fue en alguna ocasión repasar las cuentas de una culpabilidad secreta.

Las manos del niño se acomodaron más tarde a manosear un botón suelto, como si el botón ganara la credibilidad de un amuleto, y en esa costumbre, desviada como una manía que acabó siendo nada agradable, ya que el niño la asumió con temor y hastío, se fraguó el asedio que Ismael sufrió en la inmediata adolescencia, cuando las costumbres se hicieron actos maniáticos, repetitivos, llenos de fútiles amenazas e inconfesables obsesiones que contrariaban una conciencia crecientemente escrupulosa.

Un día el niño enterró el más sudoroso de los botones, el que más tiempo le había durado en el nervioso manoseo. Lo hizo en el recodo de un jardín mientras caminaba hacia la Escuela, al pie de algunos tallos primaverales.

Lo que pareció una liberación se convirtió en seguida en un motivo de preocupación.

Pocos días después ya había arrancado otro botón para sentirlo en el puño cerrado, y no mucho más tarde intentó recuperar el que había enterrado.

Sin corbata, con la camisa mal planchada, un botón a punto de desprenderse de la chaqueta y el dobladillo descosido de la pernera derecha del pantalón, salió Ismael Cieza de casa aquel día en que el otoño de Doza ponía un brillo sucio en el incipiente bullicio de las calles.

El horario regular con que llegaba al despacho en la Compañía de Seguros Occidentales no reclamaba una exactitud continuada, entre otras razones porque de cuando en cuando aprovechaba Ismael las primeras horas para hacer algunas gestiones bancarias o administrativas o visitar a algún cliente, preferentemente empresarios o comerciantes a quienes la jornada laboral se les complicaba según discurría.

Los hábitos profesionales de Ismael habían aunado, en aras de una eficacia suficientemente rentable y relajada, la capacidad de disposición, el servicio atento a cualquier sugerencia y, sobre todo, el poder modificar las previsiones y las citas cediendo en lo que fuera posible, como si la importancia del tiempo de los demás siempre resultase superior a la del suyo. Y sin que eso supusiera ninguna sensación de sometimiento, como si el cambio de planes redundase en el beneficio del cliente, siempre dispuesto a pedir las disculpas que Ismael concedía encantado, dando muestras de una reconocida generosidad.

Aquella mañana llevaba por lo menos media hora de retraso, y no tenía ninguna encomienda profesional antes de ir al trabajo.

Seguía el mismo camino.

Los itinerarios de Doza orquestaban la variación laberíntica que la cabeza de Ismael se complacía en no desenredar, como si la lejanía del niño perdido, que vino de Armenta con muy poco conocimiento de causa y más temores de los debidos en el desplazamiento, fuese el aval del hombre perdido o, para mayor exactitud, ese hombre se hubiese despreocupado de atar los cabos necesarios para que el hilo guiara los pasos conscientes en una urbe que, sobre todo en el entorno de la Ciudadela, se ufanaba de su condición laberíntica.

El camino inconsciente complacía a Ismael, el rumbo más o menos desvariado, las calles que no por conocidas y reconocidas pugnaban en el dédalo de sus similitudes y confusiones.

La desorientación era otro atributo de lo que Ismael aceptaba no como un don pero tampoco como un demérito y, además, había sido un atributo compartido con Novelda, ya que tampoco ella tenía facilidad para orientarse, aunque no en Doza, pues conocía perfectamente su ciudad.

Donde no me oriento es en el mundo, decía compasiva e intentando dar una transcendencia irónica a su confesión, y solía añadir: y es algo que no me solucionó el matrimonio, porque no encontré en él un guía, apenas un compañero de fatigas, bastante fatigoso por cierto.

El dispositivo fisiológico de Ismael no parecía accionarse en los pasos calculados que administraban su requerimiento, pero aquella mañana tampoco había cumplido con las prescripciones reglamentarias.

De las viejas recetas de su padre, ninguna erradicadora del estreñimiento pertinaz que sustentaba el mal del cuerpo, mantenía la cucharada de aceite de oliva en ayunas, secundada por el vaso de agua templada. No los había tomado y, además, ese vacío en la cabeza tan beneficioso en la indeterminación del rumbo y en la incidencia fisiológica tan necesitada de un fluir apacible que la alentase, había cedido a la preocupación que lastraba su ánimo desde el sueño y el despertar.

La noche desasosegada con el remoto ruido de tantas cosas y el pesar de tantas percepciones oscuras, no ya el escarabajo huérfano en la soledad de las baldosas, tantas otras emanaciones en las que un cuchillo hiende el sueño rasgando lo que está más allá de la carne, en esa piel de seda y lodo que contiene lo que el espíritu atesora como la bilis.

Y el despertar no menos desolado, con las manos parodiando una caricia en la arruga fría de las sábanas.

Entró al Café Consorcio sin el menor indicio en el vientre, arrumbados los pensamientos que todavía no se apoderaban de las preocupaciones que en ese día iban a sobrevenir, y en vez de cruzar apurado hacia los Servicios se acercó a la barra, sin que la mirada de ninguno de los camareros dejara de ratificar que el cliente no llegaba en las adecuadas condiciones.

—La vida no es la rutina, don Ismael... —le dijo Calixto que, como encargado del Consorcio, llevaba la chaquetilla negra en contraste con la blanca de los otros camareros.

—La rutina se hace pero no se inventa... —concedió Ismael, sin muchos deseos de enzarzarse en la conversación que Calixto gobernaba mejor que nadie en los circunloquios, ya que también él padecía un estreñimiento crónico en curiosa desavenencia con las dificultades prostáticas.

—Todo lo que hago lo mido. La concentración se corresponde con la exactitud. El remedio en ayunas, las cuatro flexiones, la manera de revisar la pupila y la media docena de palmaditas en el vientre. Ya no permito que el despertador me sobresalte, son las campanadas en el reloj del salón. Un cuarto es un aviso, una media una advertencia. La señal de que algo debe suceder...

—El mal no admite cronometría, no le demos vueltas... —remarcó Ismael, que aceptaba la infusión que Calixto acababa de servirle.

—No es la rutina... —dijo Calixto, contrariado—. Porque si tuviéramos el convencimiento de que de verdad la vida lo fuese, otro gallo nos cantara. El cuerpo no es una maquinaria que, engrasada y limpia, hace el destajo con el equilibrio justo. Jamás las piezas se engarzan a la perfección. Y además del combustible, la mente, el alma, o un mero sentimiento para echarlo todo a perder...

—Hoy no hice nada de lo prescrito, ya ves cómo vengo... —reconoció Ismael, buscando la comprensión solidaria que no necesitaba solicitar, ya que Calixto siempre estaba dispuesto a dar y recibir el mismo ánimo.

—Lo mío comienza patas arriba, no se desconsuele. Por eso hago hincapié en lo de la vida. Sin encomendarme a Dios ni al Diablo, midiendo el ímpetu pero no las consecuencias, fui a la taza como el torero a la plaza, responsable y valiente. La micción exigua y, como puede imaginar, ninguna otra alteración que me hiciese presumir mayores logros. La próstata devaluó lo que hubiera sido una faena más o menos exitosa. Medida y contradicción. Los impulsos repentinos.

—¿Soñaste que tenías ganas de mear?...

—Soñé, don Ismael, y esto como tantas otras cosas pertenece al secreto del sumario que usted me vela con la generosidad y comprensión que lo caracteriza, con mi cuñada. Un ajetreo libertino, y a verlas venir.

—Yo, Calixto, como bien sabes, ni siquiera en la castidad vengo encontrando remedio para las otras trabas. La soledad no me ha hecho más dúctil. El desamparo

no me ayuda. Algunas rutinas las tenía delegadas, y ahora es peor, ni las respeto ni me acuerdo.

Calixto atendía a otro cliente, que lo reclamaba en el lado opuesto de la barra.

Ismael tomó la infusión. El desamparo que acababa de citar imprimió en su ánimo la reconvención de una alerta pesarosa, pero también fue el acicate para comenzar a considerar lo que le aguardaba.

Entonces presintió que ese esfuerzo, la necesidad de enfrentarse con lo que provenía de los sucesos que en los meses inmediatos se habían ido acumulando y que por alguna impremeditada circunstancia sus efectos coincidían en ese día, incidía en el reclamo del cuerpo, como si de pronto fuese la conciencia quien suscitaba el requerimiento.

—No me diga que se predispone... —comentó Calixto admirado al regresar frente a él.

—Voy a intentarlo... —admitió Ismael, encaminándose a los Servicios con tranquilidad—. Lo que hoy me espera conviene que me pille ligero de equipaje.

Un hombre sentado en el receptáculo.

El aposento con las instalaciones necesarias para aliviar las necesidades fisiológicas, orinar, mover el vientre, era de una extrema limpieza en el Café Consorcio.

La obsesión de Calixto, el encargado, rozaba el límite de la alterada sensibilidad con que padecía su propio detrimento, ese efecto solidario en las penalidades de una Cofradía que administra el quiero y no puedo con la íntima congoja de un secreto que pertenece al barro del que estamos hechos. La señora de la limpieza cumplía las normas de un local impoluto, que eso era el Consorcio, con una dedicación muy especial a los Servicios.

—Es el colon melancólico —decía Calixto, cuando entre las razones del padecimiento se deslizaba la apreciación sentimental, a la que era muy aficionado.

—Y la próstata pesarosa —le animaba Ismael—. Esa glándula huérfana que se siente desasistida.

Es lo que somos, musitó una vez más en el receptáculo, consciente de que el gesto no tenía contribución, ya que no existía el mínimo indicio y, al contrario de las mañanas propicias, lo que debiera haber hecho, tras la infusión, era subir directamente al despacho de Seguros Occidentales, sabiendo que en ese tramo final, los tres pisos pacientemente superados con pasos lentos y un reposo en los rellanos, se podría suscitar el definitivo reclamo.

Lo que somos, repetía Ismael allí sentado y sin la más mínima posibilidad.

Una constatación inocua que en el pesimismo de otras mañanas tenía un deje de ironía, ya que en la conciencia de esa precariedad no dejaba de existir una coartada de las que, con razones más solventes, usan con frecuencia los enfermos. La precariedad que sufraga ese mal del cuerpo es un asunto que uno resuelve no sin cierta conmiseración y que en el entramado solidario ofrece las particulares condolencias y comprensiones que las enfermedades más serias no promueven.

La pena del mal se hace insolidaria cuando el carácter del interfecto es agrio o se va agriando con la edad.

Ismael recordaba los años avejentados de su padre, sobrellevados con la autodefensa de su desgracia, como si el avatar de mover el vientre se interpusiera a cualquier otra resolución y la vida se radicalizara desde ese acto improductivo.

—No soy un hombre... —dijo don Arno, dando un golpe furibundo en la mesa, el día de su cumpleaños, cuando los hijos acompañaban al viudo que, al fin, había accedido a un festejo familiar, tras varios años de negativa desde el fallecimiento de su esposa—. No lo soy, y conviene que lo sepáis. Las mismas fechas que cumplo son las que llevo sin cagar como Dios manda.

La amargura superaba hasta las mismas inclemencias de lo que fue arruinando su corazón maltrecho.

Un hombre avisado, lleno de notorias insuficiencias cardíacas, con tres operaciones y esa existencia limitada de quien, como tantas veces afirmaba, llegaba a sentir el corazón en la boca cuando hacía algún esfuerzo indebido, el propio esfuerzo de la deposición, la maldita necesidad de que las heces viajen aunque sea como lo hacen quienes sacaron billete de tercera o van en el tope del último vagón.

Esto somos, volvió a decir Ismael.

Su padre aguardaba la muerte sentado en el sillón del salón, tras la exigencia sin paliativos de que lo sacaran del Sanatorio aunque falleciera en el traslado, lo que los médicos no consideraban improbable. El infarto lo había dejado, como él mismo describía muy gráficamente, igual que el primer palote que hizo en su cuaderno de niño.

—Y ahora, Ismael... —le dijo don Arno, aquella tarde en que lo velaba— me llevas a la taza y me sientas. Tú eres el único que me comprende, porque heredaste esta impericia. Quiero morir esperando lo que nunca llegó como debía, vengarme de la vida en el lugar más inoportuno.

No tenía Ismael esa mañana la más mínima intención de subir al despacho, aunque el camino justificaba el hábito de hacerlo y lo que suponía el intento, tantas veces baldío, de su visita al Café Consorcio, donde como sucede con el comentario de las rutinas en los lugares donde nos conocen se encuentra un refrendo a lo que somos y hacemos.

Nada hay más alentador, pensaba Ismael, que esa confianza al pie de la barra que permite un entendimiento tan íntimo como desinteresado y en el que las palabras suman los sobreentendidos como cuentas de un rosario en el que nadie implora nada.

—No apriete... —aconsejó Calixto, cuando Ismael dijo que lo que le esperaba ese día convenía que le pillase ligero de equipaje—. Déjese llevar, no se contraiga. Hay ocasiones en la vida en que con la guardia baja se boxea mejor.

Le molestaba aparecer sin corbata, con el botón de la chaqueta desprendido y la camisa arrugada. Del dobladillo no quería preocuparse porque sabía de sobra que de todo ello lo único apreciable sería la falta de corbata, la molestia del dobladillo apenas provocaba la aprensión de pisarlo.

Nadie observa más de la cuenta y el exceso en sentirse examinado derivaba del malestar de una inhabilidad tan patente, pero la decisión de llamar a don Medardo, el propietario de Seguros Occidentales, y darle cualquier disculpa para no presentarse esa mañana, provenía más directamente del desánimo al que le abocaba la cita con Abril, su hija.

Y también la llamada conminatoria de aquel extraño sujeto que le venía siguiendo en los últimos meses, desde que le escribió una carta, casi desde el momento en que se formalizó la separación matrimonial, cuando Ismael acudió con Novelda a la reunión decisoria de los respectivos abogados y el acuerdo certificó la buena voluntad de las partes y la tristeza compartida ante lo que ambos considerarían una pérdida irremediable.

—Siempre hay alguien que pierde más... —había dicho el abogado de Novelda, que era muy amigo del matrimonio—. Es el que lo hace en aras del engaño, y esto lo sabes de sobra, Ismael. No has sido leal. La fidelidad no era una exigencia de vuestra felicidad, era un valor convenido, inquebrantable, propio de los cónyuges honorables.

Esa consideración le perseguía como la peor de las acusaciones. Se trataba de una reconvención que en la voz de Mirto, el abogado, adquiría la solvencia de lo que resuena en el escenario donde se representa una obra de culpabilidades domésticas, con actores que se recrean en sus palabras y hacen gala de una sinceridad retórica.

—La pierdes... —dijo después, mientras caminaba a su lado por el pasillo, como si no se resignase a soltarlo fácilmente sin terminar de decirle todo lo que se le ocurriera—. Y la pierdes porque todo lo has echado a perder, del modo más

caprichoso y absurdo. La dignidad de Novelda no se corresponde con la tuya. La engañas y a todos nos tenías engañados.

Estaba en medio del escenario y era de suponer que se trataba de la última escena, las palabras del abogado, la pesadumbre moral del protagonista, el mutis justiciero con alguna frase lapidaria, y esa aparición de la heroína sorbiendo la última lágrima de su dignidad conculcada, mientras sin alzar los ojos cruzaba el escenario y también hacía el definitivo mutis.

—Sé de sobra lo que pierdo, no hace falta que nadie me lo recuerde.

—La soledad se llena de remordimiento.

—Haré de tripas corazón.

—Nunca fuiste un hombre de muchos recursos. Siempre tuviste más suerte de la merecida. No hay mujeres como Novelda y, sin embargo, el mundo está lleno de zascandiles.

La taza en los Servicios del Consorcio condujo a Ismael a una situación distinta de la habitual.

No se trataba de la expectativa más o menos probable. La ligereza del equipaje por la que porfiaba se desvanecía en el desánimo, y en ese tiempo en que podía permanecer allí sentado el desánimo incrementaba una melancolía que poco a poco mostraba su apariencia más desconsoladora.

—Esto somos. En esto nos vemos. Así sentimos.

La figura de su padre tenía fatalmente el aspecto de una imagen destronada.

Don Arno se había encorvado con el ahínco de la viudedad con mayor insistencia que con el de la vejez.

No era la soledad del remordimiento, que a Ismael le había vaticinado aquel abogado que sobreactuaba en las tablas, se trataba del sufrimiento de la soledad y no de otra soledad que la del vacío de una eterna compañía, la de la madre de Ismael que era el testigo invisible de todas las dolencias del padre, un ángel de la guarda que amparaba sus suspiros.

—Ahora que me quedo solo, ya no hay nadie... —dijo don Arno al día siguiente del entierro, y los hijos que se habían convertido en huérfanos supieron que aquel hombre aceptaba la condición de fantasma.

Las reconvenções de Mirto, el abogado de Novelda y uno de los amigos matrimoniales que son como el recurso al que acudir cuando se advierte la mínima complicación sin que, al fin, el recurso sea necesario porque la complicación no resulta tal, persiguieron a Ismael más allá de los trámites y resoluciones de la separación.

La presencia de Mirto se hizo más reiterativa de lo que nunca había sido. No se trataba del amigo matrimonial al que se ve con frecuencia, tampoco Ismael se lo encontraba en la calle, en un bar o en el término de sus gestiones. Y, sin embargo, de modo insistente, hasta el punto de tener que precaverse para evitarlo, comenzó a toparse con él, sin que en ninguna ocasión, aunque hubiese alguien presente, se privase Mirto de echarle en cara las responsabilidades de lo sucedido.

—La conciencia es una caja de resonancia. La mala conciencia es el eco maligno de esa caja, no lo dejarás de oír.

Las sensaciones de Ismael en ese tiempo, cuando el deterioro matrimonial fue ganando un espacio cada vez más visible en la convivencia, entre el silencio que procreaba la perceptible disolución hasta en la misma rutina de los vínculos, esa especie de vacío que se espesa como un dramático intermediario sin cometido, se amoldaron con menos angustia de la previsible a la espera de los acontecimientos que harían explícita la ruptura.

Era como si en la corriente de una lejanía sin palabras el nadador menos avezado pudiera continuar con las brazadas que lo mantuvieran en la superficie, no ya con la tranquilidad de quien se deja llevar, porque la situación no era grata ni sosegada, pero sí con la dosis de resignación en que la indolencia extiende un sentimiento conmisericordioso para justificar la desgracia que se avecina.

El silencio era una norma de debilidad en el comportamiento de Ismael, como tantas otras que avalan lo que en la cobardía se obtiene de autodefensa, esas actitudes de emboscamiento y dejadez que ayudan a la cualidad de ser frágil, de sentirse necesitado, unas pautas de actuación que afianzan el poder que las reconvierte en armas estratégicas.

Iba pasando el tiempo. Los días silenciosos no acumulaban otra cosa que un desaliento en la rutina que comprimía la tristeza de Novelda.

Ismael se callaba como un muerto, extremando el cuidado en las observaciones, mostrándose tan inocuamente obsequioso como inadvertido. Se acomodaba a la ingrata situación sin que la sospecha diera otro cauce a la condición del sospechoso que la convicción de que cualquier cosa que hubiera hecho bajo el signo de la

culpabilidad resultaba improbable, porque no era posible que le hubiesen descubierto.

La culpabilidad también era una norma de debilidad en el comportamiento de Ismael. No se podía considerar culpable o no se podía considerar totalmente culpable, porque lo que sucediera nunca provenía por completo de su voluntad. Era muy difícil asumir tantos actos, tantas ocasiones, tantas decisiones, desde la malformación de una voluntad no menos débil, o de lo que mejor podía considerarse una auténtica falta de voluntad.

En lo que se avecinaba, los días más largos de un silencio que se iba ramificando desde la tristeza a la desolación y el desamparo de Novelda, que ya no era la nadadora que se deja llevar por la corriente, sino la que arribó a una orilla olvidada de la que le gustaría no regresar, el temor de Ismael sumía la contrariedad y el afán de que, al fin, todo se resolviera en un sueño.

Cerrar los ojos, lograr que en el intervalo de la noche se fundiesen las ocupaciones de la conciencia y la memoria, lo que el peligro alienta detrás de nosotros, con ese aire o esa mano fría que va a rozarnos el cuello o, en el peor de los casos, a acariciarnos la nuca para indicar el lugar exacto de la incisión.

A Ismael le habían clavado en el sueño más de una vez la aguja de una enorme jeringuilla pero luego, al despertar, la nuca no estaba dolorida, apenas quedaba un suave hormigueo de malos recuerdos cauterizados.

Hubo dos cartas que casi coincidieron en la recepción de los destinatarios y que, en ambos casos, anticipaban el mecanismo de la desavenencia que se iba a poner en marcha, aunque en lo que a Novelda correspondía ese mecanismo tenía bastantes antecedentes.

Ismael era dueño de un pasado anterior al matrimonio que Novelda no desconocía por completo o que fue reconociendo entre algunas informaciones casuales, la confesión desinteresada que suele producirse en los momentos bajos en que la sinceridad es un aliciente de la estupidez o del vano pagamiento de uno mismo, al que Ismael no era nada propenso pero que fluye sin previo aviso en un instante sentimental con el añadido de alguna copa de más, o en lo que se descubre en el inconsciente patrimonio de quien vive a nuestro lado.

La compañía no comporta sin remedio la vigilancia pero concita, también sin remedio, ese encuentro de cosas, objetos, pertenencias casuales que aparecen donde menos se espera y sin que exista ninguna apetencia de búsqueda, como si el patrimonio inconsciente se pareciese a la piel mudada que la culebra abandona con la naturalidad que no impone el descuido.

Un alfiler de cabeza dorada con la punta que denota la suciedad sanguinolenta, el frasquito de esencia rancia que expande un sospechoso hedor, la postal que amarillea hasta desvanecer su paisaje y que, sin embargo, mantiene en el dorso la inequívoca huella del carmín y la firma ilegible, el pendiente suelto en la vieja caja de puros resecos y rotos, la penosa agenda de un año del que cuesta trabajo hacerse una idea en la historia personal del dueño, con más nombres y teléfonos femeninos, tachados y reescritos, de los que parecería razonable, y luego, en el orden más incomprensible de lo que el patrimonio atesora, como si hasta la aprensión de una intimidad preservada pudiera causar mayores reparos, el pañuelo sucio, el rizo chamuscado, la barra de labios desgastada y polvorienta, los anillos, las agujas, el sello de correos arrancado como una reliquia y el retrato hecho trizas que se intentó recomponer de la manera menos habilidosa...

Novelda no hizo nada con los hallazgos, los dejó donde estaban y tampoco requirió a Ismael ninguna información al respecto, pero los recordó con insistencia cuando las cosas comenzaron a ir mal. Nada justificaba la persistencia de aquellos desperdicios y no dejaban de ser huellas de un abandono tan maltrecho como penoso.

Estaba convencida de que todo lo que correspondiera a ese patrimonio inconsciente

de Ismael ya ni siquiera tendría un reflejo en su memoria, el descuido le daba al enterramiento un destino de pertenencia ajena, lo único preocupante era la falta de decisión para que todo aquello no hubiera sido liquidado en su momento.

Probablemente nada delataba algo especial y, en el fondo, lo más ingrato era esa subsistencia de unas huellas que el tiempo ensuciaba, lo que podía suscitar la propia impresión de que siempre habían estado sucias o de que a quien le correspondieran no había sido capaz de borrarlas con un espontáneo gesto de higiene.

—Hay un lastre en esta materia de la que estamos hechos... —decía Lucio Cañada, que era el amigo con quien Ismael mantenía la mayor confianza a lo largo de los años, uno de esos amigos que asumen el generoso testimonio de lo que somos, siempre con la mejor disposición y la puerta abierta.

El amigo a quien Ismael Cieza tendría que recurrir aquel día crucial, cuando lo que la jornada le reservaba motivó que, en un momento concreto, se le cruzaran los cables.

Era el amigo que en el trato cotidiano no suscitaba ningún requerimiento explícito, nada que les concerniese en lo que no fuera el sentido de la vida, la observación de las cosas, ese sustrato de la realidad que se percibe desde la sensibilidad y la inteligencia, procurando que la inteligencia enfríe hasta donde pueda los sentimientos.

—No sé por qué puñetas se hace imposible que la baba no marque algo del camino que llevamos, igual que los caracoles.

—Hay temporadas —reconocía Ismael— en que vivo preocupado por lo que pierdo, por lo que se me cae, por lo que dejo. Menos mal que luego se me pasa, y hay un momento en que ya no me acuerdo de lo que se me desprendió.

Novelda le hacía continuas advertencias, sobre todo cuando el matrimonio cubrió su primera larga etapa de felicidad inconsecuente y a Ismael, como ella decía, se le vio el plumero.

—Un mínimo cuidado es imprescindible. El orden es una forma de consideración.

—¿Sabes cuándo lo pasé peor en la vida? —requería Ismael, haciendo patente la contrición y echando el anzuelo para que ella recobrase la sonrisa comprensiva—. Los tres años que estudié en Ordial viviendo en la Pensión Burdeos. Una habitación sin armario. Una mesa, una silla, una cama. Lo que había a mi alrededor era la suma amontonada de lo que iba necesitando y dejando. El montón crecía y la habitación se iba haciendo cada vez más pequeña. Hubo un momento en que me fue imposible encontrar nada. Un día ya no pude salir a la calle porque no tenía qué ponerme, o lo

que pudiera aprovechar ya no estaba a la vista.

La carta que recibió Novelda venía de Ordial, según atestiguaba el matasellos, aunque ni estaba firmada ni el sobre tenía remite.

La consideración de anónimo era pertinente pero el tono de la misma no se ajustaba en absoluto a lo que pudiera parecerse a una denuncia sino a una lamentación.

No se trataba del mensaje acusatorio de una tercera persona que esconde la mano ofensiva en la delación, sino de un escrito muy personal y sentido de alguien que ya no soporta el silencio de su desgracia desde el abandono y el olvido. Alguien que parece haber enfermado aceptando lo que no tenía otra alternativa y a quien, sin embargo, la resignación no fortaleció lo suficiente, de modo que en el transcurso de los años la obsesión sufragó esa enfermedad debilitadora y ya, sin armas ni defensas, se dispuso a contar lo que pertenecía a un secreto que el propio tiempo habría malbaratado y casi hecho desaparecer.

Era una carta que llegaba cuando ya las desavenencias matrimoniales habían cobrado sobradamente su anticipo, y que abonaba sin remedio lo que Novelda sabía y sospechaba, ese otro lado de la infidelidad y la desdicha que en Ismael tenía componentes tan sorprendentes como incalculables, muy en consonancia con sus incapacidades y descuidos, o con la deteriorada voluntad de quien tanto tiempo después todavía se perdía en el tramo que le llevaba de su casa a la Oficina o desgastaba mentalmente lo que debieran ocupar otras preocupaciones en aras de la improbable deposición.

La carta estaba escrita a mano, con una letra muy esmerada en algunos párrafos y desigual en otros, como si quien la escribiera lo hubiese hecho en momentos diferentes y con el ánimo variado que matizaba grados distintos de lucidez y emoción.

No solicitaba en ninguna frase la disculpa o la comprensión, pero tampoco existía la mínima intemperancia, y se podía percibir alguna vacilación, como si el trance de la confesión, ya que de algo así se trataba, conllevara las reservas de una vergüenza derivada de la dignidad herida, el lamento de lo que hubiera sucedido y ese brillo nublado de la autocompasión que subyace como una huella consoladora en el desaliento, el engaño que tanto se necesita para no desesperar.

El lamento y el peso autocompasivo fueron los elementos que más hirieron la sensibilidad de Novelda, lo que más la perturbó en las escasas lecturas, antes de destruir la carta y pasado el primer golpe, cuando lo que se sobreentendía en el relato respecto al compromiso que generaba un largo amor mal atendido, la imagen de Ismael, apenas nombrado expresamente en tres ocasiones, se correspondía perfectamente con la de cualquier fotografía que certificara un modo de ser, una manera de comportarse.

No sería merecedor de un recuerdo ofensivo y ni siquiera el agravio provendría de

un engaño tramado para el mayor aprovechamiento con la vileza de quien en nada repara más allá de sí mismo. Se trataría de la confusa voluntad que enredaba lo que había que plantearse y, por supuesto, de la irresponsabilidad de quien no maduró en ese conducto por el que los actos reclaman la conciencia, y la voluntad se ajusta o se orienta al pensamiento, de modo que pueda existir un comportamiento moral en la base de lo que hacemos y pensamos.

—Una manera de ser... —decía Novelda sin que la indignación atenazara sus palabras, en tantas ocasiones en que Ismael no parecía percatarse de los más flagrantes incumplimientos—. No se trata de estar en las nubes. No me refiero a que no te enteres de nada, porque te sea cómodo no enterarte. Es que no hay disculpa para no ser como se debe.

Un amor desatendido, una infidelidad lejana, probablemente paralela a los primeros años del matrimonio y, a lo que parecía, sin ningún regreso, como si en el tiempo transcurrido hasta el lamento de la carta, Ismael se hubiera volatilizado. Veintitantos años, una enfermedad laboriosa que se alienta sin recabar la cura necesaria.

La pena no se guarda como un desprecio, decía una de las frases peor escritas. Yo no puedo pensar que no haya culpa. Me gustaba un hombre que venía cuando menos lo esperaba.

No era raro que Ismael sintiera alguna imprecisa incomodidad ante un suceso imprevisto o una observación que se constituyese en la advertencia que alertaba algo ingrato, y eso fue lo que le pasó cuando una mañana, entre el correo habitual de la oficina, el que dejaba Marita, la Secretaria de don Medardo, sobre su mesa, cumpliendo las atribuciones que unificaban en ella la recepción y el registro burocrático de los Seguros Occidentales, descubrió la que parecía una carta demasiado ajena a las demás.

Nada particular de Ismael llegaba a la Oficina, ni siquiera un reclamo publicitario o la oferta de un viaje que podría disfrutar si contestaba a una encuesta.

En los Seguros las actuaciones profesionales estaban garantizadas con la reserva propia de una materia siempre delicada y confidencial, y la misma reserva protegía el trabajo de Ismael, lo que le resultaba grato.

Ese territorio laboral de su vida no corría el riesgo de contaminarse con otros. Lo que correspondía a su jornada, incluidas las visitas y las gestiones bancarias y administrativas, se concentraba reforzado en la cápsula de sus obligaciones y nada sucedía fuera de ese entorno, como si la propia oficina resultara una caja fuerte que el empleado abría y cerraba con la exactitud delimitada de sus responsabilidades.

La carta despertó la advertencia y la imprecisa incomodidad de su observación.

La mantuvo en las manos unos segundos, sin decidirse a separarla del resto. Luego, cuando comenzó a abrir la correspondencia y llegó a ella no se atrevió a cogerla de nuevo, la separó con la punta del abrecartas, y miró reticente las señas escritas con una letra muy redondeada. Ya había comprobado que no tenía remite, pero el matasellos era de Ordial.

La mañana y la tarde fueron bastante movidas.

En el final del trimestre se renovaban muchas pólizas y, para colmo, don Medardo llevaba una temporada en la que las aprensiones de su salud, un aviso brumoso que la úlcera reconvertía del modo más impío y con tétricas previsiones en las que no era descartable el tumor, se conjugaban con los reparos del negocio.

La competencia aseguradora ya no tenía en Doza la consideración respetable de una gestión tradicional. En algunos clientes se detectaba la indecisión que años atrás hubiese sido inconcebible y los tantos por ciento se compulsaban más allá de las garantías, como si en el mercado la seriedad, el valor fiable, ya no contase con la consistencia de una cartera bien avalada.

—Occidentales no baja la guardia... —decía don Medardo aquella mañana, como lo diría tantas otras, mientras repasaba un listado sobre la mesa y se llevaba la mano izquierda a la boca del estómago— pero el combate es desigual. El árbitro está vendido. Vamos perdiendo a los puntos.

—Exagera usted... —le decía Ismael, que acababa de refrendar algunas de las pólizas más importantes, y daba cuenta de las nuevas suscripciones—. El mercado se abre, qué duda cabe, y la competencia se desmanda.

—Doza es un reducto. Aquí, como en la Edad Media, no hay más cera que la que arde. No es un pleito entre lo poco y lo mucho, es una partida con las jugadas establecidas. No sabes lo que te encarezco el tesón, yo ya estoy para el arrastre.

—Un mal día lo tiene cualquiera.

—Cierra la puerta y escucha, Ismael. La úlcera es una boca abierta. La sustancia de los tejidos orgánicos se pierde. El pus es la saliva de esa boca. Un vicio local. No me quiero andar por las ramas, este dolor es una causa interna, el aviso fatal de lo que viene. Occidentales no atraviesa el mejor momento. Te agradezco el empuje y la perseverancia. No bajaremos la guardia pero el árbitro no es trigo limpio.

Guardó la carta en el bolsillo de la chaqueta.

Ni siquiera aquellas consideraciones amargas de don Medardo le habían hecho olvidarla, aunque en el transcurso de las mismas hubo un momento en que sintió que la salud de aquel hombre estaba realmente resentida: el desánimo del propietario venía derivando con la insistencia de la enfermedad que contamina todo lo que trae entre manos, también la conciencia del negocio enfermo, amenazado como su propia salud.

La carta la leyó en la barra de un bar, camino de casa. La misma letra redondeada y clara del sobre se extendía sobre las cuartillas con la voz redundante de alguien a quien conocería meses más tarde, tras lo que Ismael llegó a considerar una absurda persecución y que, a la postre, no fue otra cosa que un compungido seguimiento o el fruto de reiterados encuentros que no se consumaban.

Dobló la carta, le costó trabajo reintegrar las cuartillas al sobre.

—Tulio me mata... —susurraba una vez más don Medardo, con esa convicción con que los padres achacan a los hijos el homicidio moral de su comportamiento, mientras Ismael corroboraba la culpabilidad del hijo calavera.

Lo que voy a decirle sería mucho mejor que se lo dijese cara a cara, sentados en algún sitio como dos personas civilizadas, y el hecho de que le escriba esta carta no supone que no lo siga intentando, ya que me parece imprescindible que usted y yo hablemos de esa manera.

Lo he pretendido en diversas ocasiones, y hay una razón que me cuesta trabajo confesarle para que en ninguna de ellas haya pasado del intento. De todas formas, tengo la impresión de que en alguna, sobre todo hace mes y medio viajando en el Correo de Ordial a Doza, usted pareció darse cuenta de que lo intentaba. Le refresco un poco la memoria, si me lo permite.

Venía usted en un departamento de primera con otras dos o tres personas, iba leyendo un libro cuyo título no logré descubrir pero sí el autor, una novela de Galdós, ya ve qué dato más fiable. Yo entré con una cartera de mano, le había visto en la Estación, lo seguí para comprobar dónde se sentaba, mi billete era de segunda. Entré y me senté justo enfrente, sujetando la cartera sobre mis rodillas. Le miraba. Usted alzó los ojos sin percatarse, pero luego, supongo que al sentirse observado, volvió a levantarlos en varias ocasiones. No sé si hasta se puso un poco nervioso. Esto tiene que recordarlo. La novela era de Galdós.

Las otras veces no fue tan evidente. Lo he visto en un bar de Balboa, también saliendo de un hotel en Ordial. Siempre me lo imagino cumpliendo alguna obligación de su trabajo. Hace tiempo que me enteré de que trabaja en Doza, donde vive, en la Compañía de Seguros Occidentales. De todo ello, de las razones de todo esto, nadie sabe nada. Esta es una historia personal, secreta, no se puede imaginar hasta qué punto la mantengo así, como algo íntimamente mío y que, además, viene de la confesión que alguien me hizo en un determinado momento, precisamente con la promesa de mantenerla de este modo, lo que no evitaba que usted la conociese. Se trata de un secreto que jamás contaré a nadie pero que usted tiene que saber y valorar. El asunto no supone ningún tipo de requerimiento que yo vaya a hacerle, ni siquiera una reclamación moral. No es algo que vaya a trastocar su vida o a poner en evidencia lo que usted mismo puede saber o sospechar desde hace mucho tiempo, acaso el mismo tiempo que yo tengo, quiero decir la edad, los veintitrés años que cumplí el mes pasado.

Usted se preguntará a qué viene todo esto. La verdad es que la decisión de escribir esta carta fue muy costosa, y lo que más me duele es pensar que la recepción de la misma tiene que incomodarle, lo que no está en mis intenciones.

La carta, como le digo, parte de mi incapacidad para haberle requerido directamente y, en buena medida, esa incapacidad tiene mucho que ver con un defecto que ahora mismo me atreveré a confesarle. Soy tartamudo. Esta

circunstancia, que no he podido corregir desde niño, se acentúa de forma notable en situaciones de nerviosismo, cuando tengo que hacer algo importante o demostrar mis cualidades a los demás. El complejo inicial lo fui superando de la mejor manera, y aunque no puedo negar las limitaciones que me ha supuesto en la vida, también es cierto que el esfuerzo de esa superación impulsó un acicate para mi formación y estudios.

La carta me permite este acercamiento menos acomplexado y nervioso aunque, como le digo, siento muchísimo la molestia que ha de causarle, entendiendo que no es posible borrar en ella la imagen de mensaje que se recibe con parecida sorpresa a la de quien va por la calle y le cae un tiesto en la cabeza.

¿Me recuerda en el Correo, sentado frente a usted, con la cartera sujeta en mis rodillas?...

Le voy a decir lo que pretendía con aquella decisión, en la que no contemplaba dirigirme a usted, apenas que me viese y que al mirarme pudiera surgir algún tipo de reconocimiento, como si de pronto su memoria empezara a funcionar como un arma incontrolada. La memoria es también una caja de sorpresas y un recuerdo es igual que una cerilla que se enciende.

Me mira y al reconocermelo se reconoce, quiero decir que hay algo en mi cara o en mis ojos, en la nariz o la barbilla, que involucra un parecido, y a lo mejor le inquieta o, como poco, le desconcierta.

De eso se trataba, no de otra cosa, apenas un experimento. La novedad de un descubrimiento, que ahora la carta rememora.

Tendrá noticias mías. Mi nombre es Antino. No hay señas que merezcan la pena, más allá del hecho de que vivo en Ordial, que es la ciudad donde nací.

Un último ruego, si me recuerda le pido que piense en mí. Es importante que lo haga, antes de que llegue el momento en que hablemos cara a cara.

Cuando uno se percata de que le siguen no obtiene la certeza de la persecución, el seguimiento es como un sistema de vigilancia o una actitud de observación distanciada y casual que no determina una resolución precisa, sino la intermitencia de lo que se presiente y la incertidumbre de lo que no se desea ratificar.

A raíz de aquella carta, que a Ismael Cieza le provocó las más encontradas sensaciones, desde el desconcierto absoluto hasta la incredulidad con que se valora lo que no puede entenderse de otro modo que como una broma de mal gusto, abonada por el propio tiesto que te cae en la cabeza, tal como en la carta se insinuaba, esa idea del seguimiento tomó la relevancia de la precaución, el camino más adecuado para andar ojo avizor y, al fin, picar en el cebo que la propia carta constituía.

No era Ismael un hombre precavido y, sin embargo, tampoco podía decirse que no hubiera sido capaz de ahondar en la discreción de una vida encubierta, en tantos tramos de su existencia que exigían que el desorientado no se perdiese más allá de lo conveniente, cuando en el extravío se producían encuentros y sucesos que desnortaban las reglas y los hábitos que su voluntad mantenía más o menos a raya.

La voluntad no era precisamente esa potencia del alma cabalmente adiestrada en la maduración y las convicciones. Alguien tan cercano a lo que pudiera denominarse una enfermedad de la misma no podía sentirse en tal sentido dueño de la salud necesaria y, con frecuencia, lo que mantenía al respecto era la condición del convaleciente, otro elemento más, no menos impreciso que el estreñimiento, en la intensificación de la melancolía.

—En eso nos parecemos, aunque por razones bien distintas... —ratificaba su amigo Lucio Cañada, en alguna de aquellas conversaciones tan expresivas de una compenetración ajena a los sentimentalismos, en las que la relación de los viejos amigos establecía un punto de conocimiento y comprensión que la adensaba, como en el entendimiento de dos investigadores que se exponen los resultados de sus descubrimientos para considerarlos—. La voluntad es tan necesaria como peligrosa, imagínate que la vida necesitase de un tóxico para sobrellevarla, quiero decir que los actos fundamentales de la misma, no solo biológicos, precisaran de un veneno o lo segregasen. La decisión de hacer algo y llevarlo a cabo, la voluntad de acometerlo. Un modo imprescindible de intoxicarse, una manera de irse matando.

—No lo entiendo muy bien. La voluntad más o menos enfermiza es mi mejor aliada. La justificación de hacer lo que no debiera es parecida a la de quien se contagió de un mal y está en el Sanatorio. ¿Qué va a hacer el pobre, qué pudo discurrir, qué se le puede achacar?...

—Es lo que te digo, estamos malos o, en el mejor de los casos, convalecientes. Yo no hago nada de lo que no debo sin sentir que me pongo peor, pero hacerlo supone la contrapartida de saber que el rendimiento merece la pena. Es algo parecido a la rancia idea del pecado. Me acuerdo de los pecados mortales de la adolescencia, tan costosos, tan rentables. Ibas a condenarte sin remedio, pero daban tanto gusto, el placer, fuese del grado que fuese, resultaba más intenso con el aval de la condenación y el infierno.

—Yo lo pasé peor. Tardé más tiempo en acomodar la conciencia. Todavía no la tengo del todo centrada, se me desvía a los lados. Menos mal que la voluntad hace aguas. Cuando era adolescente daba más vueltas en la cama que una peonza. Dormía mal, sudaba mucho. Durante demasiado tiempo fui un chico arrepentido.

La novela de Galdós podía ser *El amigo Manso*.

Había estado releendo algunas de las que más le gustaban, y no era raro que lo hiciese en el Correo en los viajes de Ordial a Doza, en los regresos después de las consabidas visitas y gestiones, más razonablemente en los regresos que en las idas, cuando aprovechaba para repasar documentos o tomar notas con datos para las entrevistas.

No recordaba en absoluto a nadie que hubiese entrado en el compartimento del tren y se hubiese sentado enfrente con una cartera en las rodillas, mirándole.

No era mucho lo que recordaba de aquellos viajes triviales de los últimos tiempos por los tramos ferroviarios de sus encomiendas, apenas lo que dejaban otros viajes más lejanos, cuando Ismael era un mero Agente de Seguros parecido al Viajante de Comercio, tan habitual y cercano en la fraternidad de los destinos y las pensiones, un tiempo muy revuelto y diluido en el que los días y las noches se parecían demasiado a las entradas y salidas de los túneles, cuando dormitaba y soñaba en una misma dirección sin mucha idea de llegar a ningún sitio y con la vaga sensación no ya de ser seguido sino perseguido por lo que hacía o dejaba de hacer.

Todo había cambiado mucho, hasta el sentido de lo que en el recuerdo pudieran suponer las inciertas aventuras en las que, la mayor parte de las veces, se había visto involucrado con menos voluntad que indolencia.

—El tren viene detrás de ti... —decía Lucio Cañada, expulsando el humo del cigarrillo como si quisiera simular el de la locomotora que pitaba en la distancia—. Eres un hombre perseguido por una máquina descontrolada que con un poco de suerte descarrila en la próxima curva.

Cerró el libro, y eso sí que formaba parte de un sueño parecido al de la máquina descontrolada que describía Lucio, complacido en el humo del cigarrillo que simulaba el vapor.

El tren era el conducto más habitual de las duermevelas y las ensoñaciones, un punto intermedio de velocidad y laxitud en el que Ismael alcanzaba una benigna pérdida de conciencia que le permitía sentirse a gusto, un placer inocente en el que las emociones y las apariciones desfilaban encadenadas en el friso de un cristal de colores que irradiaba una luz muy suave.

Cerró el libro. No podía asegurar que se tratara de *El amigo Manso*, no quedaba recuerdo casi ni del tamaño del mismo, podía ser cualquiera de los que hubiese leído en los últimos tiempos.

El compartimento estaba vacío, el tren había perdido ese traqueteo que resume el círculo monótono de su dirección, las vías engarzadas, las traviesas salpicadas por la carbonilla, un deslizamiento que apenas rechina en el acero.

Fue esa soledad la que lo alertó.

Estaba seguro de que poco antes, aunque el tiempo del viaje no tuviese medida y las estaciones de salida y llegada se diluyeran en la memoria somnolienta, había al menos tres pasajeros, y hasta asomó el revisor para comprobar que eran los mismos y no necesitaba solicitarles de nuevo el billete.

Abrió los ojos.

La laxitud ya no se correspondía con el temblor de las manos que sujetaban el libro en la inconsciencia hasta que se desprendió de él.

Era un temblor que se acomodaba a la inquietud del despertar, como si abrir los ojos fuese un acto de ruptura ajustado a la amenaza de hacerlo, lo que en tantas ocasiones le sucedía: el sueño, por malo o bueno que fuese, mantenía la suspensión de su irrealdad, y la ruptura, la caída, incidía en el vértigo de quien se siente arrojado de algún sitio. No era muy consciente de esa caída, parecía un accidente del que uno se recobra igual que cuando pierde el conocimiento.

En las duermevelas, en las ensoñaciones ferroviarias, regresaba a la realidad como si al final de las mismas estuviera volando en un planeador que tomaba tierra sin variar la suavidad.

No había nadie en el compartimento ni en el vagón, ni el paisaje que se movía acelerado por las ventanillas del pasillo le servía para ubicarse en alguno de los tramos por los que el Correo cubría su ruta.

Nadie tampoco en las estaciones y los apeaderos, en el tramo de aquel tiempo acelerado que sucedía al despertar, cuando todavía no le era posible pensar en nada.

Fue entonces cuando, en el vano intento de volver al compartimento en el que viajaba desde Ordial, al recordar de improviso que de allí venía, tuvo la sensación de que le seguían o, mejor, le vigilaban, le observaban, acaso con la insistencia disimulada de aquel con quien tropezaste en los andenes y presientes en los pasillos o adviertes mientras se abre y se cierra la puerta de los Lavabos.

Un vagón vacío en el conjunto del convoy.

Los demás, a los que se acercó sin mucha curiosidad, llevaban los pasajeros habituales y en ellos se percibía la animación propia del viaje, como si aquel vagón tuviese prescrito el abandono de los que se derivan a las vías muertas, aunque lo que no había comprobado era que se tratara del último.

Van a desengancharlo en cualquier momento, se dijo Ismael. Me dejarán solo, pensó con renovada angustia, y entonces ya no podré escapar, el que me sigue me encuentra, hay una orden de búsqueda y captura.

No sucedió nada. La duermevela contrarrestó aquella poderosa fisura del sueño que tanto llegó a inquietarle, sobre todo en el límite del sobresalto, cuando alguien abrió la puerta del compartimento y dijo su nombre, sin que él se atreviera a contestar.

Había vuelto a sentarse, cerraba los ojos.

Iba a Doza, era uno de sus viajes habituales, de Ordial a Doza en el Correo de la tarde, cuando entre las sombras del oscurecer volaban unos pájaros que parecían motas de carbonilla. El aleteo fugaz, la esquirla de un vértigo que muy bien podía venir del fondo de la mina...

El Correo se cruzaba con frecuencia con los trenes mineros de Moravines.

Estreñido y extrañado, dos apreciaciones nada divergentes en ese tiempo absurdo en que se mantuvo aquella mañana, sin ninguna urgencia ni reclamo fisiológico, en la taza del váter del Café Consorcio.

Lo que iba a suceder convergía en la previsión con que el temor ahuyentaba el tiempo. Era un modo de buscar la coartada contra ese futuro inmediato en que el día discurre sin remedio. El recelo incita al acomodo de que no exista otro compás que el de la inmovilidad absoluta. Nadie va a llamarnos e incluso, con un poco de suerte, nadie sabe dónde estamos, el agujero en el que nos escondimos.

No es que Ismael sacara conclusiones anticipadas de lo que supondrían los encuentros con aquel seguidor que no había cejado en su empeño de la dichosa entrevista cara a cara, tras las vicisitudes de otros requerimientos, mensajes no menos persistentes que la primera carta, fotografías y objetos misteriosos, ni tampoco con su hija, a la que venía rehuyendo en los últimos meses de la manera menos convincente, ya que desde la separación matrimonial los encuentros con Abril resultaban particularmente ingratos.

Ninguna conclusión, nada previsible más allá del cumplimiento pesaroso de las citas. Ni siquiera la curiosidad que, en el caso de aquel Antino que con tanta devoción hacía el recuento de sus deseos, tan pulcramente escritos y tan comedidamente confesados, pudiese suscitar el defecto de la tartamudez, lo que como indicación lateral, aunque muy importante para el sujeto, no dejaba de ser un dato peculiar.

—¿Has pensado en alguna ocasión lo que para alguien puede suponer ser sordo, ciego o mudo?... —le preguntó un día sin que viniera muy a cuento a su amigo Lucio Cañada.

—Más de lo que te imaginas... —dijo Lucio, sin el mínimo gesto de extrañeza, como si la cuestión estuviera contemplada entre las prioritarias.

—Se me acaba de ocurrir.

—El sordo desconoce la soledad, tal como nosotros la entendemos. El ciego tiene una vida interior distinta a la nuestra. El mudo mantiene igual limitación de hablar con los demás que consigo mismo, quiero decir que se entiende con él también sin palabras.

—Te lo estás inventando.

—Es una mera suposición, pero también el resultado de más de un sueño, ya que de la vista, del oído y la voz me he sentido privado con frecuencia soñando. Entre las peores pesadillas recuerdo la de un examen oral en el que me sé el tema al dedillo y no soy capaz de articular palabra.

—¿Y el tartaja?

—Nada distinto del que tiembla por cualquier cosa.

La actitud inocua de seguir allí sentado se aliaba con la rareza de que el día no ofreciera ninguna de las alternativas habituales.

Los actos cotidianos se encadenaban sin que fuera preciso considerarlos y nada rompiera los trámites de una costumbre consolidada, a la que Ismael se había sometido incluyendo en ella los meandros en que la propia rutina se solidifica.

También Lucio razonaba sobre el destino trivial que constituyen nuestros hábitos, y aseguraba que en la constatación de los mismos radica una parte importante no solo de la experiencia de vivir, también de la madurez de hacerlo.

—Aborrezco al aventurero... —decía Lucio, con la reiteración radical con que enumeraba sus aborrecimientos—. Es el prototipo del zascandil que no se aguanta a sí mismo. La vida es una espiral. El que huye es el más cobarde, en cualquiera de los combates de que se trate. Nadie más despreciable que el que se fue al África salvaje a cazar leones.

La mano derecha de Ismael repasó el cuello vacío de la camisa.

La extrañeza también suscitaba un sentimiento de oquedad, lo que debiera estar en su sitio no lo estaba, por ejemplo la dichosa corbata que podía parecerse a la soga que el reo precisa para ser ahorcado, ese hueco que destacaba la holgura en el cuello y le hacía sentirse más desnudo o menos preservado, como si nada quedase o hubiera perdido lo que tanto necesitaba, una prenda, un objeto, algo que nos pertenece y ayuda a ser lo que somos.

—Los días mejores me quedo en casa... —decía Lucio, con el gesto ufano de quien tiene muy claras las cosas—. El punto de la espiral coincide con la felicidad de estar quieto. No se mueve ni una mosca y yo suspiro encantado de no tener ganas de nada. Reconozco que es algo que tiene que ver con la condición de soltero y rentista. Dueño de la vida que me pertenece y del mundo que no existe, ya les pueden dar por detrás a las responsabilidades.

Desde el Café Consorcio, sin decir dónde estaba, llamó a los Seguros Occidentales y Marita, la Secretaria de don Medardo, inquirió alterada lo que Ismael en la precipitación no logró descifrar.

—Me levanté muy mal... —dijo sin convicción, ante la urgencia de aquella voz que en los requerimientos mezclaba la presunción de que al Jefe, como le llamaba cuando la confianza se subordinaba a la estricta autoridad, estaba a punto de darle un infarto, y reclamaba su presencia inmediata.

—Subo... —decidió Ismael, sabiendo que cualquier subterfugio estaba invalidado, ya que a Marita se le entendía en su agitación que le había estado llamando a casa.

Calixto, el camarero, dudó un instante en acercarle la infusión a la barra.

Algo fallaba esa mañana en el aspecto del cliente y no parecía achacable al vano intento de quien acababa de subir de los Servicios con la mirada perdida del que viene de una batalla que ni siquiera libró.

—La pericia no solventa la penuria... —dijo de un modo inconsecuente, como si estuviese hablando consigo mismo, mientras Ismael se encogía de hombros por inercia.

—Hay días en que uno no sabe si es mejor no levantarse o buscar refugio debajo de la cama.

—Acabo de romper una taza. El asa se me quedó entre los dedos. El golpe seco lo sentí en la crisma.

—Voy al sitio donde menos me apetece y, sin embargo, no es otro que el que me aguarda cada mañana.

—¿Y el vientre?...

—¿No acabas de decir que la pericia no solventa la penuria?...

Calixto lo miró sorprendido, como si esas palabras no hubieran salido de su boca.

—Profesionalmente, me refiero.

—El vientre está más inapetente que el propio estómago. Nunca me gustó el otoño en Doza. Es de esas estaciones que nada heredan y nada presagian. Lo que el verano regala y el invierno recrimina. A los estreñidos lo que peor nos sienta es la caída de la hoja.

—Yo no puedo opinar, soy de Sermil.

El inmueble de los Seguros estaba al lado del Consorcio.

El viejo caserón era propiedad de don Medardo. La Compañía ocupaba el tercer piso, los bajos comerciales andaban a medias entre alquileres y pleitos, no eran unos

locales muy apreciados, y las viviendas del resto del edificio contaban con antiguos inquilinos que mantenían sus rentas reducidas con el resentimiento del propietario, nunca dispuesto a la más leve reforma.

Eran esos tres pisos, los escalones contabilizados en la inconsciencia de una subida pausada, los rellanos que refrenaban el paso en el intermedio inmediato que pudiera nivelar la conducción intestinal, los que marcaban el punto de llegada a lo que Ismael podía considerar el último recurso, tantas veces logrado y tantas otras echado a perder.

Pero esa mañana tampoco cumplió con la ascensión cuidadosa, y la inconsciencia del recuento dio paso a las preocupaciones que conformaban el programa previsto, con el incidente nada desdeñable de las noticias de Marita.

—Menos mal..., —había rematado ella antes de colgar el teléfono, como si la cercanía de Ismael garantizara que el infarto del Jefe se contendría hasta verlo aparecer.

—Occidentales no baja la guardia pero el combate es desigual, el árbitro está vendido... —musitó Ismael al alcanzar el rellano del tercer piso.

Hubo un indicio en lo más hondo de su ser, los jugos se removieron como el lodo en el fondo de la laguna, un fluido que evocaba lo que antecede al corte de la luz, cuando la lámpara parpadea.

Pero no era otra cosa que un vislumbre o una conjetura en lo que su pensamiento promovía sin otra suspicacia que la destilada por el ánimo melancólico. Nada que advirtiese una variación benigna en el mal del cuerpo, sino un temblor en el del alma.

—Viene hecho una pena... —dijo Marita al verle, y por un instante Ismael dudó si se refería a él o a don Medardo, y sintió que la falta de corbata era el tributo de una desnudez impúdica que los ojos de la Secretaria comprobaban consternados.

—Un padre es un mueble... —musitó aquel hombre derrumbado, que tenía abiertas y abatidas las manos sobre la mesa del despacho, el cuerpo vencido y la cabeza apoyada en el respaldo, con el cuello doblado.

Ismael quedó al pie de la puerta que Marita cerraba. El resto de los empleados lo habían visto cruzar acompañándola con esa disposición en que no es posible disimular la curiosidad llena de suspicacias, aunque ninguno se atrevería a preguntar nada.

En los Seguros Occidentales la norma laboral tenía la pátina del comportamiento comedido, una relación de familiaridad discreta que, en los tiempos más heroicos, distinguía muy bien a los administrativos de los agentes, ya que quienes hacían el trabajo exterior, los cazadores de pólizas, llevaban una vida más descontrolada, y esa libertad externa, los viajes, la cartera de clientes y citas, les daba también un desparpajo particular, según el carácter de cada uno, y otro tono profesional y vital muy acusado en el contraste de la Oficina.

—Un mueble, Ismael... —remarcó don Medardo, sin removerse—. Lo pones donde quieres, lo usas, lo olvidas, lo quitas, se lo lleva el chamarilero. El mueble no tiene sentimientos.

Las manos temblaron sobre la mesa y se movieron hasta expandirse lo que los brazos les permitían.

Podía ser un temblor proveniente de la combustión que alimentaba el cuerpo de don Medardo, la leña que en su interior formaba una hoguera que llegaría a crepitar del modo más inesperado. O podía tratarse, pasado ya el sobresalto y el vértigo del incendio, de las brasas que ahuyentaban las palpitaciones sin que la postración permitiera realimentarlas, pues como en tantas ocasiones que Ismael había observado, desde el decaimiento y la resignación a la indignación y el impropio se debatía aquel hombre con la reacción más inesperada, contraviniendo el cuidado de la cardiopatía.

—Un mueble cualquiera. Da lo mismo el lujoso que el rústico. Está en el despacho o en el comedor de casa. Ya no digo en la alcoba, porque el viudo hizo de la cama matrimonial un valle de lágrimas, y en la luna del armario donde se mira no ve otra cosa que los ojos que se fueron.

La respiración se contuvo y, por un instante, Ismael temió que el hombre se quedara tieso, con aquel reflejo de espasmo que sobrevenía en la expresión de los disgustos,

muchas veces como si las palabras se subsumieran en el resuello para que la voz permaneciese estrangulada, mientras seguía accionando.

—Lo he soñado, Ismael. No vayas a pensar que esta desgracia me afectó las meninges. El mueble, el que sea, lo cogen entre cuatro hombres que son cuatro malas bestias, lo sujetan con una soga y lo sacan por el balcón. Ya te digo que no sé si es mi casa o es el despacho. Abajo hay una furgoneta llena de cachivaches, lo que quiere decir que el mueble es otro trasto más. Yo no soy capaz de impedirlo. El padre es el último mono.

La cabeza del hombre recobró la posición normal, las manos se asieron temblorosas entre sí, y cuando alzó los ojos y vio a Ismael, que había dado cuatro pasos en dirección a la mesa, hizo un gesto de asentimiento y desolación.

—Esa soga se rompe, justo en el momento en que el mueble llega a la caja de la furgoneta. El motor ya está en marcha, no te creas que el conductor se anda con chiquitas.

No estamos hablando de una mudanza, se trata de algo mucho más doloroso. Es el hijo que roba al padre. Es el mueble que es el padre mismo, magullado, hecho astillas. Ya te puedes imaginar quién conduce la furgoneta...

Conducía Tulio, no cabía la menor duda.

Tampoco podía dudar Ismael de que en el sueño de don Medardo, como en tantos de los suyos, la furgoneta se estrellaba en la primera esquina, de igual modo que descarrilaba el tren o que a la avioneta en que volaba sobre Doza sin reconocer los mandos se le paraba el motor.

El hijo de don Medardo era dos años más joven que Ismael y no había nada que lo emparentase con el padre, un detalle físico, mental o moral que justificara aquella paternidad que el padre padecía como los muebles sufren la carcoma.

—Único y tardío... —constataba don Medardo con la culpabilidad del reconocimiento—. Un regalo envenenado cuando ya no tienes ánimo para que la vida te sorprenda. La madre lo disfrutó hasta el mismísimo momento en que el adolescente comenzaba a encender la mecha de la dinamita. La pobre se llevó el obsequio de una infancia llena de caprichos y arrumacos, pero el regalo envenenado me estalló a mí en las manos.

No era mala la observación de dinamitero.

Lo que Ismael podía contabilizar en los años de Tulio a los que su padre se refería es que había una voluntad desvariada que el muchacho no lograba controlar y que siempre tenía mucho más que ver con el daño ajeno que con el perjuicio propio.

Las maldades de Tulio, que la edad auspiciaba en el enloquecimiento de tanta irresolución, se diversificaban entre los robos, las trampas, las peleas, el desfile por los Colegios y Academias de Doza donde batía todos los récords de inasistencia e indisciplina, algún internado en Ordial y Armenta, las expulsiones y las huidas, hasta el punto límite de algunas cuestiones judiciales solventadas desde el aprecio y la consideración al padre atribulado y a la simbólica contrapartida de aquellos Seguros Occidentales, que no avalaban la inseguridad del vástago echado a perder.

—Un delincuente... —valoraba don Medardo, enardecido por la indignación y la amargura—. Ladrón, incendiario, calavera. A veces, aunque sea una falta de respeto al recuerdo de mi difunta esposa, pienso que es un bastardo. Yo no encuentro antecedentes familiares que justifiquen este desatino.

La adolescencia cubrió ese término en el que el muchacho alocado reventó todo lo que pudo, y poco a poco el joven sin oficio ni beneficio comenzó a sosegar.

Nada le interesaba, nada le apetecía, las ocurrencias de algún que otro curso para cualquier preparación laboral, una especialización mecánica, un empleo de entretenimiento, siempre acababan en quimeras e incumplimientos, los habituales sacacuartos que su padre reiteraba desesperado.

—No da una a derechas... —aseguraba, cada día más compungido y desesperanzado—. Este año me dediqué a guardar los recibos de todo lo que emprendió. Las cuentas del engaño, los resultados de la falsedad. Nadie se atreve a decirme que no es listo, que es bobo o faltoso. Tampoco se atreve nadie a decirme la verdad: que es un sinvergüenza. La sangre me la quemó hace mil años.

De pronto, del modo más inesperado, cuando en Doza ya no parecía que Tulio tuviese mucho que hacer o deshacer, le dijo a su padre que se iba de casa, que había decidido buscarse la vida lo más lejos posible, lo que no aseguraba la promesa de algo razonable porque no existía la mínima orientación en la decisión.

El momento coincidía con el tiempo en que los viejos amigos de correrías se habían ido disgregando y Tulio llevaba una existencia mucho más solitaria, casi siempre a la caza de quien anda desprendido de la última obligación o todavía no se resigna por completo a aceptar la carga que le cayó encima.

—Se va con viento fresco, Ismael... —le dijo don Medardo una mañana, y no era difícil apreciar lo que en el gesto del padre afloraba de consuelo y preocupación—. Todo será que a la primera de cambio me lo devuelvan hecho unos zorros.

—El hijo pródigo... —se le ocurrió decir a Ismael, que no mucho antes había tenido una conversación con Tulio, en la que habían surgido algunas pretensiones que prefería no comentar.

—Se va con lo puesto, eso puedo jurarlo.

Se fue, pero no exactamente con lo puesto, ni mucho menos.

Dos años sin noticias, al margen de alguna llamada urgente que minó la cardiopatía y la úlcera paterna, y un regreso no anunciado. El pelo prematuramente canoso, una delgadez que presagiaba la enfermedad hepática, y esa sonrisa burlona del dinamitero que el propio olor de la dinamita había transformado en una mueca de experiencia secreta.

—¿Dónde estuviste, Tulio?... —le preguntó un día Ismael.

—Más cerca del que se pierde y más lejos del que no hay modo de encontrar. El mundo es un rato.

Mientras don Medardo cerraba los puños sobre la mesa y hacía un movimiento de inclinación hacia adelante en el que fácilmente se detectaba el intento de contención del combustible que lo abrasaba, Ismael se sentó frente a él y, al tiempo de recordar las palabras de Tulio en las ocasionales conversaciones de sus encuentros o en las encomiendas que con él cumplía por encargo de su padre, presintió un parentesco enigmático en lo que en ese día tenía que hacer, en lo que temía y le aguardaba.

No en vano ese iba a ser un día crucial en su existencia, aunque no lo supiese, ya que de saberlo cualquiera, Ismael Cieza con tantas razones como el que más, hubiera decidido no levantarse, mantener cerradas todas las puertas de su casa y, como acostumbraba a confesar ante la previsión de algo demasiado comprometido o ingrato, refugiarse no ya en la cama sino debajo de la misma.

De la memoria de la infancia le quedaba, entre tantas otras sensaciones y desvelos, la conmoción del cuarto oscuro de los castigos y la desaparición que le proporcionaba ese refugio del niño tendido en el suelo con el somier sobre el cuerpo, un lugar subterráneo que no era un nicho pero ofrecía la misma secreta seguridad.

De nuevo palpó el vacío del cuello y acarició el botón desprendido de la chaqueta. No cruzó las piernas para que el rabillo del ojo no se deslizara hacia la comprobación del dobladillo descosido del pantalón, pero le alcanzó el recuerdo del escarabajo en las baldosas de la cocina, muy quieto en la juntura de las mismas, con la inmovilidad que lo reconvertía en una bola de acero que incitaba a cogerlo para guardarlo en el bolsillo.

Tulio era un ser enigmático, sus palabras, más allá de las baladronadas o las inconsecuencias en que tenía perdida la cabeza, cuando había bebido o fumado lo que, como decía su padre, ni Dios imagina, resbalaban con una imprecisión inquietante, pero menos incontroladas que misteriosas.

Pertenecía a esa recua de seres extraviados, muy perfilada en algunas descripciones de Lucio Cañada, cuando hacía el recuento de su particular zoología humana con tanta soberbia como displicencia, en la que la perdición es un atributo de lo desconocido.

Un ser que jamás sabrá quién es, qué le sucede, y cuyo espejo interior vierte su oscuridad en un descontrol de los actos en el que el propio desconocimiento parece el

motor de la voluntad averiada.

No conocerse, no intentarlo siquiera, es un buen modo de no hacerse propietario de la conciencia de uno mismo y, en tal sentido, navegar con el rumbo improvisado de lo que nos da la gana, el placer de lo que queremos, la dicha de lo que está más a mano y, con el tiempo o la edad, la desdicha de esa perdición que no tiene vuelta ni compañía.

No era razonable que la imagen de Tulio se acompasara con la del seguidor que tenía emplazado a Ismael para ese día, el encuentro que había aceptado con más zozobras y molestias de las previsibles, como si de todos sus envíos y llamadas extrajera la mayor incomodidad, la de quien nos reclama reconstruyendo una tela de la araña que suscita el enredo de un chantaje.

—En el Bar Barajas, a las cuatro. Compartir un café es la mínima deferencia, no pido más... —había propuesto Antino.

Yo no sé si hay una justicia moral o un sentimiento convenido para la reparación de lo que pudimos cometer, equivocaciones, deslices, desgracias impremeditadas, decía uno de los mensajes firmados por Antino, y que venía acompañado de la borrosa foto de un niño con bucles y mirada hospiciaria, pero confío en que el corazón es un órgano que dicta mucho más de lo que se sabe o reconoce.

Tampoco lo era que en parecida disposición enigmática llegase a coincidir con la presencia de Abril, la hija que llegaba aquella tarde en el tren de Ordial, con la exigencia precisa de que la estuviese esperando en la Estación, y con la correspondiente amenaza, ya que en el carácter de Abril las exigencias se expresaban con la palabra de las intimidaciones, y ese rasgo personal se había afilado extremadamente desde la separación matrimonial, en la que la hija aplaudió la dolorosa resolución de la madre como el ajuste de cuentas que el padre necesitaba, por penoso que resultase.

—Ahora eres un perro suelto... —le dijo Abril a Ismael—. El perro faldero que dejaron de llevar con la correa, y que ni siquiera será capaz de encontrar la esquina donde alzar la pata para mear.

Lo que don Medardo iba a decirle era algo grave.

Nada que se relacionase con Tulio dejaba de serlo, y en el destino del vástago esa gravedad, desde su ya lejano regreso, siempre tenía las mismas pautas, con el desdoro de lo que la edad afanaba a la decrepitud, ya que el tiempo no pasaba en vano y la mala vida dejaba las huellas que la enfermedad del hijo ponía de relieve en proporción a las dolencias ulcerosas y cardiovasculares del padre.

—Nos estamos matando... —dijo una vez don Medardo.

—La muerte es un guiño, la vida un peldaño... —aseguraba Tulio.

Lo malo nunca es lo peor, dijo don Medardo. Lo malo es el bien común en la vida de este desgraciado, que acabó con su madre cuando apenas estrenaba pantalones largos y todavía no logró llevarme a mí por delante aunque tú, Ismael, sabes mejor que nadie con qué empeño lo intenta.

Otra más, otra de las tuyas. Volvió a armarla.

No sé las que lleva hechas ni las que le quedan, pero ya digo que lo malo nunca es lo peor cuando de bribones de este tamaño se trata. El padre es el mueble que comió la carcoma, las astillas saltan, sentimiento no queda ninguno, lo único que siento es la soga al cuello...

Ahora ya no hubo ninguna contemplación. El calavera no es el ladronzuelo que disimula o se excusa. Las medias tintas terminaron hace mucho tiempo, y da lo mismo que lo pilles con las manos en la masa. Este perturbado no vive en el mundo en el que rigen las reglas del sentido común o los comportamientos considerados, tampoco en el de la enfermedad mental, en el mejor de los casos, porque por lo menos habría alguna justificación, por mucho que yo mismo me indignara y condoliera por la mala suerte de que sea mi hijo.

Este perturbado no tiene más razones que sus vicios.

La voluntad de hacer lo que le da la gana y la más absoluta falta de respeto a lo que existe a su alrededor, incluido el mueble de su padre hecho pedazos cuando lo tira por la ventana...

No te queda más remedio que aguantarme una vez más, Ismael, ya sé que van mil quinientas y que en los Seguros Occidentales no solo eres el más responsable y operativo, también el paño de lágrimas.

Yo lo veía venir, qué quieres que te diga. El padre que se ciega ya no puede ser tan iluso con lo que lleva andado, puede ser tonto de remate, no lo niego, porque la paternidad es un atributo de la flaqueza humana, y no hay padre que se resigne a saberse progenitor del peor de los hijos. Padre y muy señor mío, de los que en la desesperación hacen del parricidio una quimera...

Lo veía venir, lo peor no es lo más malo.

De sobra sabes que Tulio, que anda por tu edad, cumple los años con la decrepitud del crápula, tiene el estómago lleno de úlceras, el hígado hinchado, los riñones con más agujeros que un colador. El vicio no perdona y en lo que en Doza más se parezca al basurero moral que es el vertedero de los desechos humanos está Tulio capitaneando la tropa o, vete a saber, escondido para que no le ajusten cuentas quienes allí malviven.

En las últimas semanas, ya no quiero cansarte con más de lo mismo, me estuvo amenazando seriamente, después de las más insospechadas reclamaciones. Algo le pasaba, algo más grave de lo habitual, que ya es decir. El juego le tiene comido el seso, las timbas son de un tiempo a esta parte a lo que más se dedica, los dineros del mayor despilfarro, lo que no deja de ser una novedad porque todo lo malo ha sido en la vida, menos jugador, que yo supiera.

No sé cómo se las arregló, aunque con la cabeza volada y el corazón que una y otra noche se me sale por la boca, no puedo decir que vele por lo que debo. De aquí, de la caja de la Oficina, levantó el efectivo que había. De casa, ni te quiero contar. Llaves y combinaciones no se le resisten.

El ladronzuelo de siempre se hizo un atracador en el sentido más estricto de la palabra, no hay miramientos. Y lo más penoso, lo más exagerado y dañino, Ismael, el colmo de la desfachatez. Ayer a mediodía, y de ello acabamos de tener constancia hace media hora, cobró tres talones expedidos a su nombre, y pásmate, firmados por mí, de mi puño y letra, en el Hipotecario. La falsificación más esmerada que imaginarte puedas, la rúbrica de un artista.

La policía no es el recurso, ya lo sabes, aunque nada me gustaría más que verlo entre rejas.

El padre enfermo debe la mayor parte del corazón averiado a esos trances policiales y judiciales, a que lo traigan detenido, pero la denuncia, Ismael, me revoluciona las palpitaciones, de la úlcera ni hablo. Las bofetadas que no le di en su día son las que ahora me corresponden. Una a una y sin la mínima consideración o misericordia.

Conoces los pasos de Tulio, hay que pillarlo. La salud ya no le permite ir más lejos de lo que quisiera. La idea que tengo es internarlo. Este disgusto me pone definitivamente entre la espada y la pared.

Ahora en los Seguros Occidentales hay una quiebra de malestar y contrariedad. Se resiente el negocio en lo que a la familia atañe. Una póliza de la desavenencia y el descrédito, una suscripción de la desgracia.

No es el hijo pródigo, Ismael, es el protervo.

Más le valía ser huérfano, y mejor me hubiese resultado acompañar a mi esposa en el más allá...

No escuchaba como quien oye llover, pero las lamentaciones y reclamaciones de don Medardo eran gotas que resbalaban sobre el pavimento en la atención de Ismael, y la imagen de Tulio, con las ojeras remarcando el más allá de una mirada acompasada a la mueca que deformaba el triángulo de su extrema delgadez en el rostro amarillento, tenía la ausencia fantasmal que se desdibuja en el recorrido de la desaparición.

No fue muy consciente ni de lo que oía ni de lo que pensaba mientras don Medardo estuvo hablando.

La imagen fantasmal de Tulio planeaba en la misma distancia de otra figura que avanzaba en un horizonte no delimitado, como esas sombras que asoman sin decidirse en la raya de una luz que las contiene o expulsa, y que cuando adquieren una mínima presencia parecen caricaturas.

Ismael supo que la aparición tenía las trazas del seguidor y que el nombre surgido más como una casualidad que como una firma certera en sus mensajes, aquel garabato de letras mayúsculas inscritas con la torpeza de la tartamudez, que decían Antino como si indicaran un topónimo o la burla de un personaje anónimo, eran la constatación del fantasma que se levantaba en la lejanía horizontal, dispuesto a volver con parecida disposición a como Tulio se iba.

Dos fantasmas en la misma visión.

Los pasos de Tulio cruzaban impertérritos los caminos que su padre enumeraba en la contabilidad de sus desmanes. Era el hijo que había tirado a su padre por la ventana cortando la soga que pudiese sujetarlo, aunque como bien decía don Medardo no de otro sitio que del cuello.

La sombra de Antino nada significaba que no fuese la requisitoria de un pasado que no se llegaba a entender, o que Ismael rehuía en el propio absurdo en que asomaba, ya que lo que de él había recibido componía un extraño revoltijo de suspicacias y padecimientos.

El fantasma que viene y el que va.

Nada que ver uno con otro y, sin embargo, en un momento de ese camino de llegada y partida ambos quedan a la misma altura, e Ismael tiene la sospecha de que al cruzarse se miran con la complicidad con que los tahúres hacen sus contraseñas en el juego amañado.

En los Seguros Occidentales el silencio estaba teñido de la desolación de don Medardo, que ya no era el padre contrito e indignado o el asegurador a quien la totalidad de las pólizas le habían vencido sin que los suscriptores estuviesen decididos a renovarlas, sino el hombre enfermo que en cualquier momento perdería

los fluidos vasculares y sentiría el seco temblor del árbol talado.

—Era un joven animoso que vino de donde el Páramo tiene dibujados los confines... —dijo el hombre, mientras llevaba las manos a la cabeza y apoyaba los codos en la mesa y cerraba los ojos en el vano intento de que el recuerdo aliviara la desazón—. El joven que nada tiene, Ismael, apenas la ilusión y la tendencia a agarrarse a lo que la vida ofrezca, más allá de las peores hectáreas de Celama. Y nadie me regaló nada, no hubo más solvencia que la que fui acreditando con el trabajo y la seriedad.

Le miró. Los brotes fantasmales cedían en aquella inmediatez del hombre derrotado. La figura de don Medardo se había reducido al encorvarse sobre sí mismo, igual que esos bichos que aprietan la apariencia para emboscarse o cuando el dolor comprime los músculos.

—Ese joven no vino a Doza hasta que no tuvo lo necesario para establecerse. Los años de ese empeño no pueden contarse con los dedos de la mano. Tampoco es fácil contar los sitios y mucho menos las horas en que no hubo otra cosa que el rendimiento y el ahorro. ¿Qué diría de mí si me viera como estoy, enfermo y defraudado, en esta mañana que debería corresponderse con el final de sus sueños?...

Don Medardo alzó la cabeza, volvió a extender las manos sobre la mesa como si intentara abarcar un espacio de comprensión y confianza que el temblor de las mismas daba por perdido.

Ismael observó la sonrisa melancólica que en el rostro de aquel hombre nunca rozaba la ironía.

—Pobre desgraciado... —musitó don Medardo, sin que Ismael pudiese advertir la voz del joven en las palabras más conmiseras que despectivas, aunque fue esa voz la que le pareció más verdadera cuando don Medardo volvió a repetirlas.

Bajó las escaleras y en el declive de las mismas, sin que los rellanos interrumpiesen el vértigo de un pensamiento que le amordazaba el ánimo, tuvo el tiempo suficiente para recordar otras encomiendas y obligaciones que estaban más allá de su alcance o que empantanaban lo que su voluntad no podría acometer.

El tiempo tenía en ocasiones para Ismael una dimensión de irrealidad, como si la medida no se correspondiese con lo que estaba sucediendo, de modo que una pausa era una eternidad o un día un instante. En esa dimensión las preocupaciones concentraban en su remolino la obsesión que las hacía insalvables, cuando algo inesperado surgía en su vida reclamándole.

Entre los recuerdos de la infancia reconocía Ismael la especial fijación de sus ensoñaciones, la capacidad de una huida ensimismada que acabó forjando un aprendizaje del aislamiento muy práctico para que los demás, antes que nadie su familia, respetaran la lejanía como un atributo del niño sensible. También esa posibilidad le hizo ganar, más allá de la familia, primero en las relaciones escolares y luego en el cauce abierto a todo lo demás según fue creciendo, la aureola de un ser distinto y distante que en la ausencia no hacía gala de la soberbia o el desprecio de quien se cree más que nadie sino todo lo contrario: una compañía comprensiva y cómplice, acorde al asentimiento en la convivencia, nutrida del cariñoso despego que todo lo acepta y le parece bien.

A las ensoñaciones se unía el desorden del tiempo, la idea desordenada del mismo.

Una pausa, un día, un instante, una eternidad.

No es que Ismael tuviese problemas con los horarios y los cumplimientos que establecen. El desorden era semejante al del extravío en las calles, al desorientado camino de las rutas habituales, como si el tiempo fortaleciera la niebla en un día despejado, no obtuviese la cronología de lo que se mide desde la razón de su decurso.

De esa sensación no había hecho otro aprendizaje que el de la misma realidad desordenada, el mar donde se navega sin rumbo fijo y en una eternidad instantánea o demorada a la que Ismael se había sometido sin el mínimo trauma, dentro de la costumbre de vivir que supone el acto de hacerlo con alguna extrañeza, eso sí, y con la conciencia, que la edad acentuaba, de la fragilidad en los deberes, no ya en los laborales o sociales sino en los que involucran una decisión resolutive personal y comprometida.

La ausencia aclimatava esa falta de decisión y acción que se prestaba gratuitamente a ser suplantada, como si Ismael entregase a los demás, más intensamente a los más

cercanos, la mayor parte de su voluntad para que pudieran apropiársela y, al despojarle de ella con su promoción y beneplácito, sentirse descargado, más cómodo y feliz en los embates de un tiempo que también en el desorden alimentaba la irresponsabilidad o, al menos, el alivio de que no tuviese que ordenar lo que la edad requiere, el mar en la quietud de una navegación en la que, ante el aviso de la tormenta, uno busca las ensoñaciones más disipadas de la bonanza.

La encomienda de don Medardo, con el tira y afloja de sus reconsideraciones y desmayos, ponía a Ismael en el trance de lo que más le costaba. El pensamiento de lo que debiera hacer no se diluía con el vértigo de los escalones que precipitaban lo que más hubiese querido: la huida a la que el desánimo le incitaba.

—Yo me pongo el mundo por montera... —decía Tulio, en alguno de aquellos arrebatos en que las copas casaban mal con la tos que rompía los bronquios— y que Dios sufrague el gasto. No hay nada más barato que lo que no se paga.

Buscar a Tulio en una situación como la que su padre refería, más doblegado por la indignación que por el dolor, era lo último que se le hubiese ocurrido, y la imposibilidad de hacerlo superaba cualquier opción, como si el propio Tulio fuese un ser inexistente o viviera en una ciudad de otro planeta.

—No me avengo a nada. El mundo es un riel y yo no vine por mi gusto, me trajeron sin pedirme permiso.

II. LOS RATONES EN EL ARMARIO

La mañana podía alargarse en la expectativa fisiológica, siempre y cuando la rutina no sufriera sobresalto o, al menos, en el discurrir laboral nada quebrantara las ocupaciones que no rozasen la preocupación, incluidas las gestiones administrativas y bancarias fuera del despacho o las visitas a determinados clientes.

La rutina tenía un horizonte amplio en el trabajo de Ismael, y la expectativa que sumía su secreto desarrollo en el hipogastrio que acariciaba con tanta devoción como disimulo, tampoco alteraba el razonable decurso de su incitación si nada extraño sucedía. Cualquier corte en la costumbre podía echarla a pique, sobre todo los avisos inesperados, las llamadas que revolucionaban la cronometría de lo que debiera resolverse en el plazo previsto, también la imprevisión que procedía de un olvido de Ismael o del incumplimiento de alguno de los Agentes.

Pero en cualquier caso, aun en las mejores condiciones, la expectativa duraba lo que la mañana, no había otras alternativas en el reloj fisiológico que diesen mayor amplitud al engranaje intestinal, del que derivaba el daño psicológico que producía el mal del cuerpo, al que Ismael concedía excesiva preponderancia en lo concerniente al desequilibrio de su salud, entendiendo que la salud es el bienestar que redime sin quebrantos el día a día de nuestra existencia, un aire fresco que respiramos sin percatarnos, el vigor no medible del organismo que funciona por sí mismo, sin que el pensamiento deba congratularse de la suerte de que así sea.

—Desconfía de quienes solo hablan de lo bien que se encuentran... —advertía don Arno a su hijo, tras saludar a algún conocido en las calles de Armenta y cruzar tres o cuatro palabras—. La salud es el asunto preferido de quienes no la tienen, y los que en seguida aseguran que están bien es que la echan en falta. Nadie está mejor que el que no lo sabe, porque le importa un pito.

Regresar al Café Consorcio suponía que el vientre de Ismael no estaba orientado en el devenir fisiológico o, lo que es peor, que una artificial urgencia procuraba el reclamo que el intestino no avalaba, y ese conducto de la voluntad premeditada no era otro que el de la temerosa debilidad con que el herido cede porque sabe que no existe sanación y complacerse en el fluido de la herida abierta es una forma suave de aceptar la derrota.

—Nadie vuelve tan temprano donde nada hubo que hacer... —dijo Calixto, viendo cómo Ismael cruzaba cabizbajo, la mano derecha colgada sobre el hipogastrio y la izquierda intentando disimular la falta de corbata en el cuello de la camisa.

—Voy sin fe.

—La esperanza y la caridad también son virtudes teologales. Me conduelo porque

en el lugar del crimen ni hay cadáver ni Cristo que lo fundó, pero esas virtudes deben sufragar un ánimo cristiano. Ojalá Dios lo coja confesado.

Ismael se encaminaba hacia las escaleras de los Servicios, se detuvo un instante.

—¿Sabes, Calixto, cuándo me di cuenta de que el estreñimiento era un mal que dificultaría mi existencia?...

—No hay caso paralelo, cualquier eventualidad.

—Cuando de niño soñé que me caía por la taza del váter y en el abismo hubo una sog a la que pude cogerme para que no me estrellara.

—La sog a del íleon, la del duodeno o el yeyuno. Se agarra uno a sus propias entrañas, cuando se siente caer en el averno del inodoro.

—Un niño amedrentado que cuando echaba el pestillo y se quedaba solo en el retrete sentía que el mundo era un aparato digestivo que lo acababa de engullir.

—Alzas la tapa por primera vez en tu vida y lo que parece una necesidad es un tormento. Yo no me caí pero fue peor, a mí me llamaban. Un ruido gutural, un apremio, un insulto. Me llamaban por mi nombre, y el eco de aquel requerimiento me convirtió en un niño infeliz.

Tras la barra, Calixto hizo un gesto de compunción.

Ismael bajaba las escaleras con mucho cuidado. La sog a intestinal era un rebujo tubular que no pendía de ningún sitio, pero Ismael la había sentido soltarse con la consistencia de la del ahorcado y en el abismo se asió a ella con las dos manos. El sueño lo ataba en el vértigo de un pozo negro.

—Paciencia, es la palabra que mejor rubrica el diagnóstico... —repetía Calixto resignado.

—Es tan cruel el peso de esta piedra.

La conciencia de haberse escondido era la que, en los peores momentos, se correspondía con aquella retirada del mundo en la que el estreñimiento se convertía en una coartada moral, lo que cualquiera hubiese considerado el colmo de la miseria.

Nada tenía que hacer Ismael en el receptáculo del Café Consorcio, ningún tracto operaba en el desecho digestivo, ni la más limitada referencia de la necesidad que emerge con el señuelo de la evacuación.

—Nada de nada... —decía don Arno, contrito, cuando en el avatar de la desesperación salía del váter subiéndose los pantalones, con las manos temblorosas que no lograban acertar con el ojal del cinturón—. Un resto, una pepita, un simulacro, el ideal de la precariedad, cualquier despojo. Nada. El vano esfuerzo, la absoluta carencia. Soy un hombre que caga en el vacío, un ser humano incompleto...

Se sentó con el desánimo de quien rehúye lo que le rodea, el pensamiento que alerta la preocupación, el latido con que palpita ese poso de amargura que hace del pasado una amenaza y del presente una contrariedad.

Percibió de nuevo el dobladillo suelto de los pantalones y descubrió un botón que rodaba por la tarima de la alcoba, una ruedecilla de hueso o nácar que hacía el recorrido inverso al del escarabajo en las baldosas de la cocina, y supo que el botón acabaría en poder de los roedores que tan insistentemente atesoraban en el armario lo que se le iba cayendo.

—Jamás hubo ratones en este piso... —le dijo Novelda, más indignada que preocupada, cuando Ismael refirió por primera vez su sueño con la convicción de que la realidad era el aval del mismo, y que el menudeo de las patas en la tarima encerada no provenía de la fantasía onírica sino de la alerta con que despertaba, inquieto y requerido por aquellos bichos.

—Es un inmueble antiguo y los inquilinos de esa raza ni pagan renta ni contribución pero tienen alquilados los escondrijos. El ratón es el mamífero más persistente, el que mejor se aviene y menos necesita.

—¿Y el escarabajo?...

—No me compliques la vida, por Dios. Ese sueño del niño que lo confunde con las bolas del gua y las de miga de pan es otra cosa. El escarabajo tiene una existencia camuflada.

—Y va y viene por las baldosas de la cocina.

—Desorientado, perdido, igual que el niño que lo sueña. Una vez amaestré un grillo, otra un saltamontes, y hasta hice un intento, no muy rentable, con una chicharra que tiraba de una caja de cerillas.

—Las lagartijas vinieron después, cuando ya eras un hombre hecho y derecho.

—Eres cruel, Novelda, y no das palo al agua. Los reptiles no son visitantes nocturnos, esas dichas lagartijas andan por las paredes al sol del verano. Siempre me parecieron bichos antediluvianos reducidos a la mínima expresión, imagínate que tuviesen un tamaño enorme. Lo que soñé es que se quedaban quietas donde menos pensabas, como una aparición inmóvil.

—Tienes un zoológico muy raro en la cabeza... —aseguró Novelda, apenas interesada en lo que Ismael pudiera seguir contando.

—Me apaño con estas nimiedades. Nunca me atraieron las fieras salvajes ni me gustan las películas del lago Tanganica o el Kilimanjaro. Aborrezco a los cazadores y en la única función de circo que vi en mi vida, cuando el domador puso firmes a los leones me eché a llorar.

—Un alma sensible.

—Los leones me lamían las heridas cuando me descalabraba. Eran igual que los perros que se las lamían a los santos.

Había cerrado los ojos, como en la actitud del esfuerzo tan vacuo como voluntarioso, pero no se trataba de resolver nada relacionado con el organismo.

Se había escondido.

Estaba en ese lugar donde su vida se contaba por miles de horas, enfrascado en la intendencia de un limbo que no tenía otro paisaje que el mental, el que Ismael recreaba para justificar la circunstancia de su desaparición.

No soy yo quien las requiere, jamás en mi vida lo hice, ni siquiera Novelda podría presumir de haberme tenido en la mano desde que nos vimos o en aquellas primeras ocasiones en que empezamos a coincidir, tras la presentación en un cumpleaños de Emilia Vado, amiga de amigos comunes y, para qué voy a negarlo, algo más que eso en el secreto del Cine Bruselas, últimas filas de las butacas de patio, cuando a la pobre Emilia la dejó su primo Fernando, que tanto la quería y la dejaba de querer con un amor impropio en los términos familiares de la penosa relación.

—Eres mi paño de lágrimas... —me dijo Emilia, la primera vez que nos besamos, fila treinta y dos, impares.

—Fernando no te convenía.

—No hay barreras, Ismael. La pasión no tiene miramientos, y si los tiene no lo es. A la familia nadie le dio vela en este entierro. Fernando es un cobarde.

La película no la recuerdo.

Aparecía una serpiente pitón porque, eso sí, transcurría en alguna selva amazónica, pero tal vez confundo la serpiente con la propia Emilia, que se enroscaba desatada en el paño de lágrimas.

Novelda era amiga de amigas.

Terminaba los estudios en Ordial, estaba en Doza de vacaciones, nos conocíamos de vista, nadie me la presentó hasta aquella fiesta.

No voy a decir que no me fijase en ella, no era posible no hacerlo, los ojos de Novelda tenían esa cualidad juvenil de robar lo que miraban sin que hubiese la mínima intención de latrocinio. El cabello salpicaba la luz con un brillo sedoso y había algo común entre ese brillo y el de la piel, al menos una secreta correspondencia que tuve la suerte de comprobar en su totalidad cuando, como dicen algunas novelas, el amor selló el apetecido compromiso.

Aquí sentado, en la postura de la ignominia que diría mi padre, no parece el mejor momento para que me recree en lo que ese secreto desvelado supuso en la febril imaginación del precario rastreador que yo era, aunque la circunstancia de mi teórica apatía, o la incapacidad que reviste al parsimonioso o al involuntario, no me habían procurado malos resultados.

Precarios rastreadores éramos todos en aquellos tiempos en que la intimidad se ganaba más con la casualidad que con la perseverancia, haciendo valer la oportunidad del desahogo o estando muy atentos al disparo en el momento oportuno, cuando cobrar la pieza era, antes que nada, un asunto de fortuna extrema, la lotería de una tarde de aburrimiento y deshonor cuando, al fin, la lujuria, esa palabra tan peligrosa y

tenaz, contaminaba los temblores de un mismo sufrimiento.

—Mi paño de lágrimas... —seguía diciendo Emilia en el Amazonas, y yo me acordaba del primo libidinoso y tenía, más allá del gusto voraz con que en los números impares nos sepultaba la beneficiosa oscuridad del Bruselas, un atisbo de mala conciencia, de traición y deleite.

Era la más guapa o, como solía decirse, la más interesante, aunque eso jamás lo pensaba o decidía en el momento, casi siempre se me ocurría mucho después, habitualmente cuando en la cama el sueño se negaba con mayor persistencia de la habitual y los malos pensamientos hacían de las suyas, aunque ya no tuviésemos edad para las torpes ensoñaciones de los pusilánimes adolescentes.

—Novelda Lama... —dijo Emilia aquel día—. Os conocéis o, al menos, os habéis visto.

—No sé... —musitó ella, menos desinteresada de lo que pudiera parecer.

No me tuvo en la mano, no era posible el mínimo requerimiento por mi parte, hubo de pasar un tiempo hasta que yo mismo me percatara de que Novelda acudía con frecuencia a encuentros de amistades variadas.

—El caso es que fuiste tú la que llamaste... —le dije en la primera ocasión en que discutimos, sin que se tratase de poner en evidencia un hecho incuestionable, sino de salvaguardar absurdamente la atonía habitual de mi comportamiento que, por otra parte, tan buenos resultados me daba.

—Alguien tenía que hacer algo.

—Yo iba a mi aire.

—Ibas al desastre, fue lo primero que me confesaste. Te estoy infinitamente agradecido, dijiste en seguida, me has hecho el mayor favor de mi vida. Eres mi salvación.

—Viniste por mí.

—La mendicidad es mi destino, dijiste compungido, casi con lágrimas en los ojos. O alguien me rescata y me lleva o acabo de pobre en cualquier esquina. Desde aquel momento te convertiste en un novio pegajoso, no había manera de quitarte de encima.

No requiero. Soy un hombre inerme.

La culpabilidad de tantas malversaciones sentimentales o amorosas o lujuriosas, las selvas y los desiertos de mi existencia no provienen directamente de mi voluntad, no son el efecto de mi rapiña, aunque en el drama de lo sucedido, en este modo de haber tirado por la borda un matrimonio cabal, no voy a soslayar las responsabilidades, ya sería el colmo.

—Escondido, escamoteado, desaparecido...

La taza, el trono. Es inoportuna la tendencia a procurar lo imposible, aquí sentado, tantas veces sentado, impropriamente sentado, como si el estreñimiento no solo supusiera una dolencia moral, además del mal del cuerpo, sino el recurso de la irresponsabilidad.

Hay pájaros que llevan el perdigón en el alma y los hay que no son capaces de levantar el vuelo, que no pueden volar y deben conformarse con arrastrar las alas con la resignación de quien no asume otras responsabilidades.

¿Dónde demonios se habrá metido Tulio, qué pretensiones tiene ese chico tartaja y, sobre todo, qué quiere Abril, en qué límite una hija tan virulenta y desvariada cita a su padre como el juez que ya no dará más cuartelillo al encausado?...

Ese soy yo, un hombre que hace su primer viaje como Agente de Seguros, a la caza de su primera póliza, cuando todavía apenas tengo uso de razón laboral y Elvira, la hermana complaciente y aplicada, atiende entre advertencias y reconvenciones lo que más que dudas parecen dilemas en el aspecto de ese pobre desgraciado, incapaz, por supuesto, de hacerse la corbata, pero también de adquirir ante el espejo la convicción de lo que honestamente reviste al profesional.

Mi padre, como era habitual en él, tampoco había cagado aquella mañana, y el trance del hijo en la disposición de un empleo que, en principio, prometía más que daba, aunque tenía a su favor que no estaba relacionado con las aborrecibles prebendas bancarias que a él le habían reconducido a la ingratitude y la miseria moral, no le causaba mayores desvelos, en realidad lo que quería era que me fuese lo antes posible.

El tracto intestinal de mi padre no daba opción a otros intereses, por mucho que en el porvenir de la familia mi empleo tuviera una incuestionable importancia.

Se trataba del futuro del hijo, de un trabajo honorable en la demanda de la clase media a la que pertenecíamos, y no eran ajenos los sacrificios y contratiempos de un hombre como él, tan entregado a la causa de los suyos, tan injustamente postergado en la institución a la que dio su vida, pero el dichoso tracto siempre hizo de mi padre un ser a la deriva, obsesionado por lo que debiera suceder y no sucede en ese deambular del intestino delgado al grueso, del píloro al ciego y al recto, en la dirección renuente que hube de heredar, como se hereda el impulso genético de un retraso y una dificultad.

Mi padre ya era entonces un viudo inconsolable, y aquella mañana, aunque la atención de Elvira resultaba extremadamente cariñosa, consciente de las insuficiencias prácticas del pobre hermano, recordé a mi madre no ya con la devoción del huérfano que tanto enaltece la ausencia, sino también con la del hijo que hereda la necesidad, esa falta que reproduce lo que ella sufragaba, la cantidad de cosas imperceptibles que la madre hacendosa lleva a cabo sin que uno tenga que ser consciente de su labor.

—En los Seguros Occidentales preferimos que se empiece por el principio... —me había dicho don Medardo, en una de las entrevistas, muy prevalecido de su autoridad, aunque también complacido por lo que el aspirante aportaba, además de los avales y recomendaciones—. No me cabe la menor duda de que vienes con el bastón de

mando en el petate, pero haciendo guardia en la garita más lejana es como mejor se aprende la instrucción.

Soy yo, y no me recuerdo ni con la nostalgia ni con la animosidad con que el tiempo reparte reconsideraciones contrarias. Ese pasado podía diluirse con la desatención de lo que dejó de importar. La guardia en la garita, que mentaba don Medardo con la imaginación cuartelera de los contertulios de la Cafetería Imperial donde, además de un farmacéutico y un forense, había dos comandantes de distintas armas, no era un acicate para el valor y la obligación.

Nada sería reseñable de ese tiempo que no duró demasiado y del que, como de tantas otras cosas, he venido huyendo sin mucha fortuna, ya que lo que mejor reconozco en mi vida es la insistencia de algunas ocasiones, la vuelta a la esquina donde algo o alguien me aguarda.

El primer viaje del acicalado Agente.

Mi padre me entregó la noche anterior una cartera de mano. No fue un gesto al que diese importancia, lo hizo como si la cartera hubiese aparecido encima de la mesa sin que ninguno nos hubiéramos dado cuenta.

—La llevas. La documentación es sagrada. Lo que contrates, lo que se firme, lo que se selle, todo hay que mantenerlo a buen recaudo. La cartera es un arma de defensa administrativa y, a veces, en manos del Cajero de alguna Sucursal, de defensa propia.

Ese pobre desgraciado, que hizo el primer viaje como Agente de Seguros a Borela, en un tren donde la ida y el regreso suponían media jornada, y que extravió el arma o, para ser más exacto, la olvidó donde la primera póliza ya supuso el primer desaguisado...

—Las ocasiones provienen de la fortuna... —decía siempre Lucio Cañada— y sería absurdo considerarlas como un avatar que determina nuestro destino o lo contradice. Sería como creer en la condición de gafe. Por otra parte no hay que olvidar que a la ocasión la pintan calva.

—Te he dicho mil veces que soy un hombre que jamás hizo requerimientos sentimentales, lo sabes de sobra. Soy como ese pistolero que jamás dispara en primer lugar y que casi siempre anda desarmado.

—Ocasiones y esquinas, Ismael, la sustancia azarosa de la propia vida, la fortuna o la desgracia. Andar por el mundo, que es lo que nos cayó encima, implica la aventura de moverse y de que también algo se mueva, aparezca, suceda, cuando menos lo piensas o menos lo esperas. Vivir es andar a la que salta.

—Tú no cumples muy bien esa encomienda. Sales lo menos posible y prefieres mirar por la ventana.

—No me juzgues tan a la ligera, la procesión va por dentro. Reconozco mi vocación de cautivo y cierta sensación timorata. El riesgo no me atrae. La reserva forma parte de mi defensa. Además Doza no me gusta. Es una ciudad de niebla rala y sol reblandecido. Tuve la desgracia de nacer en ella y la suerte de ser rentista.

—Todas se parecen, puedo asegurarlo. Llegar a Borela a media mañana, en ese Rápido que no tiene criterio para orientar las Estaciones, parar en las previstas, dejar de lado los Apeaderos y pitar con cierta prevención en los pasos sin barrera, es como no ir a ningún sitio.

—Bueno, esa mañana te estrenabas. Los Occidentales ponían en ti su confianza, tu padre te había regalado una cartera de mano y tu hermana, además de hacerte la corbata, cepillaba el terno y te pasaba la mano por el flequillo.

—Hay algo que no tiene sentido. La ocasión, la fortuna, la esquina, lo que quieras. También la desgracia, por supuesto. Yo no puedo acudir a una cita, más o menos convenida, ya sabes que el Agente debe ser algo echado para adelante porque sin resolución no hay eficacia, y verme metido en un bollo, más liado mientras mayor resulta mi locuacidad, como si estuviera resbalando o me empujasen sin darme cuenta y, por supuesto, sin medir la distancia en que me iba a dar la torta.

—La esquina, en este caso, no era otra que la puerta a la que llamaste. La ocasión resultó ser la póliza propiamente dicha. La pintaban calva.

—Puedes reírte lo que quieras, pero fue la primera y la más grande de mis frustraciones profesionales. Un mal comienzo. En Seguros Occidentales preferimos que se empiece por el principio, me advirtió don Medardo, y esa frase la repito yo muchas veces al contratar a un nuevo Agente, desde que tengo esa responsabilidad.

—Y no adviertes al recién llegado de los riesgos del oficio.

—No hay riesgos. El peligro es uno mismo. Es un trabajo tan serio y profesional como el que más. La materia del mismo es la vida, los bienes, la muerte, los

accidentes. Una materia siempre delicada.

—Fue un mal comienzo, qué le vamos a hacer. Los Seguros Occidentales no iban a resentirse porque un alevín se viera comprometido en manos de una clienta demasiado animosa. Una mujer, por cierto, de buen tamaño.

—Una mujer que cualquiera podría haber considerado como un seguro de vida, entendiendo la vida en esa dirección donde tan fácilmente se pierden los papeles.

—Es una buena historia, Ismael. Me das envidia.

—Soy un pistolero desarmado. En la Cantina de la Estación de Borela, cuando espero al Rápido para volver, hora y media de retraso y una pelea entre el revisor y el fogonero en el propio andén que termina con el primero descalabrado en las vías, vuelvo a pensar en la cartera olvidada. La póliza debe firmarla también el marido, tengo que volver antes de cuarenta y ocho horas. Al fogonero lo reducen dos factores y al revisor lo llevan al botiquín. Ella no hizo nada, te juro que no hizo otra cosa que intentar calmarme los nervios y arrullarme. Yo no tenía pistola.

En fin, nada es menos previsible que un primer resbalón, y nada resulta más fácil que dejarse resbalar. Cualquier recuento de ese pasado, y de lo que la sustancia del mismo dejó impreso no ya en los hábitos o las costumbres de un trabajo de voy y vengo, con la correspondiente osadía que incita a la conquista laboral, sino también en la mentalidad de quien se mueve demasiado, al menos en comparación con lo poco que se movía, es un recuento ingrato.

No me gusta recordar las circunstancias, tantas veces fortuitas y tantas otras participadas, en que me voy echando a perder, como si el pobre desgraciado se echara al monte, hecho un gallo en el corral de una existencia tan desbaratada como antes fue comedia, una vida de extravío donde las ocasiones no vienen a cuento y las esquinas forman un callejón oscuro, de tal modo que entre esquinas, ocasiones y callejones, las andanzas del Agente se hacen rentables no solo en la esfera profesional, donde el hombre va demostrando un don del que no tenía conciencia, sino en la personal, por el paisaje íntimo que segregan algunas visitas y otras proposiciones, y ya no se trata del don profesional inesperado sino de lo que alguna vieja amiga constató con cierta gracia interesada, como un encanto particular del que tampoco tenía la menor idea: eres de los que las matan callando, contigo no se puede distinguir entre lo que destilas o supuras.

Esa vieja amiga se llamaba Gloria y la tengo ahora mismo tan presente como el rumor de esos trenes en los que balbuceaba algún nombre que podía confundirse con el de la suscriptora de turno.

Destilas o supuras.

La moral tan confusa y baja del adolescente revenido estaba muy necesitada de esos ánimos, de esas prebendas. Gloria era dueña de una juventud briosa, hablaba poco, miraba demasiado y le gustaba morir en silencio.

Las matas callando.

Era una muerte muy dulce y era ella la que me enseñaba a matar y a morir, nos moríamos juntos.

Los rumores del tren, los traqueteos, el balbuceo de un nombre que no debiera repetir, lo normal es que me durmiese a la vuelta, la cartera ya la había recuperado y hasta cambiado por otra más nueva, la de mi padre tenía el manoseo bancario del visitador, una huella de su orgullo profesional traicionado.

Son recuentos culpables, la mancha de la experiencia en la conciencia

cariacontecida, el humo de las locomotoras, la carbonilla que el viento levanta entre las traviesas, ese polvo gaseado de los túneles, lo que se puede acumular en cualquier memoria por desmemoriada que se precie, las alcobas, los perfumes, los despachos...

¿Qué fue de aquel atildado Agente mañanero, tan pusilánime como inquieto en los indecisos pasos hacia la Estación, en el primer viaje de ida?...

Resbalar.

Parece mentira que ese vértigo de una amoralidad tan imprevisible como beneficiosa, no quiero ser el cínico que se conduele con la boca pequeña pero tampoco el arrogante que hizo de tripas corazón, se compagine con la indigencia del cantamañanas en que me he convertido, este ser que se sienta en la taza acobardado y constreñido.

Este que soy.

La vida perdularia nada tiene que ver con lo que he ido logrando. Ese pasado es muy escueto, no debiera ni conformar ni dar sentido a ninguno de mis pensamientos, a ninguna de mis razones, para entenderme, conocerme, saber lo que quiero y de qué pie cojeo. No debiera existir con la base mínima o suficiente de cualquier recuento.

Hay tantas cosas en el pasado de cualquiera que nada significan y nada valen, lo mismo inmundicias que satisfacciones.

No era el afán de verme descarriado, por poco avisado que se sea se sabe que hay que andar ojo avizor, nadar y guardar la ropa, el tren no pierde sin remedio los frenos ni hay maquinista que tenga la voluntad de descarrilar.

Ese pasado que de pronto se solventa como una amenaza.

—Siempre fuiste así... —dijo Novelda, constatando lo que jamás me perdonaría.

—No es verdad... —aseguré yo, convencido de mi incapacidad y de mi insuficiencia, convencido también de la desgracia de ser como soy.

—Das pena, Ismael. Pena y grima.

—Siempre necesité que alguien me echara una mano... —musité cohibido, sin que fuera posible que ella me oyese.

Ese es el Ismael Cieza que él dice cuando en el receptáculo del Café Consorcio apura lo que orgánicamente no tiene precio ni credibilidad, ya que la opción de aguantar en la taza no viene a cuento, ni hay una mínima alerta intestinal ni las preocupaciones que ocupan su cabeza van a facilitar ese regalo de los dioses que es la deposición.

Escondido en el retrete podría ser un buen título para el relato de algunas vicisitudes que muestran muy a las claras la recóndita identidad de Ismael, lo que su padecimiento ha propiciado como coartada para tantas cosas, ya que la reclusión posibilita una retirada del mundo, aunque sea episódica, cuando el mundo se le pone patas arriba.

Ismael no salió del váter del Café Consorcio con la decisión de afrontar lo que sin remedio se le avecinaba, no salió fortalecido en el contraste de la voluntad siempre maltrecha, lo que hizo fue asomarse con el gesto atribulado del incumplimiento y la desgana, sin que Calixto, que atendía en la barra a una cuantiosa clientela, tuviese ya nada que decirle, apenas responder a la complicidad de la mirada con un encogimiento de hombros no menos desganado.

Sería difícil que Ismael admitiera esa opción de quien se esconde huyendo, lo que no era otra cosa que un ardid ajustado a la costumbre como una lapa mental y moral. La huida no era una forma de no afrontar lo que se le planteaba, más en lo personal que en lo laboral, donde los hábitos profesionales procuraban razonables y rápidos resultados, sino del aplazamiento que con un poco de suerte obtuviera el olvido o, al menos, el desgaste que aliviara lo que habría de resolver.

Todo era complicado, también lo más intrascendente y lo más trivial. Las complicaciones se correspondían muy bien con la natural incompetencia y la remota habilidad.

—Deja, deja... —Era el recurso con que Novelda asumía lo que Ismael echaba a perder sin siquiera haberse dispuesto—. La mejor solución es verte lo más lejos posible.

Y había una convicción, que Ismael podía acreditar en el repaso circunstancial de su existencia, y que en el fondo, cuando la vergüenza asomaba a sus manos con el temblor de la nada que sostenían, tal vez cuando el jarrón que debía cambiar de sitio se le había ido de ellas o la bolsa que transportaba había desaparecido, esgrimía como

aval de su insuficiencia o razón del precario aprendizaje.

—Soy un liado... —decía frecuentemente, en el límite de las llamadas al orden, cuando las cosas se habían puesto feas y estaba tan acorralado por la evidencia que no existía defensa posible—. Siempre lo fui. Un liado, un pobre hombre engañado en infinitos compromisos, alguien a quien cualquiera encomienda lo que se le ocurre, y el paño de lágrimas del último mono.

Nada que ver. Aquel razonamiento siempre les parecía a los demás una salida de pata de banco y, sin embargo, en la condición de liado había una devaluación de la voluntad en aras de lo que podía llegar a ser un asedio entre la generosidad y la falta de recursos para la negativa, que contribuyera de algún modo impredecible a lo que Ismael había llegado a considerarse: liado, devaluado, incapacitado, propenso a las atenciones y el abuso.

—No vengas con cuentos. Te tiras al río con el primero que llega porque lo que te gusta es nadar.

—Parece mentira que queriéndome como me quieres no solo no me comprendas, sino que no hagas nada por entenderme.

—Que te compre quien te entienda... —Podía ser el remate desafortunado con que Novelda mostraba un cierto grado de indignación, y a partir de esa frase ya no quedaba más que decir.

—Me tiro, como hay Dios que me tiro... —murmuraba Ismael para sus adentros—. Cualquier día, cuando ya a nadie se le ocurra empujarme, me tiro de cabeza.

La mañana de Doza iba brillando en la lumbre otoñal de su antigüedad. La mañana arrastraba una quietud en las calles inanimadas, como si resultara difícil moverse entre el olor de las piedras polvorientas y todo tardase más en resucitar o en recomponer un ritmo en el que la memoria urbana se desatase de sus débitos o sus sueños.

Ismael caminó como alma en pena.

Ese era el punto de sus pasos cuando se sentía abrumado y la intención de lo que debía hacer no encontraba claridad ni recursos.

Lo que debía hacer era buscar a Tulio, acaso lo más urgente hasta que acudiera a la cita con Antino en el Bar Barajas, que progresivamente le iba creando un malestar gástrico, lo que indicaba el incremento de un temor que el ánimo orientaba en la inquietud.

—Cualquier cosa me echa a perder, me hago mayor... —constató en el recuento de las nimiedades que engordaban como bichos que no dejaban de moverse y se convertían en manías y obsesiones.

Fue en uno de los portales de los alrededores de la Colegiata, en cualquiera de aquellos que tanto le atemorizaban en sus primeros años en Doza, probablemente el último de una de las calles que caían hacia la muralla con el mayor grado de abandono, donde Ismael se detuvo, y supo que el alma en pena no sobrellevaba el extravío del melancólico deambular con la desorientación absoluta.

Tulio le reclamaba, no solo su padre le había ordenado que lo buscara, las llamadas de Tulio, que más de una vez había atendido, y en condiciones que mejor sería olvidar, no provenían de quien había naufragado en un mar turbulento, sino más bien de quien estaba escondido, necesitado de ayuda, amenazado, perseguido, hecho unos zorros.

Era el portal del número catorce. Una casa que debería figurar entre las declaradas en ruina. La oscuridad del portal se aclimatava al tufo de lo que los desperdicios de tantos inquilinos en tantos años hubiesen legado, esa maraña de sueños, sudores, pensamientos y escombros que se amontona en la atmósfera y las sombras. La casa se vencía en el extremo derecho con la postración con que muchos de los inquilinos mayores lo hubieran hecho al final de sus días, a punto de caer con el declive de las caderas rotas.

Entró decidido al tiempo que veía a un niño, demasiado parecido al niño temeroso

que succionaba la oscuridad como el abismo de un mal inconfesable, salir corriendo del portal.

El catorce no era un número ajeno a otras búsquedas, ni las desvencijadas escaleras que gruñían con la molestia de su vejez, ni el descansillo del tercer piso, ni la puerta de la mano derecha que, al contrario de la izquierda que estaba destrozada y sacada de quicio, permanecía cerrada.

Llamó con los nudillos, primero suavemente, después con creciente decisión. El vientre del inmueble se movía, la ruina parecía inminente. En el expediente municipal de la declaración habría un informe técnico que no dejaba títere con cabeza, y el funcionario de turno salvaguardaría sus responsabilidades haciendo constar que el hundimiento podría afectar también a las medianeras. Un informe de los que en Doza sobrevivían con la salud burocrática de los enfermos a los que nadie hace caso.

—¿Quién vive? —inquirió, al fin una voz recelosa.

—Cieza busca a Tulio —telegrafió Ismael, acercando la cara a la mirilla obstruida.

—¿Qué Tulio?

—Silvera. El hijo de don Medardo. Seguros Occidentales.

—¿Qué Cieza?

—Ismael, un amigo, un empleado.

Hubo un silencio. El vientre del inmueble volvió a moverse y un aire se llevó una hoja del expediente de declaración de ruina, probablemente la que contenía la parte más acuciante del informe técnico.

—No hay Tulio... —aseguró, al fin, aquella voz de mujer que resonaba en el pasadizo de una cueva.

—Peor para él... —dijo Ismael sin ningún convencimiento, consciente ahora del peligro que había supuesto subir los tres pisos y del que le aguardaba para bajarlos.

La mujer se asomó a la barandilla cuando Ismael regresaba al primero.

—¿Y se va tan fresco?

—Estoy en el Corvino. Le dice a Tulio que me envía su padre para echarle una mano al cuello.

—A Tulio no hay por dónde cogerlo.

—Yo soy un mandado.

—Cuando le digo que no hay por dónde cogerlo... —aseguró la mujer que en seguida llegó al Corvino, el cafetín que a la vuelta de la esquina solventaba el destino de los últimos borrachos y de las fulanas que se morían de frío en el invierno de Doza— es que ya no se puede dar un duro por su vida.

—¿Está en su casa?...

—En el desván, donde no será el primero que muera.

—¿Qué tiene?...

La mujer había pedido un café con leche.

En la cercanía de la mesa a la que estaban sentados el descuido no la afeaba como en la distancia, cuando Ismael la vio llegar, casi hasta afianzaba un triste encanto en el que el brillo de los ojos repercutía como una joya.

—Bronquios, pulmones. Tulio ya no es Tulio, solo es lo que queda de Tulio. ¿Cuánto tiempo hace que no lo ve?...

—Mucho.

—Yo lo recojo por lo que le debo y por lo que me debe. Está escondido. Amenazado. La mano al cuello se la puede ahorrar, él solo se puso la soga. Esta misma mañana le dio un ataque.

—¿Lo atiende usted sola o hay alguien más?...

La mujer sorbió el café y se echó el pelo hacia atrás. El fulgor de la mirada se velaba con el gesto de conformidad y el encogimiento de hombros.

Lo que la vida pudiese haberle dado tenía mucho que ver con esa aceptación en la que el horizonte no se distingue, acaso porque ni siquiera subsiste el deseo de distinguirlo.

—Nadie lo atiende, yo lo recogí como otras veces. Le debo cosas y me debe otras. Usted sabe de sobra de lo que se trata, no en vano vino a tiro fijo.

—¿Y qué vamos a hacer?...

—Yo le doy la llave. El desván tiene rota la escalera para subir, pero si Tulio pudo hacerlo, con lo mal que está, usted no va a ser menos. Nadie más sabe nada.

—A lo mejor era la hora de que le pagase esas deudas.

—No son deudas ni favores, en ninguno de los dos casos, ni por parte de él ni por parte mía... —dijo la mujer, volviendo a dejar caer la melena—. Son compromisos de la amistad y el amor, asuntos de la felicidad y la desgracia. ¿Qué piensa usted que esconde Tulio, además de lo que provenga de la necesidad de quitarse de en medio, ahora que anda huido?...

Era algo que jamás se le hubiera ocurrido preguntarse a Ismael. ¿Qué demonios podía esconder, más allá de lo que había robado y lo que proviniera de las deudas del juego, las amenazas, las reclamaciones, el laberinto de sus desafueros entre quienes pudieran

buscarlo o perseguirlo, cualquier disparate que uno pudiera imaginar?...

No parecía posible que Tulio escondiera otra cosa, aunque la mujer debía de conocerlo de una forma distinta. Nadie tiene una única cara.

—¿Algún secreto?... —aventuró Ismael, muy interesado en lo que ella pudiese descubrirle.

—Yo le cuento lo que Dios no sabe. El hombre que se pierde no lo hace en vano. Dios no sabe nada. El hombre que como Tulio anda a la deriva, que tiene el ansia de ir y venir por donde no lo llaman, que busca y no encuentra y se estrella en cada sitio, es porque no se aguanta. Lo atan y se desata. Lo vigilan y escapa. Lo quieren y se aborrece. Hay algo dentro de él que no lo deja vivir o, si quiere entenderlo de otro modo, cualquier vida se le queda corta. El resultado es lo que puede comprobar en el desván, y ya no hay manera de echarle una mano, probablemente nunca la hubo, y al cuello no le va a merecer la pena. No será el primero que muera allí.

La operación de rescate resultó muy costosa.

Lo que había en el desván, donde la mujer se negó a acompañar a Ismael, era un hombre derramado, como si los jugos que pudieran compararse con la savia de la energía botánica se hubiesen diseminado sin orden ni concierto, dejando el tronco seco de un árbol talado.

—Viene Cieza, siempre el mismo... —musitó Tulio, intentando levantar la mano como una rama.

—Estás hecho un cuadro.

—Lo que resta, amigo mío. La última somanta, con este ojo a la virulé y la carrera más larga desde que cumplí la mayoría de edad. Parece mentira que en mis condiciones todavía se pueda correr tanto.

—Depende de lo que quiera hacer contigo el que te persigue.

—Cobrar. El que viene detrás siempre tiene alma de acreedor.

—El peor negocio son las deudas, sobre todo cuando los acreedores no se atienen a razones. O consideran que les quieren tomar el pelo.

Tulio se había puesto de pie con enormes dificultades, pero sin reclamar la ayuda de Ismael. Estaba descalzo, tenía los pies hinchados. Vestía un pantalón que el cinturón apenas podía sujetar y una chaqueta tan descosida como arrugada, dos o tres tallas superior a la suya. No llevaba nada debajo de la chaqueta.

—Vas a venir conmigo... —dijo Ismael, que en la rápida inspección por las polvorientas cercanías no vio nada que llamase su atención. Lo que Tulio vestía era igual que lo que el viento pudiese remover sobre su piel aterida. El vacío de los bolsillos del pantalón y la chaqueta era el mismo del cuerpo esquilmado.

—Te llevaste una suma respetable.

—¿Adónde vamos?

—Hay que echarle un remiendo, pero conviene que me digas lo que has hecho con el dinero. Occidentales no está en el mejor momento. El efectivo es la mayor preocupación financiera, vencen más pólizas de las debidas y muchos suscriptores empiezan a pensar que el seguro es el primer lujo del que se puede prescindir.

—Hablas igual que mi padre.

—Soy un directivo.

—El hijo que mi padre quisiera.

—Déjate de monsergas, Tulio. ¿Dónde tienes el dinero?... Si te persiguieron con tanto encono es porque no habías pagado. Te fuiste sin soltar un duro y no te lo iban a permitir.

—En las timbas más comprometidas está lo peor de cada casa. Se juega sin compasión.

—El juego era lo último que te quedaba, todo lo demás ya lo habías probado.

—Siempre hay algo, Ismael. No es lo mismo acostumbrarse a llevar en el bolsillo interior de la americana una pluma estilográfica que unos alicates o unas tenazas. Un amigo mío buscaba piedras en el río para llenarse los bolsillos. El valor de lo que se lleva o de lo que se busca depende mucho del estado de ánimo o de la necesidad propiamente dicha. Del dinero no queda nada.

—¿Pagaste?

Tulio temblaba. Se alzó el cuello de la chaqueta, metió una mano bajo la misma.

—Me sacudieron.

—¿Sigues amenazado, pueden andar rondando por ahí?

—Les costará denunciarme. Lo que debo es como eso que dices de los suscriptores, un lujo. Debo el alma, el pulmón izquierdo, las varices, una úlcera de duodeno, sangrante para más inri, y la extracción de la muela del juicio que, teniendo en cuenta lo manazas que era el dentista, bien pudo sacármela con los alicates o las tenazas.

—No tienes remedio.

—Esa es la frase que más veces llevo oída en mi vida. ¿Y quién lo tiene?... Una vez me caí a la vía del tren, en Moravines, justo cuando llegaba un mixto de los que no paran. Los que estaban en los andenes gritaron aterrados. El convoy me pasó por encima, yo había quedado en el hueco de los raíles. Ese mixto era el resultado de todo lo demás. Ni siquiera fue puntual. Yo no iba a cogerlo. No hay tren que espere ni que llegue a su hora. Tampoco el mundo está en su sitio.

Ismael fue a buscar un taxi. A Tulio más que bajarlo tuvo que descolgarlo, la escalera del desván estaba rota y había un tramo en el que el cuerpo quedaba en el vacío, lo que le sirvió para comprobar el mínimo peso de la madera seca, ese resto de astillas que semejaba el montón de sus huesos.

—Doza... —musitó Tulio cuando el taxi arrancaba, y se acomodaba acurrucado en el asiento de atrás, mientras Ismael, a su lado, le daba al taxista la dirección del Sanatorio de Santa Sila— principio y fin de todas las cosas.

La mujer se había asomado de nuevo, cuando Ismael llegaba al portal con Tulio cargado como un saco a los hombros.

—No lo lastime, por Dios... —pidió en un grito compungido—. La suerte está echada, pero el dolor todavía puede durar un buen rato.

—Se hace lo que se puede... —se quejó Ismael—. En la medida de mis atribuciones no hay traslados ni últimos auxilios, los Seguros resarcen pérdidas y daños.

—Pueden ser sus últimas horas.

—Por lo que pesa, ya no es otra cosa que la pluma con la que firmarlas...

Doza seguía con las calles inanimadas.

La luz esparcía algunas rayas de cal que se movían sobre el pergamino de las piedras y el pavimento mientras el coche intentaba desenmarañar el dédalo evitando las direcciones prohibidas, y en los ojos de Tulio había un progresivo deslumbramiento que removía su espíritu y alteraba la percepción de lo que pudiese ver y su conciencia le dictase, como si el viaje sucediera lejos de la realidad y el tiempo, en el espacio vacío de un fulgor que le llenaba de sosiego.

—Ya no dices nada... —le requirió Ismael.

Las manos de Tulio se aferraban como garras a las rodillas, los dedos muy separados, la cabeza permanecía erguida y en el pelo ceniciento se podía apreciar la mancha oscura de un golpe o una costra morada.

—Nada.

—Te van a echar un remiendo. Todavía te queda cuerda.

Los ojos de Tulio se volvieron hacia Ismael y la sonrisa que intentaron sus labios se desdibujó antes de formarse.

—Esta Doza del pecado... —musitó.

—Te meto en Santa Sila, luego hablo con tu padre. Más lejos ya no vas a ir, Tulio. La vida te pasa recibo. Lo que te has estado jugando era el más allá.

Tulio tardó en hablar, el taxi se revolvía buscando el alivio en la dirección a la carretera de Morval.

—Es bonita, no me resiento, la quiero así. Yo no soy el ciego de la esquina, el de

los cupones, ni vendí la suerte ni me la regalaron, nada me tocó que no fuera lo que afanase. Soy la mitad. Doza me gusta.

Cerró los ojos, volvió a abrirlos.

Un polen de cal o el polvo brillante de alguna resquebrajadura flotaba en el desvarío de la mirada de Tulio, la cabeza se le fue hacia un lado.

—Voy a dejarte en manos del doctor Viñuela.

La carretera serpenteaba tras el último barrio y en seguida alzaba la línea en la dirección de los altos por el Norte urbano, entre los yermos que el otoño oxidaba sin que siquiera el dorado de la luz, en los atardeceres, pudiese reponer la tintura.

Era una carretera que abandonaba Doza con la decisión de quien no vuelve, una vía en el desamparo de un horizonte ignoto, lastrada de baches y escoltada por los desmontes y las torrenteras, en cuyo inicio quedaba la huella de los viejos cuarteles abandonados, alguna garita en el olvido de la más inútil vigilancia.

—El dinero no era para pagar las deudas del juego, era para sacar del hoyo a un hijo enfermo... —dijo Tulio—. Yo también soy un padre de familia.

Un padre que mira por el bien de los suyos, siguió diciendo Tulio, volviendo a levantar la cabeza que, poco a poco, se le fue hacia el otro lado.

El bien, la ganancia, la posteridad que es el futuro que se les debe. En la vida llevo hecho lo posible para que me tomen el número cambiado y, sin embargo, yo no soy el que aparento, no soy el que van a recordar los que no me conocen de veras. Soy lo que dure este viaje, el resto de lo que anduve lampando, la contribución de mi propia desgana y de la ansiedad que me ahogaba.

Un hombre que no es el palo que sostiene la vela, eso lo supe desde que tuve uso de razón, y no resultaba reconfortante saber que estaría más solo que la una, un grumete en un barco a la deriva en el que todos cayeron por la borda y el último, antes de hacerlo, dijo: ahí te quedas, barbián, para que remes o encomiendes tu alma al diablo.

El niño solo no tenía otra voluntad que la de llorar en el naufragio, no le quedaban arrestos para el esfuerzo de salvarse, ni remaba ni rezaba. Otros, en parecidas condiciones, acaban en el Orfanato y la subsistencia los espabila. Yo dejé que el mar me meciera, y esa fue la primera vez en mi vida en que quise morir, puede que tuviese doce años.

Se ve la vida como la circuncisión de la muerte, ya ves qué ocurrencia, un liviano corte que solivianta los sentidos. Después el cuento se cuenta con esa prodigalidad con que suceden la mayoría de las cosas, con tantos asuntos y avatares que puede llegarse a pensar que no hay donde escoger y la voluntad de nada sirve, no hay día que no esté lleno, desde la mañana a la noche, de las atracciones y las ocurrencias y los requerimientos más impensables.

El ansia es el motor de la quimera, también de la agitación y la congoja y, por supuesto, si te descontrolas, que es lo natural, también de la violencia. Ese adolescente pirado era dueño en igual medida de la desazón y el deseo, del desasosiego y la codicia.

El mundo es la mitad, el mundo es un rato, la corona de espinas no resulta un buen aliciente para la tribulación, es más rentable un sombrero de paja o una gorra con las iniciales de un actor famoso.

Fue el tiempo lo que me hizo sentar la cabeza, aunque nadie crea que la senté, la edad y, por supuesto, algunos descarrilamientos. No puedo contar lo lejos que fui, para que el cuento no se desmande y, además, porque si fuera sincero debería reconocer que

esa distancia no es muy distinta de la que nos lleva a la vuelta de la esquina, la lejanía es una invención porque ni las millas ni los kilómetros sirven para otra cosa que para destacar las intenciones del que se va o huye.

Lo más lejos bien podría ser Moravines, en aquella ocasión en que el tren me pasó por encima. Era un convoy muy largo, y lo que tardó en pasar fue lo suficiente para que el pelo se me pusiese canoso y yo recordara la música del grumete tocando el acordeón y lo que el grumete cantaba: ay de mi duelo, carita desconsolada, pena de mi desconsuelo, ay de mi duelo, ay, ay, ay, ay...

Un hombre tiene la deuda de su sentimiento, el honor de sus afanes, la incertidumbre que es propia de su condición. Luego lo que se echa a perder es lo que no se ganó, lo que se pudo, lo que la suerte no devuelve con su sonrisa.

Las cosas no me fueron bien, y mientras peor me iban más porfiaba yo para que se pudrieran. Este es el porvenir de quien bajó la guardia cuando ya nadie creía en él ni nadie apostaba por su futuro. El presente malvendido, el pasado en el saco roto.

Dejé de mirarme en el espejo, estaba cansado de la sorna con que se reconoce el que no sabe apiadarse de sí mismo. No iba a tirarme yo también por la borda, era peor quedarse en el barco, más solo que la una, cantando como un bobo para espantar el miedo.

El dinero no paga otra deuda que la de esa enfermedad de mi hijo. Y el cuento tiene ese grano de la bondad con que el padre cumple por el bien de la familia, como suele suceder en los cuentos de siempre.

Tenía una foto con ellos: la madre, el padre, los dos niños, el enfermo y el sano, pero debí de perderla cuando corría. Era la foto de una felicidad secreta. Todos los ojos estaban fijos en el lugar más lejano de los pensamientos de cada uno, y puedo jurar que ese lugar era el mismo.

—Tengo que bajarme... —dijo Tulio al cabo de un rato, cuando los altos de Morval todavía parecían inalcanzables y el viento batía los desmontes—. Me mareo y necesito mover el vientre.

El taxi aparcó en la cercanía de la cuneta.

—Dile que se vaya... —ordenó Tulio a Ismael—. Págale y que nos deje. Prefiero seguir andando, el coche me descompone.

—No estás en condiciones.

—Hazme caso, por Dios.

El taxista obedeció con un gesto de extrañeza y, mientras Ismael le abonaba la carrera, Tulio dio unos pasos sin mucha decisión, se detuvo un instante, y luego salió de la carretera y caminó presuroso.

—¿Adónde vas?... —quiso saber Ismael.

—Aquella mata... —señaló Tulio—. No querrás que me baje los pantalones en cualquier sitio.

Desapareció tras la mata que había indicado.

El taxi ya se había perdido carretera abajo.

Ismael retenía en las palabras que había estado escuchando a Tulio un rumor que contravenía lo que tantas otras veces le había escuchado, como si la propia voz sonara desde un lugar distinto, el que miraba la familia en la foto, o la distancia en que esa voz retomaba el eco de unas confidencias que el propio Tulio se hiciese a sí mismo.

El viento de Morval limpiaba la atmósfera y el otoño era más desnudo en el alto.

Doza se vislumbraba como si la mano antigua que la había fundado la elevara, un artificial crecimiento que tenía el poder de la luz, igual que esa estatura que ganan los adolescentes con el poder de la fiebre.

Cuando Ismael dio cuatro o cinco pasos arriba y abajo por la carretera tuvo la sensación de un aviso intestinal, la vibración tubular que anticipaba el movimiento en el aparato digestivo.

Pensó que Tulio se estaría aliviando satisfactoriamente tras la mata, bajados los pantalones, inclinado en la postura que facilitaba la deposición, y ese pensamiento fue un aliciente para concentrarse en el estímulo orgánico, como si recordara aquella costumbre infantil de los amigos haciendo sus necesidades en un corro festivo:

—Caga más quien antes caga.

—El que no lo hace no lo merece.

—Caga mucho, no seas roñoso.

—Vendo la mierda barata.

Llevó la mano al vientre, la vibración se atenuaba o era una sensación indecisa, acaso suscitada por el mero pensamiento, como si la imaginación procurase la imitación de la necesidad.

Volvió a caminar arriba y abajo, ya había pasado el tiempo suficiente para que Tulio terminara, si de veras le había aquejado una necesidad perentoria.

Lo llamó, pero no hubo contestación. Volvió a llamarlo.

—Vamos, Tulio... —gritó en la dirección en que se había ido—, que tenemos que llegar a Santa Sila.

Nadie se levantó tras la mata, e Ismael pensó que podía haberse desmayado, y lo pensó con la agitación con que uno se echa en cara el descuido, sabiendo que tenemos en nuestras manos a alguien que no se encuentra bien.

Llegó a la mata, todavía llamándolo. Tulio no estaba, había desaparecido. Unas bolas casi diminutas acumulaban en un montoncito lo que podía ser el excremento de alguien que llevaba varios días sin comer.

Los desmontes dificultaban la perspectiva de un repaso razonable en el que descubrir al huído, a veces formaban pequeños vallecitos aledaños que las torrenteras hacían más hondos, podía haberse escondido en alguno de ellos o hasta caminar emboscado.

Volvió a llamarlo.

No era el eco de su nombre lo que resonaba en el vacío de Morval, era el bronce de una campana en la lejanía de Doza y el rumor de algunas palabras que Ismael escuchaba como quien oye llover.

Eso lo había soñado.

No era la primera vez que Ismael Cieza sentía la inquietud de quien de pronto está más solo que la una y, a la vez, siente el asedio de que se trata de una soledad culpable, lo que indica que perdió la compañía de un modo irresponsable.

El escarabajo desapareció de las baldosas y bien podría jurar que no había ido a donde sus torpes movimientos lo llevaban. La desaparición probablemente coincidía con el propio movimiento de Ismael al entrar en la cocina y alzar el pie sobre el caparazón sin darse cuenta, como si fuera a pisarlo.

Y tampoco estaban los ratones en el armario.

El reflejo de los ojos adormilados en la luna de la puerta contribuyó a que toda la habitación se moviese al abrirla. Era una sensación habitual en ese movimiento que producía el rechinar de la vieja madera del armario: los muebles de la habitación se volcaban en el espejo y hasta los libros apilados en la mesita de noche se venían abajo.

No estaban los ratones, y ya solo le quedaba ir dando trompicones por el pasillo para comprobar que tampoco estaba la lagartija en la pared del salón, con lo cual el tramo del sueño que restaba incrementaría la angustia en la absurda búsqueda que nunca obtenía resultado.

Siempre había un momento en el que Ismael pensaba que los bichos se habían confabulado y jugaban al escondite con la misma intención que lo había hecho, cuando eran niños, la vecina enferma que se agarraba a él en la oscuridad del pasillo como si muy apretados y cerrando los ojos fuera imposible que los descubriesen.

—No me voy a morir... —decía entonces la niña al oído de Ismael, en un susurro que parecía el silbido de la fiebre—. No soy la ratita presumida ni tú eres el gato con botas.

El viento de Morval lo dejaba tan solo como en el sueño.

Llamó a Tulio hasta cansarse y corrió arriba y abajo por el desmonte y las torrenteras sin que le pareciese posible que Tulio, dada su situación, pudiera haber ido muy lejos o estuviese escondido. Algo tenía que haberle pasado, pero no era razonable no encontrarlo en el radio de acción en que se movió, con esa presteza y atención con que se actúa en las situaciones urgentes.

—No soy de los que se pierden dejando la baba para asegurar la vuelta... —había dicho Tulio alguna vez—. La voluntad del grumete es sagrada. Lo mismo el miedo que la decisión.

Morval no formaba parte de ningún sueño y, sin embargo, lo que Ismael divisaba cuando se sentó tan cansado como abatido en una piedra al pie de la carretera parecía pertenecer a un cierto dominio de la irrealidad que él hubiese inventado en alguno de los ensimismamientos, que procuraban las fugas de la imaginación y la memoria cuando, por ejemplo, en el tiempo en que permanecía sentado en una taza no quedaba ningún recurso ni expectativa.

Se trataba entonces de un tiempo sin medida, casi de un discurrir indeterminado en el que la inmovilidad eternizaba la disipación.

Todo estaba quieto, nada era cierto y no había sucesos sino parajes.

La carretera sumaba hacia el alto la cicatriz de lo que el alquitrán había dejado como los trozos polvorientos de la camisa de una culebra que allí se hubiera mudado hacía muchos años.

En el contorno, el yermo mostraba las malformaciones que la intemperie reconvierte en un metal morado. Solo el viento persistía en la murmuración de lo que la muerte dejó sin palabras, entendiendo que la vida se extingue en la aridez absoluta sin que el viento se resigne a ser algo así como el eco del silencio, antes bien un ruido de ausencia que no perdona el abandono.

Allí sentado, entre la irrealidad y la culpa, sin que el horizonte de Doza aliviara el ánimo con esa figuración, que en ocasiones no resulta otra cosa que el espejismo del oasis, Ismael Cieza sintió la intimidación de lo que su vida arrastraba, el temor que oscurecía las emociones más recónditas, la amenaza, el aviso que había aguardado con la paciencia que maltrata el sueño.

—Este que soy... —musitó, con la resignación con que el paisaje se apoderaba de su alma—. El que se reconoce y se resiente.

Entre las muchas ocasiones en que Ismael tuvo que ir a por Tulio, que era como habitualmente se expresaba la encomienda de don Medardo, hubo una especialmente penosa, cuando el mozalbete mostraba una absoluta falta de respeto y el mayor orgullo de su existencia descarriada, unos años en que la orfandad dio alas al hijo tarambana coincidiendo con la viudedad reciente del padre contrito.

—Tienes que ir a por él... —dijo don Medardo—. Lo coges por las orejas, lo atas, lo apiolas.

Estaba en Armenta, en un bajo que parecía una guarida inexpugnable, en alguna de las costanillas que conforman el Barrio de Ciento.

Al todavía no muy bregado Agente de Seguros que era Ismael, el mandato le pareció un acto de confianza, que enlazaba con otras demostraciones familiares de don Medardo, en cuyas confidencias el nombre del hijo era un recurso penoso y condolido, la mala suerte en la herencia de su santa madre que hasta en el mismo lecho de muerte, y en el suspiro final, no hizo otra cosa que repetir ese nombre, con la correspondiente súplica al padre estragado.

—La mató... —decía don Medardo, golpeando la mesa del despacho con el puño—. Se la cargó con un cartucho de dinamita. El amor de una madre pisoteada, la cruz y los clavos. Un cartucho que empezó a encender en la misma cuna, cuando aborreció la leche materna.

Hasta llegar al bajo en la costanilla, las indagaciones de Ismael cubrieron las más variadas desorientaciones.

Armenta tenía en los arrabales algunos tugurios y varios almacenes de chamarileros y traficantes, entendiendo en el tráfico de materiales robados en desguaces, construcciones, mobiliario y objetos en pisos deshabitados y en el expolio de iglesias, santuarios y ermitas, cuyo patrimonio administraba una red de encubiertos anticuarios.

—Será Grimo pero no Tulio... —Escuchaba Ismael, cuando alguien menos precavido parecía dispuesto a dar alguna información tasada sin miramientos.

—Ese Tulio pudiera ser Copado, las mañas del carterista y el desdén del señorito.

—El Submarino, de media noche para arriba. La que se llama Maitines o una gorda que se peina con los pies.

Ninguna información valía de nada y don Medardo empezaba a considerar seriamente la denuncia en la Comisaría, aunque los antecedentes de Tulio y la facilidad de que el escándalo nutriera una vez más la comidilla de Doza le retenían con mayor desesperación que desánimo.

—Occidentales no es ajena a las sevicias y extorsiones de ese mangante, con qué moral vamos a mantener la fachada. Por Dios, Ismael, hay que trincarlo. La última

novedad son unos anónimos, en los que algún amigo de confianza me ha hecho notar que se percibe la mano del miserable.

A Ismael le temblaban las piernas.

Hasta el bajo le había acompañado el más estrafalario de los contactos, un enano que se expresaba por señas y que era conocido como el Enano Mendaña.

Cobró lo estipulado y dio media vuelta, después de hacer un gesto con el dedo índice sobre la garganta, como indicando que se la rebanaban, y un corte de mangas.

—El que entra no sale... —dijo una voz muy ronca, respondiendo a la insistente llamada de Ismael—. ¿Quién quiere probar?...

Pensó en un cliente, uno de esos perturbados que pueden encontrarse donde menos se espera, que tras lo que parecía el asentimiento a la suscripción de la póliza que acababa de ponderarle mientras le escuchaba interesado, tomaba el documento y lo hacía pedazos mientras le daba medio minuto para salir pitando porque, esas fueron sus palabras: este puto Seguro no va a cubrir lo que quede de usted después de descuartizarlo.

—Así y todo... —contestó Ismael, haciendo de tripas corazón— quisiera entrar y llegar a un acuerdo.

Se abrió la puerta. Olía al viento podrido de las costanillas y a la herrumbre de un calabozo.

—Tellerina es mi hija... —dijo el hombre que vestía un gabán que le arrastraba por el suelo y que, apenas Ismael se asomó y él cerró la puerta, lo cogió por el cuello y lo sujetó inmovilizándolo.

—Busco a Tulio... —pudo decir con mucha dificultad, sin que el hombre dejara de sujetarlo.

—Está muerto. La misma mano que te agarra lo desnucó como al conejo que estoy guisando. Tellerina es mi hija, te lo advierto. De las tres que tuve, solo ella me queda.

El hombre se dio la vuelta, Ismael pudo respirar.

Había un pasillo muy largo y, al final, languidecía una bombilla como el pábilo de una vela a punto de apagarse.

—Ven a ver el cadáver...

Dudó unos instantes, lo más lógico era abrir la puerta y huir lo más rápido posible.

—No hay salida, no lo pienses. La puerta está trancada. Si quisiste probar, eso te toca. El muerto no podrás llevarlo gratis. Como mucho podrás probar el conejo. Yo no mato por matar, aunque de aves y bichos no lleve cuenta. Ese hombre es el quinto y ya se sabe que no hay quinto bueno. ¿De qué acuerdo hablabas y quién te dio las

señas?...

—Tenía que recoger a Tulio. Iba a pagar lo que fuera del rescate, si de eso se trataba. Las señas me las dio el Enano Mendaña.

—Valiente quisquilla, un ser despreciado en los circos y que en Armenta ya no puede asomarse a ningún sitio. ¿Sabes que tiene un hermano gigante?... Es el alero del Baloncesto Chocolatera. A ese Enano lo pisó una vez un muerto que había escapado del Depósito en plena autopsia. No hay peor avalista, estás perdido. No hay quinto bueno pero el sexto puede ser superior. No guiso cadáveres, solo conejos, dejaré que pruebes antes de rebanarte.

En la habitación había un camastro y sobre el somier reposaba el cuerpo de Tulio, mal vestido, con visibles magulladuras en la frente y los pómulos y las manos cruzadas sobre el pecho. Los pies sobresalían desnudos como dos bichos despellejados.

—Lo miras, lo tientas, y luego vemos si hay o no hay trato... —dijo el hombre, empujando a Ismael y cerrando la puerta—. Tellerina no es la hija del Corsario Negro, es la que me queda. A quien en ella puso los ojos, la vida se le hizo añicos. Cuando Dios no mira, se ríe el Diablo. ¿Quieres oír cómo me descojono?...

Ismael se acercó tembloroso al camastro.

Tulio tardó un momento en abrir el ojo izquierdo, lo hizo sin mover la cabeza. Luego abrió el derecho y en seguida su voz llegó de ultratumba:

—No es la primera vez que me matan... —dijo medroso y con los ojos húmedos— pero nunca había estado muerto cuarenta y ocho horas. Si me has encontrado es que la empresa de mi padre va viento en popa, soy el hijo de un hombre de negocios a quien sonrío la fortuna.

—Eres el hijo que mata al padre después de cargarse a la madre. Y voy a advertirte una cosa, Tulio, yo no soy un empleado que arriesga la vida por el sueldo, ni entiendo las señas de los enanos ni me apetece ver a una gorda peinarse con los pies. Nunca jamás volveré por ti. La agencia de seguros no comporta actividades criminales y funerarias, que quede claro.

—No te pongas de ese modo, no le hagas un feo a quien te paga. Y, por Dios, llega a un acuerdo con ese asesino... —suplicó Tulio, incorporándose—. Puedes pagarle en efectivo o con un talón cruzado, es más sanguinario que confiado.

Con mucho sigilo había entrado una chica a la habitación.

—Es Tellerina, un amor descarriado.

—La novia del muerto... —dijo ella, echándose el pelo hacia atrás con coquetería.

—Somos, como quien dice... —confesó Tulio, encogiéndose de hombros—, una pareja de delincuentes. El amor en nuestro caso forma parte del delito de haber nacido. Yo en casa de ricos, ella en el fango y la pobreza. Ahora ella vela el cadáver y yo me muero de miedo porque estoy menos muerto de lo que su padre cree.

—No sé si a usted le gusta el conejo guisado... —inquirió la chica, que ayudaba a Tulio a recostarse de nuevo y le colocaba las manos sobre el pecho.

—Lo prefiero al ajillo... —respondió Ismael tajante y sin disimular su enfado.

—La cocina está al final del pasillo, a la izquierda... —le indicó ella—. Mi padre solo negocia comiendo. Desde luego el muerto no va a venderlo barato, pero él de cuentas mucho no entiende. Luego, cuando hayan cerrado el trato, tiene que

convencerlo para que le ayude a sacarlo de casa. Yo voy a ir poniéndole a Tulio los calcetines y los zapatos. Mi padre es malo pero no tan iluso como para creer que un muerto puede moverse por sus propios medios. Si le dijo que este era el quinto de su cuenta, ya se imaginará que algo entiende del asunto. Yo solo recuerdo tres y, desde luego, ninguno se fue andando.

—Hazlo con mucho tiento, Ismael... —suplicó Tulio, que volvía a cerrar los ojos—. Y, por lo que más quieras, no desprecies el conejo, que no se note que eres incapaz de comer un guiso en el que la guindilla puede abrirte un agujero en el estómago.

En el pasillo el viento de las costanillas y la herrumbre del calabozo se mezclaban con un olor de pimentón y tripas, el vapor de la cazuela, la salpicadura del fregadero.

—¿Tentó al muerto?... —inquirió el hombre, que le esperaba con la badila en la mano.

—No me gustó un pelo... —dijo Ismael, con el convencimiento de quien no aprecia la mercancía que le ofrecen.

—¿No será que necesita más medicina?... —amenazó el hombre, alzando la badila como una espada.

—Al contrario, tiene demasiada. El que lo mató se pasó de la raya.

—No mata con precisión el que al hacerlo pierde la cabeza. Yo no soy un artista.

—De todas formas, si le parece, podemos llegar fácilmente a un acuerdo. Me lo llevo por lo que pida.

El hombre regresó al fogón. El olor del guiso atravesó las narices y el cerebro de Ismael como una varilla incandescente. Estornudó y contuvo la arcada.

—Siéntese a la mesa. El trato se hace comiendo. Cuando del conejo no queden ni los huesos, ya habremos apalabrado lo que el muerto da de sí.

—Han sido muchas y el gasto de las mismas no se corresponde con el sueldo que me paga tu padre... —le dijo una vez Ismael a Tulio, cuando el hijo pródigo arrastraba una de sus convalecencias, reiterando las promesas que jamás cumpliría— pero aquella de Armenta te la tengo apuntada.

—Caí como un pardillo.

—Hay cosas en la vida que te persiguen con mayor insistencia que un costurón o una malaventura. El tufo de un guiso, la digestión que no acaba. Nadie ha podido curarme el estreñimiento y para las úlceras sangrantes necesité dos operaciones.

—Era joven y, por lo tanto, inexperto. Un pardillo, ya te digo.

—Llevabas hechas tantas que no se te podía echar la cuenta. El calavera era el primo hermano del crápula, lo que no me acuerdo es cuándo empezaste.

—Pronto, lo reconozco. Hay niños que hacen gracias y los hay que hacen maldades. Yo era de los malos pero no menos ingenuo, lo que también provocaba risas. Me echó a perder mi madre con las caricias complacientes, hasta que un día le mordí la mano. Mi padre me daba las correspondientes bofetadas a escondidas y, una vez hecho el repaso, me ofrecía dinero para que no llorase ni le fuera con el cuento a mi madre. Fueron las primeras extorsiones. Recuerdo una paliza con la que me compré una bicicleta.

—La mataste a disgustos.

—Es un modo de hablar. Ella iba a morirse de todas formas, yo lo único que hice, cuando supe que aquello no tenía remedio, fue pedirle que pusiera a mi nombre la cartilla de ahorros que mantuvo desde soltera. No te la bebas, me pidió cuando el tumor le salía por los ojos. De aquella era abstemio, pero esas palabras me dieron una idea.

—Si echo la cuenta de las horas que llevo detrás de ti y las paso al cobro, tu padre se arruina.

—Díselo a él. Yo no era un chaval averiado, era ocurrente. Había que dejarme solo, darme correa. Me picaban las manos, tenía cosquillas en los pies, y no había mañana en que no me levantara con alguna idea que se parecía a la bandera que izaban en el cuartel que había al lado de casa. ¿Cómo iba a ir al Colegio a aburrirme como una ostra o a echar un partido en el patio? Con solo salir de casa, y cruzar la primera esquina, ya era el rey del Oeste.

—No me acuerdo de cómo se llamaba la hija de aquel hombre que te mató.

—Tellerina. Los quince años mejor aprovechados que vi en mi vida. Un amor descarriado, decía yo, tonto de mí, un juguete en sus manos.

—Para llegar al Barrio de Ciento me las vi y me las deseé. El rastro que dejabas, hasta que aquel Enano se avino a un precio, era más confuso que el de un fantasma sin cadenas.

—Se encargaba ella. Era el cebo. Me tuvo en sus manos desde que me echó el

ojo. Yo para las mujeres nunca tuve instinto. Esa chica trabajaba para su padre y, dijera lo que dijese, era la hija del Corsario Negro.

—Recuerdo el pelo y los ojos.

—Fuimos una pareja de delincuentes. Ella planeaba los asuntos más raros y yo no lo pensaba dos veces. Me usó para lo que quiso o, mejor sería decir que ambos lo hicieron. Luego, cuando ya no les servía me mataron. El padre se llamaba andana, ella me tenía escondido. Supongo que también el Enano estaba pagado. Fue él quien se te cruzó, no tú el que le echaste el guante.

—Es verdad, me tiró de la manga.

—Los bordillos están a mi nivel, el mundo tiene el horizonte de la rasante de cualquier callejuela, decía Mendaña. Se aprende mucho por esos Barrios.

—No te entiendo, Tulio. No me convence esa idea de la bandera ni el coraje del zascandil que se parece al del soldado que salta la trinchera y echa a correr como si le dieran cuerda.

—No me tomes el número cambiado, te lo he pedido muchas veces. No llevo en los bolsillos la dinamita que dice mi padre. Nada es lo que parece, tampoco soy yo lo que se ve desde fuera. Hay una intención en el alma de cada persona y un intento en la voluntad que, por una u otra razón, puede ser desvariado o inútil. En cualquier caso, la intención y el intento son del patrimonio del dueño del alma. Yo me podré equivocar pero a mi padre puede pasarle lo mismo, y a ti ni te cuento. Eres el Agente de Seguros menos seguro de sí mismo que visita al cliente. El mundo no es la bandera, ya lo sé, solo los pervertidos creen en ella cuando la izan. Yo tengo una idea que es algo así como un relámpago. En la esquina se enciende la mecha.

Cuando Ismael se dio cuenta de que lo que estaba haciendo allí sentado en la piedra al pie de la carretera era esperar a Tulio, como si Tulio fuese el pájaro que vuela un rato y vuelve al nido antes de emprender de nuevo el vuelo, se percató de que no había cosa más absurda.

Una vana ocurrencia que en el fondo demostraba las pocas ganas que sentía de ir otra vez a por él, invertir el resto de la mañana en repetir el recorrido por donde Tulio iba dejando la baba del caracol enfermo.

La mujer que lo había escondido en el desván se lavaría las manos y acaso en algún banco de Doza, en el jardín de las murallas o en la fosa que iban cubriendo los derrumbes, estaría sentado lo que quedaba de aquel cuerpo que todavía se erguía en los huesos con la cruceta del espantapájaros.

El viento de Morval alejaba ahora los relieves de la ciudad, como si el relumbre otoñal se contaminara del polvo que desprendían las piedras con la misma emanación cenicienta de los pergaminos, y la atmósfera enrarecida contribuyese a difuminar una lejanía que ganaba distancia en la progresiva desaparición.

No era la primera vez que desde el alto comprobaba Ismael esa flotación de un mar de partículas en el que Doza se eclipsaba como el navío en la niebla, inmóvil y sumergida, llevándose también su imaginación y pensamiento mientras la divisaba.

—Ciudades que son aves de rapiña... —decía Lucio Cañada, mirando por la ventana de la galería en su piso, sin suavizar el gesto despectivo de la afirmación—. Nos roban, nos despojan, nos retienen cautivos y, a los más bobos, cautivados.

La carretera solitaria, esa piel de la culebra mudada que la lluvia y el sol solidificaban como la cicatriz en las estribaciones, pareció moverse cuando Ismael se puso de pie y vio que un coche subía por ella con el esfuerzo renqueante de quien va agotando la respiración.

—¿Viene o va?... —inquirió el conductor, deteniéndose a su lado, y asomándose por la ventanilla.

—Iba a Santa Sila.

—Pues suba que le llevo.

—Ya no hace falta, vuelvo a Doza.

—No lo haga, esa ciudad no tiene rendimiento. Se lo dice un Viajante que con la rentabilidad de tres pedidos ni siquiera pudo pagar una pensión completa.

—No me queda más remedio, es donde vivo.

El hombre había aparcado el coche, que acababa de retener una explosión en el tubo de escape igual que el estornudo que se reprime.

No era un coche muy grande y estaba cuidadosa y exageradamente cargado, tanto en la parte trasera como en la baca.

—¿No iría usted a Santa Sila a que le hicieran un apaño?...

—Llevaba a un enfermo que se me escapó.

El hombre se quitaba los guantes, cogió del salpicadero un paquete de cigarrillos y encendió uno después de ofrecerle a Ismael, que lo rechazó.

—Yo me interno cualquier día... —dijo—. Santa Sila, el Provincial o los Desahuciados del Castro y la Consolación. Voy a subir al Puerto del Septenario, le quito los frenos al coche y lo despeño con el muestrario completo. El comercio ya no remunera lo que el cuerpo necesita, el ánimo está cansado y siempre fui hombre de poco espíritu. ¿Es usted del ramo...?

—Seguros.

—No olvide lo que voy a decirle, ya que no parece normal encontrarlo en medio de la carretera, con un enfermo que se le fue de las manos.

—El hijo del dueño, ya ve qué encargo.

El hombre expulsó el humo con delectación, movió la cabeza. Había sacado la mano derecha por la ventanilla y le indicaba a Ismael que se acercara más, como si quisiese hablarle al oído o no estuviera seguro de que alguien les pudiera escuchar.

—Algo nos sucede, qué le voy a decir que usted no sepa, algo nos pasa... —musitó convencido y encogiéndose de hombros, con la resignación temerosa de quien lo hace para el cuello de la camisa—. No es que usted y yo seamos primos hermanos, pero entre el haber y el deber de lo que llevamos vivido, y lo que nos espera, hay asuntos comunes, destinos equivalentes. ¿No padecerá, por casualidad, alguna dolencia crónica, sin que tenga que ser una enfermedad preocupante?... Se lo digo porque cuando, como esta mañana, encuentro a alguien en un descampado o a mitad de la cuesta, sé de sobra que es el ser humano que mejor me comprendería sin que ni uno ni otrouviésemos que hablar demasiado. Debemos cuidarnos, intentar que no nos líen, que no nos traigan y nos lleven. ¿Es que el hijo del dueño no es mayor de edad?... Yo le tengo miedo al coche, fíjese qué contradicción. Voy a su albur, hace ya mucho que me ganó la partida, pero espero llegar al Septenario y hacer lo que le dije.

Ismael se había recostado en la aleta.

Escuchaba la voz del hombre como el rumor confidencial de una conciencia que el viento de Morval deshacía.

Era una voz delgada que parecía un hilo del que el hombre necesitaba que alguien tirase, como si en ello le fuese la vida o no hubiera otro conducto para orientarse en el

laberinto de su confusión.

—Tampoco me haga mucho caso. Hay ramos más descorazonadores que otros. Llevo la peor campaña de mi existencia y para la temporada de invierno no hice ninguna previsión...

Lo que acaba con nosotros, dijo el hombre, no es la obligación sino el descrédito, esa manía tan poderosa que tenemos de acumular nuestras propias deudas como si fuéramos los mayores acreedores de nosotros mismos. Y de eso se prevalecen quienes nos conocen, los que en su beneficio nos toman el número cambiado.

Le digo que soy un pobre de espíritu o que tengo la autoestima por los suelos y ello se debe, en buena medida, a quienes administran mi vida sin pedirme permiso, como si mis necesidades tuvieran que ser sufragadas en manos de quienes advierten lo propenso que soy a que me lleven las cuentas.

Es el problema del que anda a verlas venir, una desorientación que se resuelve en la facilidad, quiero decir que siempre ronda alguien que te lleva donde parece que debieras ir, sin pedir de entrada nada a cambio, yendo a su rabo con la complacencia del que parece que nació para ser segundo de a bordo, incapacitado para cualquier clase de voz de mando.

Yo le digo a usted, porque no me cabe la menor duda de que es de los míos, en otro caso no nos hubiéramos encontrado al pie de la cuneta, yo subiendo sin otra convicción que la de despeñar el coche, y usted bajando con el temor de lo que se le avecina, ya que no parece que este sea el mejor día de su existencia, pues le digo, aunque le parezca un disparate, que el propio cristianismo se basa en esta contradicción interesada de los espíritus fuertes y los pobres. La tiranía de las creencias y, si me apura, de las ideologías y los pensamientos, ese cambalache en el que siempre llevamos las de perder los que nos ponemos firmes a la primera llamada, porque formamos la masa de los ramos subalternos.

No me lo invento, la cabeza no me da para estas consideraciones, repito lo que le escuché a un hombre mayor que viajaba esencias y que, además de conocer con la mayor precisión las mezclas de los hidrocarburos, conocía estas zozobras de la miscelánea de la que estamos hechos, la inquietud que usted y yo, entre tantos otros, compartimos entre la imprecisión y la indolencia del alma, de modo que lo que se nos aprecia de voluntariosos no se corresponde con el anhelo interior, no hay disposición íntima que eleve esa fuerza que podemos sentir pero no administramos, es como si tuviéramos neutralizados algunos impulsos y estuviésemos conformes, por comodidad o destino, vaya usted a saber.

Lo que ese viajante de esencias venía a decir es que en tales circunstancias la felicidad no es un bien considerable, como mucho mejor el gusto y la tranquilidad. La felicidad es un bien muy ambicioso y, a la vez, muy costoso, y requiere una pasión avariciosa, la adecuada competencia, el deseo y el apetito. No la regalan y hay que

disputarla. A ninguno de nosotros se nos ocurriría competir, ni siquiera con nosotros mismos o con nosotros menos que con nadie.

Hubo un tiempo, cuando comencé a viajar efectos religiosos, en una industria eclesiástica de la que tuve que irme porque, además de estar perdiendo la fe me había hecho un meapilas, en que me dio por contabilizar los momentos felices, ese estado de ánimo complaciente o satisfecho en que se posee un bien, algo de lo que el de las esencias consideraba plenitud y que, a ras de tierra, podría percibirse de manera modesta.

Una contabilidad bastante penosa, si soy sincero.

El descrédito al que nos vemos sacudidos, las deudas que nos arrogamos para saldar con nosotros mismos lo que los demás nos pasan, ese recibo siempre pendiente y, no nos engañemos, la coacción moral, el generoso entendimiento de quien nada valora porque nada querría más que verse privado de todo para estar en paz y no tener ni derechos ni obligaciones, en fin, usted me entiende, unas cuentas de pena, unas facturas impresentables.

Si de veras fuese el dueño del negocio de mi vida le juro que lo más rentable sería cerrar el establecimiento.

Y Dios aquí no pinta nada, no haga caso de ningún predicador, sea de la índole que sea, ni se le ocurra escuchar en la radio otra cosa que no sea música, ni vaya a ningún festejo, ni rece por los difuntos.

Esta condición a la que pertenecemos, cada cual en su ramo o en su esquina, es la más vigilada y, a la vez, la que menos esfuerzo pide para mantenerla a raya. Somos nosotros mismos nuestros celadores.

La desgracia de que así nos hicieran o el instinto de una supervivencia estropeada, ya le dije que soy de un ramo bastante desesperanzado y, a lo mejor, se me nota la catadura, pero cuando lo divisé, sentado en esa piedra, me dije con cierta confianza: es de los míos.

Ande, suba, vamos a Santa Sila.

Nos internamos los dos, pedimos habitación doble, el arreglo común nos saldrá más barato...

Mientras lo vio renquear carretera arriba, con esa dificultad o desvalimiento con que el escarabajo se movía por las baldosas de la cocina, todavía estuvo tentado de llamarle, como si la propuesta del Sanatorio se acomodara a la necesidad del ánimo enfermo o el hecho de vislumbrar una cama en el lugar anónimo de los desahuciados le produjese la recompensa de quien se acuesta, se duerme y se quita de en medio.

Ismael Cieza se sintió desalentado.

Lo que acababa de escuchar enlazaba penosamente con las consideraciones y reflexiones que con cierta insistencia revertían en su pensamiento y en sus sentimientos, igual que las olas que rompen en el arrecife o persisten, mansas e indomables, en la arena de la misma playa.

La tentación de volver a sentarse en la piedra, en lo que de pronto le parecía un paraje desolado que no se diferenciaba mucho del que reverberaba en la angustia de algunos sueños, le hizo caminar presuroso carretera abajo, como si la propia tentación tuviera un resorte que saltaba de igual manera con la atracción o el vencimiento.

—Es como la trampa de cazar ratones... —Escuchó en el eco de una voz, que en seguida se le hizo reconocible y nada grata—. Caes en ella o sales pitando, espantado, al ver que el resorte funciona y estalla el muelle como una granada.

Lo que buscó con los ojos, deteniéndose un instante, observando el relieve deforme de los desmontes, la sima derramada de las torrenteras, no lo liberó de aquella voz y el ingrato recuerdo de su dueño.

La figura de Tulio no asomaba en ningún sitio.

Era imposible detallar nada en el panorama, que en vez de abrirse parecía cerrarse hacia la confluencia de los barrios de Doza que limitaban la dirección de Morval.

Los Barrios tampoco tenían una definición urbana que alterara el polvoriento pergamino en que la ciudad se había eclipsado, apenas alzaban las crestas rotas o el grumo de las techumbres.

La voz se hizo insistente con los pasos, y en el momento en que Ismael llegó a pisar el bajo del pantalón y tuvo que hacer un quiebro para no caerse, lo que resonaron ya no fueron solo las palabras de Calvado, el más aborrecible de los compañeros en las vicisitudes profesionales, cuando los Agentes de tan distintos negocios compartían plazas, comedores, pensiones, viajes, sino el destello marrón de su figura como una liebre agazapada que de pronto se hubiese levantado antes de echar a correr.

Hablaba de la tentación y hacía chascar los dedos como si el estímulo debiese

recabar el sonido deslizante del muelle, que resultaría el único aviso antes de resultar atrapado. Ese impulso que ya exuda el gusto del peligro y anticipa el placer al que solo se acercan los más osados.

Caer en ella.

Esa frase retumbaba con la conmoción con que la voz de Calvado certificaba la valentía.

Alargarla todo lo que se pueda, ir a llamar una y otra vez a la misma puerta, concertar una cita y no acudir para, días más tarde, disculparse y volver a concertarla.

El regusto, la molicie, el júbilo, el regodeo.

La culpa se va administrando con el olfato parecido al del ratón que huele el queso, la misma disposición de la alerta y la trampa. El acecho.

—Viene Calvado con algunos arañazos... —decían entre bromas y desprecios los representantes, los Comerciales, un Agente que llevaba cuatro días con el coche averiado o los Visitadores que se disputaban los mismos consultorios y establecimientos.

Un rictus de cinismo y amargura que en vez de dejar su huella en los labios parecía clavarla en el paladar y la garganta, cuando la voz de Calvado aseveraba que en la trampa no quedaba solo un bicho muerto: la sangre, el dolor y el deleite eran el resultado de la pieza cobrada, nada importaban los arañazos o las heridas.

A Ismael siempre le desagradó aquel repertorio de tentaciones y celadas.

El rictus de Calvado se acomodaba al desprecio de la víctima. La voz expandía la suciedad que en tantos casos necesitaba que se fregaran las conciencias para que quedasen limpias.

También podía venir subiendo por la carretera, como otro Viajante que intenta llegar al alto, el eterno maletín tan marrón como el traje en la mano derecha, la colilla del puro en los labios y el brillo del rubí en el anillo que reventaba como una vena rota.

O estaba tras él, a punto de alargar su mano para depositarla en el hombro y presionar, con el mismo gesto con que los policías secretas detenían al sospechoso.

La voz no cesaba y el aliento le soplabá en la oreja:

—Ahora Cieza va a contar lo que esconde en el número siete de Cañaverales, esquina Arzobispo Cabrera... —decía el policía, complacido en el interrogatorio y seguro de que el detenido iba a pasar un mal rato.

Ese fue el recuerdo que determinó el regreso por la carretera, en el que la distancia de Doza se acrecentaba como cuando en los pasos del sueño hay un sitio al que se quiere ir pero donde parece imposible llegar.

Los pasos de Ismael ya no encaminaban su intención de buscar a Tulio, a quien daba por perdido, aunque la encomienda subsistiera y de la indignación y pesadumbre de don Medardo destilara esa responsabilidad que tan penosamente le venía atenazando desde hacía tanto tiempo, como si Tulio fuese el hermano al que te sujeta una obligación derivada de la promesa que hiciste en el lecho de muerte de tus progenitores, cuando la última voluntad no fue otra que encarecerte el cuidado del vástago enfermo e inconsecuente.

El recuerdo traía lo menos grato de aquellos años profesionales, ese residuo del pasado del que uno se desprende activando lo que el olvido gana en la distancia que, como decía Lucio Cañada, es la mezcla más consistente de la longitud y el tiempo.

—También la más eficaz... —remarcaba, con el punto de vanagloriada sabiduría que hacía muy obvias algunas de sus consideraciones—. Echas a correr el tiempo en la proporción en que te escapas, y cuantas más millas mayor desmemoria. El olvido es un bien que frecuentemente se gana como una carrera.

Existían algunos nombres propios en la ingratitud de aquellos años, nombres y rostros aborrecibles. También había otra zona del recuerdo llena de cosas buenas y benignas, pero tampoco a ella le gustaba volver a Ismael.

—Hay un pasado en el que fuimos distintos. Éramos otros, por mucho que nos parezcamos a lo que somos. Si no cambiáramos, la vida sería un aburrimiento.

Curiosamente esos nombres se correspondían, casi de modo inquietante, con ciudades concretas, espacios comunes del encuentro, lugares compartidos en la coincidencia, con la reiteración que propiciaban las rutas del trabajo.

A Calvado podía añadir, como poco, en una línea de malevolencia y chulería, los nombres de Melchor, Venero y Torralbo, cada uno con el colorido de los holgados trajes que, además de las maletas y los baúles, podrían servir para guardar los materiales de un comercio menudo y a veces más arriesgado que valioso.

Armenta, Borela, Borenes, Oceda, quedaban en la confluencia de alguna noche, una Estación, un bar, la habitación contigua del Hostal Unales o de la Pensión Praga, y cuando Ismael tenía que ir a ellas sentía el desánimo de prever que por allí andarían.

Cieza era la identificación de Ismael, puede que ni siquiera ninguno de ellos conociera su nombre. Cieza, Occidentales, una indicación siempre menospreciadora y envidiosa al constatar que la liviana cartera o el portafolio resultaban instrumentos suficientes para el trabajo, armas ligeras en comparación con las pesadas, una infantería de rápido movimiento que no arrastraba la maquinaria del artillero.

Ismael siempre los rehusó pero nunca pudo librarse de ellos. La sorna se mezclaba con la confianza en las más inusitadas ocasiones, donde la complicidad que cualquiera se arrogaba daba por hecho que había algo convenido, que todos hablaban de lo mismo, y que en la reincidente casualidad de sus andanzas el encuentro era el alivio para la queja, la confianza, el préstamo o la propuesta desatinada que siempre tenía una finalidad no muy clara y la necesidad de que alguien muy de fiar te ayudase a llevarla a cabo.

—Es un enredo, no hay otra palabra... —Y era lo que escuchaba Ismael de la voz de cualquiera de ellos, tan paciente como cansado pero a punto de dejarse liar aunque solo fuera por quitárselos de encima— pero a esto se llega, Cieza, cuando el ovillo no da más de sí. Siempre es lo mismo. Hay una mujer casada, hay un marido peligroso. La amenaza ya no es el aliciente de la tentación, pero el soborno no tiene sentido con la denuncia. Pueden estar conchabados. ¿Con qué cara vuelvo a casa, siendo como soy un padre de familia numerosa?...

Hubo más de una vez en que Ismael fue el mensajero más o menos inoportuno que tuvo que hacer la arriesgada llamada telefónica o tocar al timbre de un portal con el alma en vilo, mientras el encausado vigilaba desde la cercana esquina.

—Parroquia... —Era habitualmente una contraseña convenida.

—Confirmación... —Podía ser la respuesta que indicara que no había moros en la costa.

—Gracias, Cieza. Ahora solo te pido que vengas detrás de mí y aguardes un momento para que podamos asegurarnos de que no se trata de una trampa.

Solo en una ocasión se trataba de una trampa.

Ismael subió tras Torralbo hasta el primer descansillo, se detuvo atento a la señal que el otro le hizo e inmediatamente hubo un estallido de amenazas e imprecaciones, adheridas a los gritos y llantos de una mujer. Vio el cuerpo de Torralbo peligrosamente asomado por la barandilla, haciendo un terrible esfuerzo para que no lo arrojasen por ella. Subió con más dudas que decisión.

Fue la mujer quien le arañó la cara al verlo aparecer, y lo echó con cajas destempladas.

A Torralbo lo metían en el piso, entre patadas y bofetadas. Se cerró la puerta y se hizo el silencio. Ismael se retiró pesaroso y ensangrentado.

—Una gumía... —Fue el único comentario que hizo esa noche el representante del ramo de ferretería, con el ojo derecho morado y el brazo izquierdo en cabestrillo.

Subían en fila por ambos lados de la carretera como las huestes de un ejército que no se sabe si huye o se encamina a la batalla.

Lo que hizo Ismael, como en tantas ocasiones en que el sueño de los insectos se sobreponía sobre la soledad fugitiva del escarabajo, fue situarse en el centro de la carretera, caminar hacia Doza intentando no prestar mucha atención a lo que en las filas paralelas semejaba los rieles de la vía de su pasado, la misma formación de una velocidad de ida y vuelta en la que había hecho los lejanos recorridos que menos le gustaba recordar.

Esos insectos componían las huellas de acero de las bolas de jugar al gua y de las que de niño elaboraba con las migas de pan que guardaba en los bolsillos, y que tantas veces iba dejando caer al suelo como garantía de que en el camino habría siempre una señal para volver, aunque existiera el riesgo de que en alguna ocasión se las comieran los pájaros.

—El hilo del ovillo, la atadura de quienes necesitamos un faro que nos oriente, ya que de otro modo estamos perdidos.

El silencioso ejército no le escoltaba, parecía ajeno a su inquietud en la maniobra de su avance, pero Ismael iba acrecentando la velocidad de los pasos en el regreso a Doza y de alguna manera le parecía que, al menos, esa formación de raíles que ascendía tan imperturbable como el último convoy que acabara de alejarse de Moravines en la dirección del puerto, donde la locomotora necesitaría un sosiego antes de afrontar lo que se le avecinaba, era el aval de lo que iba dejando atrás, la guardia que facilitaría su huida ante aquellos recuerdos del pasado, que inesperadamente se confabulaban con mayor intensidad que en el sueño.

—Nos lo va a contar... —repetía Calvado, y parecía que la mano del policía volviera a acercarse peligrosamente al hombro de Ismael, con esa presión de los avisos y las detenciones—. El número siete de Cañaverales, esquina Arzobispo Cabrera. El mismo pajarito que se fue del pico fue el que se posó en la aleta del coche de Melchor cuando se le rompieron los frenos.

—No hay desgracia sin aviso.

—Ni secreto que pueda mantenerse eternamente. Los pajaritos van de noche donde nadie los reclama, y aguardan de día al pie de la curva más peligrosa.

—Conviene hacerse con una jaula.

—Yo no la necesito. A mí me gustan fritos, pero a Cieza le repelen las plumas.

Podían haber coincidido en Morval, del mismo modo que en muchas ocasiones habían atravesado juntos el Desierto de Moravines, sin que quedara otro recurso que

el de alargar la mañana o dejarse deslizar en la tarde de un día de otoño parecido a este, cuando las luces de Doza ya eran más borrosas y el eclipse apenas dejaba apreciar la marca de los relieves urbanos.

—Hay un dato con el que conviene que seamos consecuentes... —decía Calvado, pero también lo podía haber dicho Torralbo, que era muy dado a apostillar lo que su compañero opinaba, en el vano intento de parecerse a él o de que no se viese rebajada su consideración por los demás, cuando Calvado hablaba más de la cuenta—. En el término medio de una aventura sentimental, cuando la jugada es clara, estuvieran o no marcadas las cartas, que eso proviene de la habilidad y el descaro de cada uno, debemos ser consecuentes con la profesión. Nadie malvende el género y a todos nos compromete en parecida disposición el tanto por ciento, la garantía y la confianza. El comercio de la vida es la vida misma ¿o no nos enteramos?... Se lo pregunto a Cieza.

Ismael comenzó a correr.

Una campana de Doza acababa de despertar al fantasma que todos los mediodías bajaba de Santa Sila con la pala o la guadaña.

—Cieza no dice nada, lo que significa que el que calla otorga.

Fue la carrera lo que incitó la ligera sacudida intestinal, que en algún momento se parecía al despertar de un reptil que le incomodaba como si alzara la cabeza en las tripas: la sensación menos grata de todas pero frecuentemente beneficiosa.

—Ese bicho es muy desagradable pero bastante sabio, yo podría hacerme a la idea de ser su dueño y alimentarlo, igual que quien padece la solitaria... —decía Calixto tras la barra del Consorcio—. Se mueve con el sigilo de las glándulas secretoras.

Llegó al Barrio de Lastre, el más cercano en el límite donde arrancaba la carretera, todavía aturcido por las voces que se mezclaban con el rumor del ejército que no era otro que el de las bolas de acero en el rodamiento que las acompañaba, un ritmo paralelo al de la velocidad del tren alejándose de Moravines.

—Es el tramo ferroviario donde más se padece cuando se sueña, porque los convoyes se desbocan como los caballos y huyen espantados. El padecimiento proviene de los sobresaltos que hacen estallar la angustia entre las imágenes deformadas de las ventanillas. En ese trance murió un chico del Castro Astur que era epiléptico, y abortó una mujer de Celama que ni siquiera sabía que estaba embarazada.

Eran las tres primeras casas y en el bajo de una de ellas había una taberna cuyo letrero no leyó, pero que tuvo la impresión de conocer, uno de esos locales que se acumulaban con parecido recuerdo en cualquiera de los puntos cardinales de Doza y donde quien llegase ya había ganado la condición y confianza del cliente.

No había nadie en el mostrador y fue directo al fondo, con la decisión y el conocimiento preciso de la ubicación del retrete. La puerta estaba cerrada.

—Ocupado... —dijo una voz que parecía un lamento.

El reptil se sosegó y mientras Ismael regresaba al punto más cercano a la puerta supo que la sacudida ya no se repetiría y, por un instante, dudó en salir, consciente ahora de que el desaliento era mayor que el cansancio de la carrera.

—Si se va, tendrá que llevárselo... —dijo el hombre que acababa de aparecer tras la barra—. El paquete lo dejaron para usted, y a lo que quiera tomar invita la casa.

Algunos parroquianos esparcidos por las mesas miraron sin mucho interés.

Ismael se percató de que el hombre se refería a un envoltorio hecho con papel de periódico y atado precariamente con una cuerda.

Se encogió de hombros y alzó las manos con la vana indicación de su sorpresa, aunque la cercanía del envoltorio depositado en el mostrador hizo que sus dedos lo rozaran.

—No es mío... —susurró.

—No digo que sea suyo, digo que es para usted. Un encargo. En cualquier caso, lo mejor es que acepte la invitación y así la espera se le hará más corta hasta que salga el dueño. Un aperitivo ya no lo puede despreciar.

El hombre había hecho una indicación hacia el retrete al mencionar al dueño, y ya no preguntó más, acercó un vaso y lo llenó de vino blanco.

El primer sorbo motivó una respuesta ligeramente alentadora en el estómago, y con el segundo se produjo un movimiento que reclamaba un eco intestinal nada parecido a la sacudida ni a la acción del reptil pero sin duda indicativo de la alerta en las paredes y el fluido glandular.

La opción de un tercer sorbo era arriesgada pero Ismael no dudó, como tantas veces había hecho en situaciones idénticas, y el efecto fue tan inmediato que apenas tuvo tiempo de dejar el vaso al lado del envoltorio y caminar de nuevo presuroso hacia el retrete.

—Un momento... —suplicó la misma voz lastimera, ahora contaminada por el pesar de quien se ve urgido sin capacidad de atender con igual prontitud, mientras se escuchaba el ruido de la cadena y el agua en el inodoro.

Ismael se movió desconcertado, la puerta no se abría. Se llevó la mano al vientre con extremo cuidado, toda caricia resultaba agradecida en el recurso instantáneo, aunque también era habitual que no pasara del consuelo con que se atiende al enfermo que ya tiene el rictus del moribundo.

—Un gesto en el vacío..., —podía decir Calixto— o la resignación cristiana del que ya sabe que se acabó lo que se daba..., —según aseveraría contrariado su padre.

Fue Tulio quien asomó tras la puerta, cuando Ismael ya se daba por vencido.

—Mucho más lejos no iba a llegar, dado el estado en que me encuentro, y la idea de Santa Sila era la que a cualquiera podía ocurrírsele. Perdona que haya desaparecido de este modo, tenía de verdad ganas de mover el vientre, en eso no te engañé. A mi padre le dices que estoy ingresado. No hace falta que vengas conmigo a Santa Sila, te prometo que me pongo en manos del doctor Viñuela, pero tienes que hacerme un gran favor...

Los cuatro pasos que dieron volviendo de nuevo hacia la carretera repercutieron en la respiración de Tulio, que había tomado el paquete de la barra del bar y lo llevaba bajo el brazo con el esfuerzo de quien apenas es capaz de sostener una pluma.

—No te entiendo, Tulio. Estás que no levantas cabeza, hecho unos zorros, más de uno te la tiene jurada, y vas a tu bola, como si nada sucediera. ¿Qué favor ni qué ocho cuartos?...

El paquete se le desprendió y cayó al suelo, igual que la pluma que no hubiese logrado sujetar, y mientras Ismael vio cómo se sentaba en la cuneta tuvo la sensación de que Tulio no era otra cosa que la última pluma del pájaro enfermo que se posaba en el lugar más lejano del nido, posiblemente sin recordar siquiera el árbol del que colgaba.

—Los pagos están hechos hasta donde buenamente pude. Las deudas son mayores que el capital. No es la suerte mi mejor compañera, y menos en los últimos meses. Una mujer disfrazada, una diosa que enseña la sucia puntilla debajo de la falda. Lo que aquí queda es una cantidad respetable y del último pago es del que te tienes que encargar. El favor de un amigo al que se confía lo que más se parece a la última voluntad.

Ismael había recogido el paquete del suelo y se había sentado al lado de Tulio en la cuneta.

Todavía tardó unos minutos en superar la contrariedad del impulso frustrado que removió el vientre en la espera del bar, cuando lo último que hubiese pensado era que Tulio se había hecho dueño del retrete, en parecida proporción a como se adueñaban el padre y el hijo de sus actos con las abusivas encomiendas y requerimientos.

—Hay situaciones de auténtica desdicha... —decía Calixto, repasando algunas circunstancias desgraciadas—. Imponderables, fracasos derivados de la voluntad ajena. La fruta madura y el contratiempo en el instante decisivo. Ese retrete ocupado que te hiela el intestino.

Tulio apoyaba las manos en las rodillas, y la inclinación que mostraba el vencimiento del cuerpo hacia adelante, con los codos como las esquinas de un derrumbamiento, alertaba lo que podía ser un dolor que viene sin ruido y se hace dueño de lo que primero encuentra, como si no necesitara ser consecuente con lo que lo provoca.

—En Lastre he vivido muchos meses, sin ir más lejos, sin rebasar el Barrio. Voy a decirte una cosa que a lo mejor no sabes. Doza es muy distinta, según vayas a uno u otro sitio. Los barrios, las gentes, las ilusiones y hasta los pensamientos. Las noches son más raras en el Caudal que en Solferino, y si bajas por la ribera hasta el Acecho, donde el Puente Sorrento, te puede doler la luna como una pedrada. Me gusta Lastre. Las cuatro tabernas, el burdel de la Indecisa, donde viví escondido cuatro meses seguidos, dos de ellos en el armario de la habitación de la dueña y hasta una semana debajo de la cama, el manicomio del Buen Orate, que lo van a cerrar después del incendio, la misma Capilla del Bienhechor y los Billares del Mandria. Un Barrio en el que la gente se busca para saludarse, y el que pierde la confianza solo sale de casa cuando no pueden verlo. Las defunciones son mayores que los nacimientos y, sin embargo, no cede población. Vienen a verlo, se quedan. No cree en Dios ni el tres por ciento.

Ismael seguía mal la voz de Tulio, que se iba adelgazando en la enumeración.

—Tengo prisa.

—El que llegó a Lastre tiene más fácil subir a Santa Sila, no voy a entretenerte. Ya te prometí que me interno, y así puedes decírselo a mi padre. El pago no va a llevarte mucho tiempo, el paquete pesa menos de lo que contiene. Es el dinero mejor empleado de mi vida, con el que debo pagar la deuda de mi sangre, aunque esto suene exagerado.

—No me tomes el pelo, Tulio. No me vuelvas a liar.

La bota del pie derecho de Tulio se acercó al paquete que Ismael había dejado junto a una piedra. Lo rozó como si lo acariciara.

—Si un hombre se entera de que su hijo se llama Melo ¿qué puede hacer?... Cualquier nombre valdría al descubrir que ese hijo ni conoce ni reconoce al padre, en realidad el nombre sería lo de menos, aunque hay casos en que resulta sorprendente, pero se llama así, y en seguida te digo lo que tienes que hacer para que cobre la deuda que ni siquiera reconoce.

Con el agravante de ser hijo, el mal hijo de cualquier parábola, igual de la del pródigo que de la del desgraciado, perdí la expectativa de ser padre, o sería mejor afirmar que nunca pasó por mi cabeza serlo, pues en el mejor de los casos me hubiese parecido el colmo de los colmos...

El hijo que se alimenta del mal ejemplo de serlo es el que mejor deja zanjado el recurso de la paternidad. Es el hijo que quema las naves al tiempo que les quema la sangre a los padres, y es lo que yo hice desde muy pronto, cuando todavía mi madre se fiaba de que los caprichos y las carantoñas eran las mejores armas para enderezar a quien daba muestras patentes no ya de andar torcido, sino de hacer de la desobediencia la norma de su santa voluntad, siempre con las peores ocurrencias, lo que más pudiese perjudicar, el disgusto más grande, esa maldad que esconde un niño en el bolsillo del pantalón con la resistencia del que roba y jamás confiesa, pues nunca se mostrará arrepentido.

La madre nunca recela y es su comprensión la que mejor alimenta la torcedura, de tal modo que hasta en la complicidad auxiliadora encuentra el hijo las mejores coartadas y el mayor ánimo. Al padre cualquiera se lo imagina, más furioso que contemplativo, siempre en ese límite de la indignación que le pone el corazón del revés, la cólera como acicate de la impotencia, callando la boca y apretando los puños sin que se note, administrando las cuatro bofetadas en contadas ocasiones y a escondidas.

Un hijo es lo último que yo echaría en falta.

El que soy y el que pudiera tener, imagínate la suma y el baremo...

Cuando lo único que has hecho en tu vida, entre los desmanes y las contrariedades, no ha sido otra cosa que lo que resulta de ser hijo, no se te puede ocurrir ser padre.

¿Cómo demonios me miro en el espejo y percibo las ojeras y las arrugas que le corresponden a un padre por el hecho de serlo, por la responsabilidad con que se cultiva una úlcera de duodeno o una cardiopatía?...

Melo, ese es el nombre, y en seguida te diré dónde encontrarlo para que puedas hacerle llegar, como última voluntad, el dinero con que un padre ya no va a comprar el amor o el respeto de un hijo, que se parece más a un huérfano que a un vástago propiamente dicho, no ya por el hecho de que sea natural sino por la circunstancia adversa de que el progenitor no existe, en el sentido afectivo y estricto de la palabra, solo en la secreta apariencia de la desgracia.

Contarte cómo lo tuve y de quién es me llevaría un buen rato, y tampoco quiero

echarte a perder la mañana. Solo te diré una cosa: lo llevo persiguiendo mucho tiempo, alentado de la manera más vil por las cuatro mujeres que pudieron ser sus madres y que siempre hicieron todo lo posible por atormentarme.

Entre ellas no había otra cosa que yo mismo, y la razón de que las cuatro se conchabaran de un modo tan denigrante y perjudicial no pudo ser otra que la de acabar conmigo, amargarme la existencia, lo que en buena medida lograron porque el hijo fue la obsesión que arruinó mi salud, dejando aparte la mala vida, la alimentación descuidada, las infecciones, las hemorragias y este fin de fiesta que me costó el riñón izquierdo, la pleuresía y unas hemorroides cuya tumoración no tiene cura y con las que he llegado a perder, en las peores crisis, hasta tres decímetros de sangre, si la medida está bien calculada y la longitud sirve para seguir el rastro de las varices.

Menchu, Eloína, Lola y Orta, así de fácil.

Las iniciales de esos amores que reconvierten la casualidad en una pasión de tomo y lomo, cuando se es joven y se está dotado, o se es generoso e inconsecuente, sin que nada importe nada, apenas dejarse querer, tocar el timbre o llamar a la puerta, lo que pudiese buscar tenía la misma impronta de lo que encontraba, ser un desgraciado no está reñido con ser guapo o estar mejor hecho que otros que, para colmo, además de pobres de cuerpo y espíritu son más feos que Picio.

Perseguir a Melo, reconocer al hijo, enviscado de la peor manera por cada una de ellas, como si no pretendieran otra cosa que arruinarme el ánimo, perjudicar mi espíritu ya suficientemente maltratado, además de la enfermedad.

El hecho de que entre ellas se conchabaran proviene de alguna coincidencia que hermanó su maldad.

No son las cuatro únicas mujeres de mi vida, pero son las peores.

Es una burla, ya lo sé, pero el chico se me parece.

Es igual a como yo era cuando tenía sus años. La misma fotografía que cobra vida y se mueve con la pereza del blanco y negro, igual que en las películas en que el protagonista va por la calle con las manos en los bolsillos y subido el cuello de la chaqueta.

Las contadas ocasiones en que quise hablarle me mandó a la porra, no hubo modo. Es tan arisco como reservado, y no habría forma de que yo supiese cuál de las cuatro es su madre, lo que ya dejó de preocuparme hace bastante tiempo.

Me castigaron, no ya por no saberlo sino por la crueldad de enterarme, me refiero a su existencia, no a lo que ellas ocultaban conchabadas en ese juego infame.

Puedes figurarte la catadura de las mismas, la manera en que me fueron enredando para que el hijo se convirtiera en la única obsesión de mi vida.

El hijo de quien nunca se hubiese imaginado ser padre, el hijo de quien no hizo otra cosa que serlo y de la peor forma, siendo precisamente un mal hijo...

No sé si puedes entenderme, Ismael.

Me hice padre buscando a mi hijo y estas lágrimas que me avergüenzan son como las babas del caracol.

He ido llorando detrás de él pero nada me importa que el mundo se ría de mí...

La conciencia del hijo, la confianza del padre, lo último que Ismael hubiese pensado mientras se encaminaba hacia la dirección que Tulio repitió una y otra vez, tras el esfuerzo de recoger el mugriento paquete y ponerlo en sus manos con el temblor emocionado de un encargo que parece la encomienda del moribundo en el lecho del arrepentimiento.

—Taller Combarros, un bajo en el número catorce de Piloto Ucieda. El dueño es manco y la lampistería muy apreciada. Ni se te ocurra decirle que vas de mi parte.

La conciencia y la confianza, musitó Ismael sin saber muy bien lo que tales palabras significaban en sus labios y, a la vez, sintiendo la inquietud de lo que podían suponer, como si lo que acababa de escucharle a Tulio también le concerniese, en la extraña medida en que nos conmueve un cuento que nos cuentan sin que le prestemos excesiva atención o una noticia que leemos en el periódico mientras estamos pensando en otra cosa.

Se volvió por última vez para ver a Tulio caminar por el centro de la carretera hacia Santa Sila, con los pasos más frágiles que perezosos y todavía dispuesto a repetir una vez más la dirección y el nombre del hijo.

Fue en ese momento cuando Ismael Cieza, que sostenía con aprensión el paquete debajo del brazo, se vio invadido por una conmoción que parecía el resultado de la inquietud que venía brotando según avanzaba.

Apretó el paso, sintió la imperiosa necesidad de alejarse de Tulio, se internó por el Barrio de Lastre sin reparar en la orientación más adecuada para llegar a Piloto Ucieda, una de las calles en el extremo oeste del Caudal, no lejos de la Porticada, donde Doza mostraba alguna de esas huellas desconocidas a las que Tulio se había referido y que Ismael contrastaba con el hedor de los portales y la boca abierta de los sueños en que llegaba a sentirse más perdido.

—Menchu, Eloína, Lola y Orta... —repitió sin pronunciar, al tiempo que visualizaba las iniciales que componían el nombre del hijo de todas y de ninguna, aquella historia que en la confesión de Tulio mezclaba la conspiración y el enredo vengativo, como si el disparate no fuese otra cosa que una ocurrencia malévola para amargar la vida de quien siempre ejerció de hijo calavera.

Las deudas pendientes, dijo Ismael, y en ese momento el peso del mugriento paquete se hizo mayor bajo el brazo, igual que si la materia de la última voluntad, un dinero que provenía de lo que Tulio había afanado sin ninguna consideración, atracando y

estafando a su propio padre, se convirtiera en un pedazo de hierro, como la propia conciencia del hijo y la malversada confianza del padre, el mismo metal herrumbroso de la ignominia, que si a Ismael se le fuese de las manos podría romperle los dedos del pie.

No iba a llegar a Piloto Ucieda por el camino más fácil.

En algún momento recordó incómodo la cita del Bar Barajas y la promesa de esperar en la Estación a su hija.

La incomodidad era también el derivado de la inquietud que le había conmocionado, pero lo que mantenía la desazón que no le permitía ordenar los pasos en la dirección más razonable era la persistencia de aquellos nombres que coincidían como un secreto reclamo en la identidad del hijo desconocido.

Una fotografía en blanco y negro, el rostro que mira, bastante alelado, como suele suceder a quienes lo hacen sin otra convicción que la de verse sorprendidos, en el espejo de quien corrobora un parecido que no admite dudas.

Un hijo con la única solvencia del pasado, pensó Ismael con el mismo desasosiego con que sus pasos incrementaban la velocidad y el peso del paquete recuperaba la levedad de la pluma, igual que un recuerdo que no pertenece a la memoria que lo segrega o un apósito o una herida que jamás se perciben ni hacen daño.

Le está bien empleado, se lo tiene merecido, aseguró. Lo que don Medardo lleva sufrido, lo que la madre padeció. Esa condición del hijo es un ajuste de cuentas. También eso le corresponde a la paternidad, la responsabilidad que la vida te hace afrontar cuando menos lo esperas, ya que la vida tiene ese reto crucial en la condición del padre.

No sé dónde estoy, corroboró de pronto Ismael deteniéndose.

La luz de Doza produce a veces, en el otoño, un rayo esmerilado que se cuela sobre la realidad como una brillante hoja de acero.

El chico parecía un hombre, aunque posiblemente lo más exacto sería decir lo contrario: que el hombre parecía un chico, había algo raro en el aspecto de Melo y la perspicacia de Ismael, que era el atributo que mejor sustituía su falta de atención o la disipación que Novelda tanto le echaba en cara, en seguida detectó el sesgo huidizo de su mirada y un afán por no estar quieto.

El dueño del Taller Combarros no solo era manco, también tenía una nube en el ojo izquierdo, y no resultaba fácil compaginar en la curiosidad de tenerlo enfrente la rigidez del brazo, que le pendía como un apósito, y el vértigo de la nube que volaba en el firmamento de la mirada igual que un algodón diminuto que acabase de limpiar una lágrima.

—Lo único que le pido es que no me lo entretenga. En la lampistería, como en cualquier oficio eléctrico, son los cinco sentidos los que se usan, y a Melo el vuelo de una mosca se los reduce a tres.

Lo que había de raro en el aspecto de Melo, además del sesgo y el afán, era la contradicción del pelo turbio y revuelto y la barba hirsuta que tenían distinto color, con el añadido de que la barba crecía desproporcionadamente, con mayor intensidad en el lado derecho de la cara.

Tampoco dejó de llamar la atención de Ismael, mientras observaba a Melo salir del Taller sin gana alguna y caminar unos pasos para cruzar la calle, el vaivén de los hombros, uno mucho más alzado que el otro, y las perneras del pantalón que estaban cortadas a distinta altura, de modo que la pierna derecha parecía bastante más larga que la izquierda.

—Si es usted un familiar... —le dijo a Ismael el dueño del Taller— no estaría de más que le rogara mayor aliño. La lampistería no está reñida con la higiene, usted ya me entiende.

A lo que Melo olía no era a lo que el Taller supurase, un hedor quemado de carbón y tungsteno, la combustión luminosa de los hilos que restallaban o el aceitado soporte de algunas lámparas que parecían desechadas en el rincón.

El olor también esparcía la rareza de lo que no proviene de la transpiración o el descuido sino de la contaminación del aire que respira quien lo expande, alguna emanación oculta como la que brota de las chimeneas cuando están apagadas.

Melo entró en el bar de enfrente, debía de ser el único de Piloto Ucieda, una calle de industrias modestas y comercios parasitarios, de los que en Doza nadie sabe de qué viven y a los que la Cámara de Comercio no considera en la estadística económica, dado el bajo rendimiento y la indeterminación de las provisiones.

Apostados en la barra, donde Ismael dejó el paquete, la mano de Melo se anticipó a cualquier otra indicación, como si pretendiera señalar algo o no lograra estarse quieta, y el hombre que atendía el diminuto negocio, ya que el bar no ofrecía otro servicio que el que pudiese procurar la escueta barra, sirvió dos vasos y los acercó sin mediar palabra.

—Lo que se le ofrezca... —dijo entonces Melo como sin venir a cuento, y sin que se entendiese muy bien a quién se dirigía, mientras con el vaso tembloroso en la mano daba unos pasos hacia atrás y los mismos hacia delante.

—Nada... —indicó Ismael—. Nada que no sea venir al Caudal, que es un Barrio que no frecuento, entre otras cosas porque me cae lejos y en él nada se me perdió, y preguntar por usted en el primer taller de lampistería al que he entrado en mi vida.

—Pudo ahorrárselo... —opinó Melo, cuya mirada circundaba una realidad difusa, el universo ajeno que un ser humano de su catadura jamás sentiría como propio porque seguramente no tenía ni el más mínimo sentido de propiedad sobre el mundo.

Ismael le acercó el paquete sobre la barra, pero Melo no pareció darse cuenta, ni siquiera se había percatado de su existencia.

—Es suyo —dijo Ismael—. A eso vine, a traérselo.

La mirada de Melo regresó de la realidad difusa pero no se orientó en la dirección que Ismael indicaba, no era difícil pronosticar los enrevesados despertares de aquel hombre que parecía un chico, probablemente despabilaba con el zumbido de una mosca que se aferra al cristal de la ventana porque no puede huir del sueño y siempre resulta más grata una prisión de vidrio.

—Ni mío ni nada.

—Ábralo —le ordenó Ismael—. En la vida hay muchas maneras de que a uno le toque la lotería.

—La suerte me da grima.

Por fin la mano derecha de Melo se acercó al paquete, lo hizo sin ninguna confianza, como si se tratara de un movimiento inesperado.

—Usted no es trigo limpio —musitó entonces, mientras la mosca se iba sosegando en el cristal.

—Lo que soy no es precisamente usted a quien se lo voy a contar. Lo que soy, lo que hago, la mañana que llevo, el día que me espera.

—No se engañe conmigo ni me venga con disimulos. Una lámpara no es un chisme cualquiera ni el oficio se aprende en tres días. Le veo venir, no soy bobo.

—Me limito a cumplir un encargo. Tampoco me pagan por perder el tiempo, aunque muchas veces tengo la sensación de perderlo sin cobrar. Lo último que se me pudiera ocurrir es estar ahora mismo con usted en este bar que ni siquiera sé cómo se llama.

—No tiene nombre ni hay otro en la calle.

—Peor todavía. Si tuviese que dar explicaciones de por dónde anduve, el lugar exacto en que le hice entrega del paquete, figúrese la dificultad. Por lo menos el propietario tendrá nombre.

—Tampoco.

—No sabía que en el Caudal lo que más gustaba era el anonimato.

—En el Caudal, como en cualquier otro sitio, lo que más gusta es que le dejen a uno en paz.

—El paquete es suyo. Lo mínimo que podía hacer es cogerlo y abrirlo. Yo cumplo lo prometido dejándolo en sus manos.

—Yo no.

—Entonces ¿qué hacemos?...

—¿Es que se cree que soy un pardillo? ¿Es que puede pensar que no me doy cuenta de quién lo manda, de parte de quién viene?...

—Usted es un hijo como cualquier otro, no se haga el estrecho.

—Está usted muy equivocado. No me parezco a ninguno. Los hijos que usted tenga, allá usted con ellos. No hay padre reconocido porque no hay padre que reconozca. Y de ser hijo estoy hasta el gorro.

—Me pone en un aprieto.

—Al Caudal se llega por donde se sale, no hace falta que vuelva por un camino distinto. Y con el paquete puede hacer una cosa: tirarlo en la primera papelería que encuentre.

—Es un paquete que contiene una última voluntad. La del padre que sabe que usted es su hijo pero desconoce quién es la madre. Un hombre engañado en sus responsabilidades, ya ve qué desafuero: cuatro madres posibles, y eso que estamos hartos de oír que madre no hay más que una.

—La mía es la misma.

—No le entiendo.

—La desconocida.

—¿Cómo se decidió por el oficio de las lámparas?

—Para alumbrarme.

—¿Es que no ve bien?

—Solo lo que me interesa. Nunca necesité que me echaran una mano. Las madres me aburrieron, y ya le digo que de ser hijo estoy cansado.

—No sabe cómo me preocupa. A su padre no se le parece mucho, aunque tiene un aire que no sabría concretar. No son sus ojos, pero hay algo en la mirada, debe de ser desde dónde mira. Su padre mira desde muy lejos, desde el lugar más extremo al que fue, el paisaje escondido de los hijos pródigos. ¿Sabe que su padre fue un hijo pródigo?

—Calavera.

—¿Qué sabe de él, qué le contaron las madres?

—Si estoy cansado de ser hijo, ya se puede hacer a la idea de lo que me importa el consabido padre. Nada de nada, lo que pudieran contarme era lo mismo que un hijo abandonado pensaría, lo peor en cualquier caso. El hijo no se hace ninguna idea. Ese hombre podía haber sido cualquier otro.

—Le repito que me preocupa. Es un aire de huido. Un paisaje en el fin del mundo.

—Yo no he ido a muchos sitios. Armenta, Ordial, Doza, un pueblo del Castro Astur. Desde que tengo uso de razón me baño y me mudo una vez a la semana, aunque algunas veces me olvido y puede pasar un mes. El oficio lo aprendí con mucho esfuerzo, las manos las tengo más livianas que la cabeza, no sé si ese padre que usted dice tiene o no tiene dos dedos de frente.

—No los tiene, pero tampoco es tonto.

—Dicen que el hijo hereda lo peor del padre que no reconoce, la madre es otro cantar.

—No sé, no entiendo de estos asuntos. Lo que le ruego es que se quede con el paquete. Una última voluntad, sea de quien sea, merece un respeto.

—También habría que respetar a los hijos que nunca fueron otra cosa que eso, hijos. La vida me pasa esta receta y si no fuese por la lampistería sería el pobre desgraciado que se harta de llorar en el cuarto oscuro.

Melo se fue e Ismael le siguió con la mirada, más indeciso que contrariado, como si aquel hombre que parecía un chico no fuese otra cosa que una sombra desdibujada que ninguna lámpara lograría iluminar en el rincón del Taller donde el oficio arrumbaría sus años e intensificaría la soledad del huérfano.

No piense nada de mí, no me reclame ni me recuerde, no me venga con zarandajas, dijo todavía Melo antes de irse. Yo no me he metido con nadie en mi vida, soy una persona sin deudas ni devociones y con la afición de la bicicleta, que es la única que tengo, a nadie le hago daño. En el mundo todavía queda gente a la que no le agrada gastar y tampoco que la inviten. Las necesidades que pueda tener las sufrago con lo que gano, y lo que más aborrezco es la idea de ganar más de la cuenta.

—¿Usted le conoce? —preguntó Ismael al hombre que fumaba al otro lado de la diminuta barra.

—De verlo entrar.

—¿Sabe dónde vive?

—Generalmente un vaso le dura un cuarto de hora, y que yo recuerde nunca bebió dos. Es de esos clientes que no ayudan a hacer caja. No le puedo decir dónde vive, porque nunca me lo dijo ni yo le pregunté.

—De todas formas, va a hacerme un favor, si es tan amable. Este paquete es suyo, no sé la razón de que no haya querido llevárselo ahora, pero es suyo, y tarde o temprano se lo llevará.

El hombre observó desconfiado el paquete.

—Me pone usted en un aprieto, es de esos encargos que no me gustan un pelo.

Ismael puso un billete encima del paquete. Melo ya había desaparecido tras la puerta del Taller.

—Dentro de unos días me paso para comprobar que se lo quedó, si no fuese así, si lo hubiera rechazado, me lo llevaría.

—De acuerdo... —decidió el hombre.

—Le aseguro que no contiene nada raro. Es un paquete que le envía su padre. Ya sabe usted que a veces los padres y los hijos no acaban de entenderse. Le estoy haciendo este favor al padre porque es un amigo, al hijo ni lo conocía de vista, en realidad ni sabía que lo tuviese.

—Un padre lo tenemos todos, aunque yo al mío también me lo hubiera ahorrado. Un hijo no tanto, pero no se preocupe, se lo daré.

El hombre retiró el paquete y el billete de la barra.

—¿Es usted de Doza?

—Los que nacimos en el Caudal no nos consideramos de ella. El Barrio es un término suficiente, además en la ciudad nos tienen por extranjeros.

—No lo sabía.

—Será que tampoco es de ella.

—De Armenta, pero vivo en Doza desde hace mil años.

—No eligió el mejor sitio.

—No me quejo.

El hombre volvió a llenar el vaso que Ismael había vaciado.

—¿Sabe lo que estoy pensando? —dijo moviendo la cabeza y sujetando la sonrisa que se le deslizaba en los labios.

—No.

—Pues que usted mismo pudiera ser el padre que le quiere dar al hijo lo que el hijo no se llevó.

—El padre desconocido.

—Ese mismo. El padre desconocido del hijo desconocido.

—Es un galimatías o un folletín.

—No se ande con pamplinas, se le ve demasiado preocupado. Ese huérfano se pasa las noches llorando, y usted tampoco duerme tranquilo.

—¿No tendrá también usted algún hijo pródigo?

—Voy a serle sincero... —dijo el hombre, bajando la voz—. Una vez hice el cálculo de los hijos posibles y me quedé pasmado. Hijos de piedra o hijos de madera, como los llaman en el Caudal. Las responsabilidades nunca me abrumaron, pero las irresponsabilidades me dejan atónito. Los seres humanos no somos moralmente de la mejor raza. Yo cada día que pasa siento que me cuesta mayor esfuerzo asomarme a la puerta de este local. Es posible que cuando se me acaben las existencias, cierre definitivamente. Los hijos posibles, los imposibles, la miseria real de lo que somos. Y todavía queda gente que piensa que Dios es Uno y Trino. En el Caudal, bien puedo asegurárselo, ya no hay quien defienda el más allá, todos nos conformamos con lo que está a medio metro.

III. LA LAGARTIJA EN EL SALON

Lo que Ismael Cieza corroboró con el tiempo es que en los antecedentes de sus sueños, aquellos que se repetían con cierta intermitencia o, lo que todavía resultaba más raro, mezclándose elementos de unos en otros, había una misma pared, el frente de la obra vertical que se alzaba en mitad de un paraje sin que supusiese ninguna separación, como algo inútil que apenas servía para que no se viera lo que había detrás.

Es curioso comprobar que ese es el residuo más sólido que queda de lo que fueron aquellas primitivas figuraciones de un niño asustado, lo que me imaginaba o soñaba sin que todavía tuviese conciencia de la materia del sueño, se dijo Ismael una mañana al acabar de despertarse, mientras todavía Novelda estaba dormida a su lado, dándole la espalda, y una luz insustancial comenzaba a modificar la atmósfera de la alcoba sin que pudiera decirse si venía de la ventana o emanaba indecisa de debajo de la cama.

El hecho de que Ismael llegara a fantasear en alguna ocasión con que los bichos que se reiteraban en sus sueños, y que iban y venían por ellos como los viejos amigos que de pronto coinciden donde menos lo sospechan, regresaban a aquella pared primitiva, la del niño asustado, y hasta intentaban subir por ella, encaramarse en la absurda búsqueda de lo que al otro lado pudiera vislumbrarse, era muy propio de sus quimeras, sobre todo en las ensimismadas imaginaciones a que le reconducían las vanas expectativas del estreñimiento.

Los ratones habían salido del armario. El escarabajo se había escurrido tras la puerta al surcar la última baldosa de la cocina. La lagartija se había ido del salón.

Ahora venían, cada cual de su sueño y por el conducto de la fantasía con que Ismael se ensimismaba sentado en la taza, mucho más desanimado que motivado para que el vientre encontrara el alivio y en la misma lejanía, que iba a exigir un paralelo esfuerzo a todos ellos, estaba la pared como un antecedente de lo que el niño imaginaba para ceder después a quien le sucediera en el crecimiento y la edad: una obra de dudosa albañilería si fuese cierto, como Ismael recordaba con angustia, que a veces la movía el viento como una sábana tendida o parecía curvarse igual que si se hubiera ablandado.

Se acercaban pero en ningún momento a la vez. Llegaban primero, por su conducto, los ratones, y asomaba en seguida la lagartija, y tardaba bastante más el escarabajo que sin embargo, siempre sería el primero en emprender aquella ardua tarea de trepar por la pared e intentar subir a lo alto de la misma, lo que el niño jamás había hecho, ni siquiera se le había ocurrido.

Era Ismael ahora, en la taza o en la cama, al acabar de despertarse al lado de Novelda, que todavía le daba la espalda, quien sentía la frustración de no haber tenido aquella curiosidad, de recordar al niño asustado sin poder perdonarle el susto o el miedo. Vete a saber si de aquella indecisión, de la temerosa falta de voluntad o por no haber tenido la ocurrencia tan propia, por otro lado, de cualquier niño medianamente travieso, no venían algunos de los traumas y contradicciones psicológicas que nutren el subsuelo del adulto con el correspondiente débito y trastorno.

Novelda despertaba un tanto molesta, porque el cuerpo de Ismael emitía una corriente desazonada.

Uno de los ratones, el más osado, acababa de caerse de la pared cuando todavía no había alcanzado una cuarta de altura. En el esfuerzo del ratón, que intentaba trepar como una araña blanda, percibía Ismael la voluntad de un trabajo inútil, que era algo a lo que él estaba muy acostumbrado.

—No te puedes estar quieto... —decía Novelda.

Soy un ser silencioso, pero difícilmente inmóvil, pensaba Ismael. Lo que la voluntad enferma no procura, o tanto complica, se disipa en el temblor, de parecida manera a como el agua sucia se va por el sumidero. Esta circunstancia de ser un incapaz para tantas cosas de la vida, si me fío de lo que continuamente me recriminan y achacan, me ha convertido en un ser tembloroso.

—Eres un pesado.

Vamos a ver cómo demonios concilio las advertencias y las admoniciones, de qué manera me hago merecedor de lo que no sea una llamada al orden, un asunto que en la esfera familiar, que es donde más se da, lleva el camino de convertirse en la benigna afrenta que socava mi espíritu apacible, el don que más me ayuda en la problemática subsistencia, desde que al niño pusilánime ni siquiera se le ocurrió comprobar lo que había al otro lado.

La lagartija y el escarabajo estaban inquietos al pie de la pared, cada uno por el conducto correspondiente a su sueño, pero Ismael sabía que la inquietud era el resultado de haber visto caer tan torpemente al ratón, del mismo modo que los ratones veían caer al escarabajo y a la lagartija.

—No lo conseguirán. Si fuera posible que no se movieran del armario, de las baldosas y del salón, cuánto más me valdría.

—Ya sé que te lo he contado muchas veces, pero necesito repetirlo. No me puedo pasar la vida dándole la vara a un paciente amigo como Lucio, o haciendo confidencias al barman del Consorcio, y que mi mujer se vaya de rositas.

—Me acabas de despertar, casi me has metido el codo en el ojo, llevas toda la noche moviéndote, no hay quien lo aguante.

—Después te recompenso. Es domingo, te hago una pirueta, luego desaparezco y te juro que te dejo seguir durmiendo toda la mañana.

—La pirueta puedes ahorrarla.

—¿No habías dicho que dejabas de fumar en ayunas?...

—Lo que prometa teniéndote de testigo siempre es agua pasada. Puedes empezar cuando quieras...

—No me das mucho ánimo.

—Vete al grano.

—Hay una pared en mi vida.

—Otra de ratones, lagartijas y escarabajos, ya me echaste a perder la mañana y, además, llevas camino de cabrearme de veras.

—Una pared, te pongas como te pongas, una pared de la que no me acordaba. Todos tenemos algo guardado vete a saber dónde, en la memoria remota, debajo de la almohada, quiero decir un residuo del sueño. Te lo vengo contando casi desde que nos conocemos, pero la pared acabo de descubrirla. En esta ocasión los ratones y la lagartija no vienen a cuento, y el escarabajo tampoco.

—Pero tú crees que es de recibo que me hayas despertado de esta manera, un domingo, para decirme que hay una pared en tu vida...

—La pirueta puede ser uno de esos favores de malabarista que tanto te gustan.

—Y yo voy a tener el cuerpo para ver cómo haces el canelo. Estás loco si piensas que, además de meterme el codo en el ojo y después de pasarte la noche como un carrusel, voy a ponerme en cuclillas para aliviarte el gatillazo. Tienes que desayunar y dar las cuarenta vueltas al pasillo para ponerte en forma si el intestino responde. Por Dios, por lo que más quieras, cuéntame lo de la pared antes de que apague la colilla y no me pongas más nerviosa.

—Es terrible oírte. Cualquier testigo imparcial dictaminaría la crisis de un matrimonio, la desavenencia de una pareja. Se me corta la respiración.

—¿Es una pared o un vallado?

—Riéndote de mí, tomándome a coña, has conseguido lo que la vida propiamente dicha no logró: que tenga la moral por el suelo y la autoestima hecha unos zorros. Soy un ser tembloroso, y es cierto que no valgo para nada.

—Tienes más cuento que Calleja.

—Puedes encender otro cigarrillo con la colilla de ese, no hay promesa que respetes y de sobra sabes que nada me perjudica más que el humo del tabaco en la

cama.

—La pared, Ismael, la puta pared.

—Te acabo de mentir con lo de los ratones y el escarabajo.

—Ya lo sé, no te preocupes. Han intentado subirse a ella. Los veo haciendo un esfuerzo terrible, pero se van a caer. Lo que mejor te vendría es que se mataran.

—Yo era un niño pusilánime.

—Menudo descubrimiento, y yo una niña pizpireta y mi prima Ripa una llorona y mi primo Gelo un patoso.

—La pared viene de lejos. Acabo de percatarme de que existía sin que yo la recordara. El niño y la pared, ya ves qué historia.

—Y el adolescente reprimido y el joven tarambana y el adulto que no sabe hacer la o con un canuto por muy listo y laborioso que sea.

—Hay momentos en que llego a pensar que esto que me sucede, lo del estreñimiento congénito, es algo simbólico.

—No empieces con lo del estreñimiento, acaba con la pared y déjame echar un sueño.

—Tú lo has sacado sin que viniera a cuento, no te quejes. Y además el gatillazo. Como si fuera habitual, como si no fuese un desdoro que no deriva de otra cosa que de la impertinencia. Estreñido, agarrotado.

—Anda, anda, déjate de teorías. Acaba con la pared. A lo mejor te llamo luego e intentamos la pirueta.

—Una pared en mi vida, de eso se trata o eso parece. El niño pusilánime la ve, le da miedo, y al muy gilipollas no se le ocurre mirar lo que hay detrás.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco?

—Demasiado.

Novelda había dejado de ser un recurso, alguien a quien acudir en cualquier momento, aunque fuese mentalmente después de la separación, como si el mecanismo de hacerlo todavía funcionase en el atributo de la invención o la memoria.

Ya no lo era. El recurso se había desmoronado como tantas otras cosas comunes que propiciaban la complicidad, los gustos compartidos, los avisos y las contraseñas con que emitían los mensajes silenciosos que reconstruían, en el día a día, la comprensión y la estima.

El amor podía estar en otro lugar más indeterminado, probablemente en el subsuelo de sus existencias, tras los años que lo habrían modulado de acuerdo a las necesidades pero no en detrimento de las ilusiones, con ese peso que el tiempo cualifica. O podía estar en alguna estantería, como fantaseaba Ismael cuando Novelda le requería para evaluar lo que entre ellos había sucedido desde que se conocieron, ese prurito sentimental que sobrevenía como un raptó que la embargaba y entontecía.

—Detrás de los libros de cocina —indicaba Ismael— o en la estantería del cuarto de baño, entre los potingues y las colonias.

—¿No se te ocurre un sitio más adecuado?

—Se me ocurre la fila veintisiete del Cine Colino o el paraíso del Condal, detrás de las cortinas.

Nada que recordar ni con la fantasía y el humor o el malhumor que Novelda simulaba contrarrestando las gracias de Ismael.

El subsuelo parecía más propicio que lo que Ismael indicaba, y también era verdad que las necesidades no descalificaban las ilusiones, el tiempo marcaba un baremo de seguridad o madurez.

El recurso le falló, no dejaba de ser una tontería intentarlo siquiera, pero en el camino de regreso desde el bar del Caudal, con la encomienda de Tulio cumplida a medias, ella le vino a la cabeza con la solvencia de las antiguas ocasiones, y se aferró a la imagen de Novelda en cualquiera de aquellas mañanas de domingo que tenían un despertar tan agradable como retardado, y en las que resultaba habitual el juego de complacencias y reproches que alargaba la mayor intimidad.

Lo que más echo en falta es lógicamente a lo que menos me acostumbro, le había dicho alguna vez a su amigo Lucio Cañada, aunque los avatares matrimoniales de Ismael no formaban parte habitualmente de sus conversaciones, Lucio era una persona muy pudorosa para las confidencias conyugales, pero accedía comprensivo a lo que su amigo necesitaba comunicar a alguien en los meses que sucedieron a la separación, cuando la aceptación resignada colmó el traumático silencio con que Ismael digería lo sucedido.

Una taza de café en la mesa de la cocina, en el mismo sitio en que quedó, tres días atrás, la taza de un desayuno apresurado. El agua en la bañera, fría y turbia, cuando vuelvo por la noche y veo que no la vacié. Cosas de medio pelo, olvidos, en fin, qué quieres que te diga. Lo más dramático, y no me martirizo, no te preocupes, es el hueco que hay en la cama el domingo por la mañana. No se trata de que ella no esté, de que compruebe lo que supone una ausencia que mientras recobras la conciencia de haber despertado se agranda como el vacío del que abre las manos sin tener nada en ellas, es el hueco, la hendidura caliente en la que se cobijó un cuerpo a tu lado, sin que ya tenga importancia de qué cuerpo se trata, ni siquiera lo que hacía allí.

No te acostumbras. Es un modo de decir que el cambio va más allá de la ruptura. El cambio supone una transformación que también puede afectar al pasado, y además de mala manera, quiero decir sin que el pasado repose como la balsa que en tal sentido necesitarías, ese tiempo inmóvil que no debiera afectarte más allá de lo imprescindible y que, sin embargo, se te viene encima cuando menos lo piensas y por los conductos menos previsibles, como si formara parte de lo que ya dejó de ser o existir pero no desapareció, igual que el brazo que el mutilado todavía levanta para alcanzar un objeto o indicarle a alguien una dirección.

Todo lo que hizo Ismael desde ese momento, en el regreso demorado del Barrio del Caudal y por las calles de Doza que mejor se sumaban al extravío de sus pasos inconscientes, no fue otra cosa que aplazar el cumplimiento de la cita que tenía con Antino en el Bar Barajas.

Durante un rato dudó en acercarse a la casa de Lucio, sobre todo cuando en los alrededores de la Ciudadela se percató de que estaba cerca, pero en los acontecimientos de ese día crucial en su vida no había llegado el momento de recurrir al amigo, lo haría bastante más tarde, cuando del fondo de las preocupaciones ya hubiese emergido la desazón que contribuiría a obsesionarle, del mismo modo que al final del día, en el límite de la contradicción al sentirse acorralado por los acontecimientos, llamaría a Novelda.

En la Cafetería Suomi, ya no tan lejos del Bar Barajas, tomó una ración de ensaladilla rusa y bebió dos riojas.

Eligió una mesa alejada del ventanal, sin que conscientemente pretendiera evitar que alguien lo descubriese, aunque lo que menos le hubiera gustado era que aquel muchacho viniera de nuevo tras él, como le había confesado haber hecho en otras ocasiones, y el encuentro se produjese antes de tiempo o llegara a sentir su vigilancia.

Ahora se arrepentía de la cita.

Lo que Antino le había escrito y lo que le había enviado, aquellas fotos que insinuaban una confluencia con las palabras que daban vueltas sin posarse en nada concreto, dejando que las referencias sobrevolaran en una envoltura que Ismael no se decidía a considerar, le causaban mayor molestia que intranquilidad, aunque lo peor era sentirse pillado una vez más en algo que se relacionaba con el habitual enredo: no hay red que alguien eche y en la que no caiga, no hay ventana a la que no me asome para comprobar que me están llamando...

Antes de que le sirvieran la ensaladilla, tras unos sorbos de vino, hizo un mínimo esfuerzo para ponerse de pie y encaminarse a los Lavabos.

Dudó un instante, volvió a sentarse, la intención se adecuaba a un ínfimo rebullir que motivó un temblor de párpados. Era un indicio, pero no convenía anticipar la mínima resolución. El indicio fluctuaba en la ensoñación intestinal, en el abismo del píloro que podía complacerse en sus rutinas, acaso sin nada que resolver de los teóricos desperdicios estomacales, una fluctuación en las sensaciones que muy frecuentemente Ismael anticipaba, como si la previsión fuese el acicate de algo,

cuando sabía de sobra que nada era voluntario en el penoso proceso.

Vació el vaso y se encaminó a los Lavabos.

La decisión no tenía cometido pero en el escondite, cuando estaba seguro de que no había nada que hacer, y este era el caso, siempre encontraba ese sosiego inconfesable de una espera sin destino y un ensimismamiento alimentado por la paciencia.

Se lavó las manos y la cara, comprobó la limpieza del cubículo, algo que también daba por sabido en el Suomi, que era una de las mejores cafeterías de Doza y donde, sin la menor reserva, había encontrado la felicidad de muchas evacuaciones certeras, y tras cerrar la puerta se sentó en la taza como lo haría cualquier pasajero en el vehículo que debe conducirlo a una estación donde, al fin, nadie le espera ni reclama.

Es la fortuna de quien no tiene que ir a ninguna parte y, sin embargo, viaja por el placer de hacerlo, entregado a la observación de un paisaje que ni siquiera le emociona, disfrutando de la soledad que imprime la distancia, y de esa lejanía que borra pacientemente la memoria.

En eso es en lo que ahora caigo en la cuenta, en lo que la memoria se arroga en el requerimiento para echarnos a perder, esta facultad psíquica o esta potencia del alma que no hay manera de sacudirse, como si estuviese hecha con la pegajosa sustancia con que el tiempo se derrite, o de los mismos pasos de ese chico que viene detrás de ti igual que los vagones van atados a la locomotora que, solo de cuando en cuando, logra librarse de ellos con el descarrilamiento.

Siempre un pasado que saldar, pero no recuerdo ningún viaje que me hiciera pensar en el regreso para proceder a la retribución. El pasado no me corresponde. Las deudas caducan, como las penas y los placeres. Lo que se acabó ya no existe.

El tren que me lleva, la taza que me succiona, bendito sea Dios...

Hay tres puertas, por dos de ellas entro y por la otra salgo. Este es el cuento que me he contado muchas veces, sobre todo en esas noches de insomnio en las que uno ya no sabe a qué recurrir.

El cuento se impregna luego de la materia de lo soñado y son infinitos los momentos, a lo largo del día, cuando menos se espera, en que sobreviene el reflejo de lo que la noche no acabó de sepultar, el peor indicio de que esa materia recobra lo que el dichoso cuento contiene de realidad, una ficción que es un recuerdo disfrazado.

La secuela de una verdad que el tiempo oscurece pero no derrota, como diría Lucio, aunque en lo más hondo de uno mismo se haya hecho el denodado esfuerzo de olvidarla o, subsidiariamente, el no menos denodado de transformarla para que sea otra cosa, o uno pueda consolarse pensando que no hay certeza, que se enclava en un más que dudoso pasado.

La puerta del Hostal Buenos Aires, la de la Pensión Constantinopla, la del Hostal Mediavilla. El Buenos Aires y la Constantinopla en Ordial, exactamente en las calles Preterido y Dolores Barrera, el Mediavilla en Armenta, en el Paseo de Aflicciones, muy cerca del Barrio de Ciento.

En uno de esos días nublados, en los que sería muy difícil distinguir el otoño crepuscular del invierno incipiente, regresaba de sus labores, más abatido moral que materialmente, el Agente de Seguros, como tantas veces lo hiciera el labriego que con su azada desenterró una vez un doblón de oro y pasó el resto de su existencia intentando desenterrar el tesoro al que el doblón pertenecería, la obsesiva encomienda que arruinó su corazón y su alma.

Algo de esa obsesión y de ese desánimo se iba metiendo en el alma y el corazón del Agente, el hallazgo de una succulenta póliza y la desazón de doblarla o multiplicarla como un cometido que no resultaba nada fácil, de modo que las jornadas laborales incrementaban el esfuerzo y la banalidad de la rutina. Los clientes eran más correctos que educados y, en más de una ocasión, el suscriptor se volvió atrás y en el alma del Agente retumbó la frustración de un sentimiento averiado, de un sentimiento profesional se podría decir.

El Agente abre la puerta de la que pudiera ser su habitación, segundo piso del Hostal Buenos Aires, pasillo de la derecha, un aroma encerado en las tarimas y cierta decrepitud polvorienta en algunos búcaros con flores secas.

Lo que tiembla en la penumbra sorprendida es el equivalente de la arcilla del

búcaro, una forma entre esbelta y sinuosa que, lejos de suscitar la confusión en el Agente visiblemente equivocado de habitación y puerta, procrea un instantáneo embeleso, probablemente nada distinto del que sintió el labriego el día que excavó el doblón.

Ella obviamente tenía nombre y apellidos.

El nombre formó parte del destino laboral del Agente de Seguros en la ciudad de Ordial.

No se trata del cuento de la Infanta asustada ni del de la Princesa que se bañaba en la charca resplandeciente cuando la avistó el cazador de venados, es un cuento costumbrista, que empieza y termina como tal cuento con ese avatar de quien abre y descubre y se complace en la compartida resignación de quienes ni se buscan ni se esperan.

Dicen que el Agente durmió feliz en aquella habitación, curado por un tiempo de las obsesiones y desánimos de sus jornadas laborales.

Lo que no deja de ser curioso es que el mismo Agente de Seguros, tal vez menos abatido en esta ocasión, vuelva unos meses más tarde a abrir una puerta en el Hostal Mediavilla de Armenta, piso primero, pasillo de zócalos verdosos y baldosas de igual color pero algo más desvaído, ningún búcaro visible y, eso sí, un aroma de sopa que salpica la atmósfera cerrada.

Nada se mueve en la penumbra en esta ocasión, nada cimbreo en la desnudez de las sombras ateridas, nada respira. Y, sin embargo, los pasos del Agente, desnortados o más orientados de lo que él mismo pudiera reconocer, se pierden en la alcoba donde el aroma de la sopa se sustituye por el de un perfume de hierbas exóticas, y la voz que musita su nombre, con tanto encanto como delectación, no parece la de esa mujer solitaria con la que desayunó cruzando apenas tres palabras esta mañana, sino la de alguna Infantona o Princesa que hubiera superado la edad de merecer pero sin perder los merecimientos debidos.

También el nombre de la Infantona o Princesa formó parte del destino laboral del Agente en la ciudad de Armenta, aunque aquella primera noche no fue todo lo grata que el Agente hubiese querido. Se produjeron otras dos confusiones, y en el momento menos apropiado uno de los confundidos dio la luz al abrir la puerta...

De la Pensión Constantinopla salió el Agente una mañana muy temprano, como era habitual en las más sudorosas jornadas. Abrió la puerta para irse, la cerró voluntarioso, y apenas se había dado la vuelta cuando divisó en el rellano a la mujer con la que la noche anterior había tomado unas copas en el Pub Liberty.

—Al que madruga Dios le ayuda —dijo ella, y se lo siguió diciendo durante muchos días al abrir los ojos acostada a su lado.

—Los hombres que no valen para nada son los que más buscan las mujeres que mejor se valen por sí mismas —dijo en algún momento alguna de las tres, y entre lo que el Agente de Seguros recordaba y soñaba existía una equivalencia de voces mezcladas que él no se detenía a distinguir: todas divagaban o hacían sus comentarios en un tono común.

—Yo no tengo mucha conciencia de ser el que alguien buscó o el que encontraron a la vuelta de la esquina. Yo no soy el que va o viene para que quien lo encuentre se lo quede. Yo no tengo medida ni destino, porque como bien dices no valgo para nada.

—Eso es lo que quería oírte decir: para nada que no sea otra cosa que hacer lo que te da la gana. Hacer tu santa voluntad. Sin otra ocupación ni criterio, sin ganas ni voluntad, siempre se acaba haciendo lo que se quiere.

—Soy un ser reducido a la mínima expresión. Un corcho que flota. Ahora abro la puerta de una habitación equivocada y estás tú ojo avizor. Me gustas así, desnuda en la penumbra, mirándote en un espejo de sombras. Puedes ser la mujer de mi vida.

—Puedo ser cualquiera de las otras, escucha lo que dicen.

—No te creas que me interesa demasiado.

—Escucha, no seas presuntuoso.

—No te acercas en nada al tipo ideal que yo me había hecho, ni rubio ni cetrino, la planta encumbrada de los que miran desde una distancia en la que parecen estar perdonándote. Un sujeto poderoso, indiferente.

—Yo supe que estabas más desvalido que el último de la fila, ese que se esconde cuando pasan lista. La circunstancia de un corazón maltrecho ayuda a perfilar esta sensibilidad enfermiza que de un tiempo a esta parte me ha convertido en una mujer rastrera, quiero decir que rastrea la pobreza de los corazones humanos, la miseria en que latan los que están más solos que la una o tienen miedo.

—En ningún caso obtuve esa impresión. La sorpresa derivada de la confusión fue la causante de esas pérdidas amorosas que, en mi vida de Agente de Seguros, parecen el cuento de nunca acabar.

—Una puerta no se abre sin intención.

—El que la abre y entra algo busca.

—El que sale y encuentra por algo será.

—En el cuento de nunca acabar del Agente de Seguros no existe otra premeditación que la del descanso laboral, el fin de las rutinas diarias y, por supuesto, eso no voy a negarlo, las escaleras, pasillos y rellanos de los correspondientes hostales y pensiones que forman parte de su agenda. No era Occidentales una Compañía rumbosa, también es cierto, cuentas y gastos se proporcionaban a la baja con la modestia de los hospedajes. Y eso, seamos sinceros, garantizaba que jamás, tras la puerta confundida, hubiese una mujer de bandera, entendiendo el término, en la añoranza de los agentes y viajantes más aventureros, en la medida artística de las

carteleros de los cines Merodio, Parsifal y Fosforescencia, radicados en las plazas de mayor afluencia: Ordial, Armenta, Borenes, sesiones numeradas, patio de butacas, plateas, gallinero...

—Nunca se sabe si es más triste una mujer sola o un hombre extraviado. Lo que no deja de ser curioso es esa capacidad de confluencia con que el destino guía al que vuelve, cansado y pesaroso, para que abra la puerta indebida.

—Yo soy de las que rezan. No me importa elevar preces cuando escucho los pasos pesados del que viene sin intención ni apremio.

—Yo de las que sueñan. Una y otra noche. Ese hombre silencioso con el que desayuné, el que apenas me saludó en la escalera cuando él bajaba y yo subía. Frecuentemente cuando vuelvo a verlo y me paro porque él hace lo mismo me percato de que también soñó. Entonces es más fácil que se confunda.

—No estoy en absoluto de acuerdo. El azar no necesita apoyaturas, es inocente, lo que facilita que también sea inconsecuente.

—Lo más bonito es lo extraño que resulta despertar.

—Es que lo extraño es siempre lo más bonito.

—No sé cómo te llamas.

—No me digas que me quieres.

—No me tomes el pelo.

—No me mires así.

La taza, el destino o, para mayor exactitud, esa especie de trono en el que el Rey de la nada más absoluta se sienta para dirimir no ya las cuestiones de Estado sino las desazones y reservas que no competen a la monarquía.

—Un republicano de tomo y lomo —diría Lucio Cañada, amarrado a sus férreas convicciones políticas— jamás podría permitirse esa ensoñación, ni siquiera en su imagen degradada, no hay trono en la higiene fisiológica, la monarquía siempre es un demérito se la mire por donde se la mire. El saldo caduco de un pasado que no se resigna.

Ismael no gobierna ni siquiera en los recuerdos, lo del trono era una broma habitual en el gremio, cuando los agentes y los viajeros comentaban pundonorosos las evacuaciones, sabiendo que los más comedidos, o los que hacían de tripas corazón al escuchar tales hazañas, tenían contraída una deuda intestinal que no lograban sufragar.

La paciencia era ese don con el que Ismael alimentaba resignado sus reclusiones, una facultad que encaminaba el tiempo y los ensimismamientos por una ruta que también facilitaba la ensoñación.

—Soy un hombre quieto, poderosamente inmóvil.

Pero no siempre resultaba de ese modo, la inmovilidad a veces no se correspondía con la quietud y de suyo esa mañana, ese mediodía amenazador, la inmovilidad en la taza del Suomi lo acercaba sin remedio a una inquietud por donde las puertas y pasillos del Buenos Aires, la Constantinopla y el Mediavilla incitaban el confuso camino por el que el Agente de Seguros había ido despojándose de lo que se deja sin advertencia, como si el extravío contuviera alguna fortuna inusitada y la voluntad encontrase la mejor coartada para no ejercitarse, aquella que viene del convencimiento de su inexistencia, que era lo que Ismael volvía a repetirse en la figuración del vodevil de sus entradas y salidas.

—Ese no pude ser yo. Los nombres correspondientes a esos establecimientos, los de ellas, los de cada una de ellas, no soy capaz de concretarlos. ¿A quién demonios correspondía cada uno de esos nombres en las sucesivas alcobas? No lo soy, no lo puedo ser, nunca lo fui.

En el cuento del Agente, es verdad, no se cobraban las vanaglorias que los otros profesionales esgrimían con el detallado baremo de sus alardes, una contabilidad extralimitada que ninguno iba a refutar, ya que la connivencia resultaba absoluta para que todos obtuvieran igual crédito.

—Ismael se calla la boca... —Podía decir alguien—. Occidentales vigila la confidencialidad de la póliza y no se debe levantar la liebre.

Era más fácil concretar los rostros que abundaban alrededor de una mesa, con

frecuencia en uno de los bares más cercanos, tras la coincidencia en la cena y la imposibilidad de escabullirse. Los rostros que rebullían entre el humo con el esfuerzo de la última sonrisa y la precipitada carcajada que saldaban el cansancio en un empeño digno de mejor causa.

A los labios de Ismael llegaron esos nombres, en un susurro que alineaba el sentimiento de la compartida soledad tras la poco gratificante jornada laboral, y el eco de los mismos depositó la sucia caricia de su pasado, como si entre los dedos de la nicotina y el muestrario se escurriese la niebla de sus afanes y kilómetros.

Pasaba lista. Los nombres reclamaban la presencia de quienes le hubieran acompañado en esa lejanía donde Ismael no lograba identificarse, como si ellos subsistieran en un patrimonio casual que a él ya no le pertenecía.

—Lomo, Doreste, Mezquita, Marco, Teller, Iniesta, Desidio...

El susurro compuso la parecida invocación a lo que los topónimos revelaban sobre los lugares de las rutas, o el nombre de las pensiones, los hostales, los hoteles y los bares. Esas palabras que casi nunca regresaban porque Ismael había huido de ellas y que, sin embargo, ascendían ahora en el flujo imprevisto de lo que parecía una expectativa, sin que él llegara a delectarse en recobrarlas pero sin que la inquietud las hiciese más molestas de lo que en algún otro momento pudieran haber resultado.

—Damina... —dijo entonces, y se puso de pie sin sujetar los pantalones, con el resorte de la voz que aseguraba que lo más bonito es lo extraño que resulta despertar.

El chico que estaba sentado al fondo del Bar Barajas, al pie del ventanal, era Antino.

Ismael Cieza lo reconoció sin la menor duda, como si sus ojos surcaran lo que el Bar interponía en sus mesas, humos y recovecos, con la determinación de quien sabe a quién busca.

Antino tardó un momento en percatarse de su llegada, aunque estaba claro que había elegido aquella mesa por que le permitía establecer la mejor vigilancia, y algún control a través del ventanal.

Lo que Ismael Cieza sintió fue una palpitación que, de modo instantáneo, le produjo cierta congoja y en seguida un tembloroso hormigueo en las piernas que también afectó al bajo del pantalón, como si la desidia formara parte de la repentina zozobra.

No era posible el reconocimiento de quien no se conoce, y no era previsible que de los confesados seguimientos que Antino le había hecho, hubiese quedado la imagen inconsciente de una observación, lo que a veces deriva de esas inocuas miradas que depositan sin saberlo su advertencia.

Cruzar el local del Barajas y llegar hasta el muchacho que, de pronto, le había descubierto y se ponía de pie con evidente nerviosismo, tuvo para Ismael Cieza el coste de una grave navegación en la que uno emigra no ya a un país lejano e ignoto sino a la oscuridad que el destino tiende en la cercanía de lo que la propia vida compromete: una emigración a lo que somos y desconocemos en parecida vicisitud porque, al fin, es el mejor modo de constatar nuestra irremediable condición de extranjeros en esa vida que nos pertenece.

—Lo explicas muy bien —le decía Lucio Cañada muchas noches, cuando volvían a hablar de lo mismo—. Emigración o naufragio, la propia alma, el propio cuerpo, el corazón y la conciencia. La tierra que tú mismo eres y tiembla a tus pies.

Las manos tardaron un instante en encontrarse desde uno y otro lado de la mesa, se desviaban sin intención, más confundidas que conscientes.

Los nervios no le permitieron a Antino ni siquiera mencionar su nombre, tampoco Ismael dijo el suyo, y cuando se hubieron sentado no surgieron en seguida las palabras: el silencio expresaba la incapacidad con mayor fuerza que la extrañeza, y las miradas no hicieron nada por encontrarse, hasta que Ismael hizo el mayor esfuerzo por sobreponerse, convencido de que era a él a quien correspondía reconducir la situación a la normalidad.

Entonces el muchacho dijo algo o, más exactamente, intentó en vano decirlo, una frase que resbalaba en sus labios con la dificultad que la haría imposible, entrecortada

y costosa en la esforzada repetición de las sílabas.

Ismael recordó la carta que Antino le había escrito y en la que confesaba su condición de tartamudo, una circunstancia que había retenido entre el escepticismo y el mal humor, con esa malévola reticencia que en nada ayuda a la comprensión.

—Perdone... —Acabó por decir el muchacho, una vez que hubo renunciado a lo que intentaba.

—No te preocupes y, por favor, estate tranquilo. Vamos a tomar algo.

Había un café vacío en la mesa y un vaso de agua que el muchacho apuró sin que el nerviosismo cediera.

Al camarero fue muy difícil decirle lo que Antino quería pero el gesto podía indicar que otro café y otro vaso de agua e Ismael pidió lo mismo.

—Tenía curiosidad por verte —dijo Ismael, complaciente, cogiéndose las manos y sintiendo la humedad de las mismas como un atisbo de fiebre que predice la flaqueza de su salud—. Vamos a hablar con tranquilidad, no te preocupes.

—No quería molestarle —dijo Antino, que había extendido las manos sobre el mármol de la mesa, como buscando el mejor modo de sujetarlas, lo que hizo que Ismael las observara con un sentimiento amargo y piadoso.

—Tu carta me pareció absurda, debo reconocerlo, tan extraña como disparatada, no logré entenderla. No sé a qué viene esa ocurrencia de seguirme, no sé lo que pretendes, pero no te preocupes, vamos a hablar, vas a contarme lo que quieras...

El muchacho asentía, el esfuerzo de decir algo parecía imposible, todavía necesitaba un tiempo. Las manos quedaron inmóviles sobre el mármol e Ismael contuvo la intención de darle un golpecito cordial en ellas.

—Es que... —dijo Antino—, es que... es el momento..., —apuró reiterando las sílabas— porque quiero casarme...

Ismael Cieza no era muy propenso a que sus emociones y contradicciones fluyeran hacia fuera, al menos con ese grado de necesidad con el que algunas personas liberan la presión con el lastre de las palabras.

Lo que tenía de parlanchín pertenecía a la complacencia de un humor que desbarataba sus planes de hombre circunspecto, la ironía no del todo controlada que desmentía una apariencia de seriedad más relacionada con el aspecto físico que con el mental.

—Hablas por los codos cuando menos se espera —le recriminaba comprensiva Novelda—, dices más paridas de las necesarias y, sin embargo, cuando hay que echar un cuarto a espadas eres un ser silencioso.

—Soy un hombre que monologa sin molestar a los demás.

—Da gusto tenerte cerca, pero sería mejor que ejercieras cuando se te necesita. A veces tengo la impresión de que se te escapa el gas por los agujeros de la cabeza.

—¿Es que no te diviertes? No me digas que no es más agradable llegar a casa y encontrar a un tío que te guiña el ojo y te besa en la nariz que al pesado de turno con el rollo de lo que hizo y dejó de hacer... Cuando no tengo nada que decir, sonrío, no podrás echarme en cara un dolor de estómago o cuatro palabras desabridas.

—De las dolencias es mejor no hablar —concedió Novelda, jocosa—. Las quejas son graciosas porque lo más leve es lo más grave y cuando de veras estás muy malo es como si estuvieras tomando el pelo a todo el mundo, empezando por ti mismo. Con treinta y nueve de fiebre no parece lógico gritar llamando a los bomberos o exigir que venga el Notario para hacer el testamento, algo que, por cierto, no hay modo de que hagamos. Te he visto morir de un constipado, Ismael.

—Te olvidas de mi mal congénito, la herencia menos vistosa de mi padre, el recto holgazán...

Es el secreto del sumario, decía Ismael, lo que cualquier persona, sea como sea, tenga el carácter que tenga, se debe por respeto a sí misma. El secreto que nos constituye, el sumario que conforma el interior de nosotros mismos, donde de veras podemos conocernos y juzgarnos sin que nadie tenga derecho a requerir lo que no debe contarse.

—Estoy de acuerdo —corroboraba Lucio Cañada—. Y más en estos tiempos en que los sentimientos y las contradicciones íntimas no solo se exponen a la primera de cambio, sino que se venden y malvenden como mercancía rutinaria.

—Me parece muy bien... —aseguraba Novelda—, y no tengo la intención de escarbar donde no debo pero, voy a serte sincera, en mi caso no hay actuaciones ni documentos que yo haya guardado desde que te conocí.

Nada que no diga a nadie.

Llega el momento en que ese interior recatado, insondable en el patrimonio que con el secreto concita, emerge en algún sentido o, para expresarlo mejor, sube del fondo a la superficie y de pronto, cuando menos se espera, flota en el agua como un objeto desconocido y temeroso.

—A veces vuelvo a casa... —le dijo en una ocasión Ismael a Lucio— y en la penumbra escucho lo que no veo, el rastro de algo, lo que el contenido de alguno de mis sueños más reiterados deja en los más impensables lugares del hogar conyugal, permite que lo diga así. Está el escarabajo en las baldosas de la cocina, asoman los ratones en el armario, pero lo más inexplicable es lo que me espera en el salón.

Mantengo la penumbra mientras voy por el pasillo, no doy la luz, solo enciendo la lámpara del salón cuando llego a él. Es una lagartija que está quieta en la pared, con esa despreocupación y solvencia con que las lagartijas parecen al tiempo dormidas y ojo avizor. La contemplo con desánimo, no puedo decirte otra cosa. La veo sin la placidez del sueño, sin la complicidad que el sueño reporta a su imagen verdosa. Podría pisar al escarabajo, desalojar a los ratones, pero jamás lograría atrapar a la lagartija antes de que huyese. Lo que hago es volver a apagar la luz del salón, regresar cohibido, por no decir amedrentado, por el pasillo, volver a abrir la puerta de la calle, bajar al bar de la esquina, aguardar temeroso a que llegue Novelda, a que venga Abril o, ahora que me he quedado solo, a que cierren el bar.

Ese bicho insólito, más por la circunstancia de su aparición en un lugar tan inapropiado que por la condición de reptil diminuto, hizo un quiebro en la cabeza de Ismael cuando el muchacho, tras un tenso silencio y con el notable esfuerzo que le supondría dominar las palabras en las resbaladizas sílabas que no lograba obturar en los labios, comenzó a hablar de modo parecido, aunque lógicamente más penoso, a como lo había hecho en la carta.

El bicho hacía el quiebro que sobreviene a la alerta y predispone a la huida.

Ismael cerró los ojos un instante, inclinó la cabeza, evitó cualquier mirada al muchacho: si las palabras ya le resultaban tan difíciles como comprometidas, en la corta distancia en que se hallaban, y apenas con el disimulo de los cafés en los que ninguno de los dos se había atrevido a depositar los correspondientes azucarillos, sería demasiado que se sintiera observado, que los ojos de Ismael mantuviesen la fijeza de su desinterés o escepticismo.

La alerta del bicho, que daba la impresión de estar pegado en la pared, como si la inmovilidad no fuese la muestra más fehaciente de su capacidad de encubrimiento sino del efecto del letargo que casi lo convertía en la pieza de un coleccionista de saurios, suscitó un palpito en la imaginación de Ismael que inmediatamente se correspondió con la desazón de la sospecha que tanto temor le motivaba.

¿De dónde viene, de dónde sale, cómo demonios puede hacer el absurdo viaje desde el cobijo de las piedras de una pared, y qué busca en el salón si no existen ni las mínimas condiciones de subsistencia ni nada que avale una razón tan contraria al instinto de cualquier bicho, por muy desorientado que se encuentre?

La boca de Antino nada tenía que ver con la instantánea vibración que Ismael pudo apreciar en el triángulo diminuto que remataba la cabeza de la lagartija, un destello tan vivaz como silencioso, ese movimiento que a veces inventa el que observa, igual que al parecer les sucede a los obsesivos coleccionistas de mariposas que las contemplan en el vuelo mientras siguen ensartadas.

Le escuchaba con esa misma contemplación, sin verle, reinventando el destino de un vuelo atrapado, la inconsecuencia del reptil en la mente, lo que las palabras no acababan de concretar después de las fluctuaciones de su trabajoso esfuerzo.

Ese bicho que se escapa.

No es posible que una y otra noche, que cualquier mañana o en el atardecer menos inesperado, regrese como una reliquia al mismo sitio de la pared del salón,

cualquier niño le hubiese tirado una piedra y hasta alguno de los más osados le hubiese cortado la cola, donde la vida del saurio concentra los espasmos de la terrible mutilación y, al fin, la cola cercenada es una especie de culebrilla loca que brinca hasta extinguirse.

La pausa de Antino fue como el efecto de un respiro en la huida.

La lagartija ya no estaba en la cabeza de Ismael, y la ingrata complacencia en recordarla, quieta en la pared del salón como en tantas ocasiones y sueños, deshizo la confusión de lo que escuchaba sin llegar a aclararse del todo, ya que las palabras del muchacho se habían vuelto a hacer más resbaladizas y el esfuerzo de las mismas lo estaba agotando, y entonces a Ismael le llegó, con tanta nitidez como lo había leído al abrir el sobre de la carta y repasar anonadado su contenido, el párrafo que Antino también podría repetir si hubiese sido capaz en el trance en que ahora se hallaba.

—Me mira y al reconocermé se reconoce, quiero decir que hay algo en mi cara o en mis ojos, en la nariz o la barbilla, que involucra un parecido, y a lo mejor le inquieta o, como poco, le desconcierta.

—Así que te casas.

—Es lo que quiero.

—En la carta me decías que tienes veintitrés años. Eres muy joven, todavía podías esperar un poco.

—Es lo que diría mi madre.

—Yo no lo digo, lo comento.

—Ella lo diría.

—Pero no le ibas a hacer caso.

—Si viviera, sí.

—Trabajas, ganas un dinero.

—Saqué las oposiciones de Correos a la primera. —¿Y tu novia también quiere casarse?

—También.

—Vives en Ordial, supongo que ella también vive allí.

—Es de aquí, de Doza, pero allí vive.

—Tú no tienes a nadie, pero ella tendrá padres. —Va a hablar con ellos.

—¿Todavía no saben vuestras intenciones?

—No.

—¿Te conocen?

—Tampoco.

—Vas muy deprisa, aunque probablemente no necesitas un consejo.

—Me lo daría mi madre.

—Y ahora quieres que te lo dé tu padre. Se trata de eso, ¿verdad?... Un padre para que te eche una mano, alguien en quien confiar.

—No, lo único que quería es que mi padre me conociera.

—Tu madre te dijo que lo buscaras.

—Me dijo lo que he querido decirle, aunque tiene que perdonar que lo exprese tan mal. En la carta lo decía mejor.

—¿Cuánto tiempo llevas detrás de mí?

—Desde que ella murió.

—Es absurdo.

—Es la verdad.

—Veintitrés años.

—Veintitrés, recién cumplidos. Casi los mismos que mi novia.

—¿No te das cuenta de que me estás metiendo en un lío disparatado, no ves que todo esto es absurdo? No existe otra palabra que lo defina mejor: absurdo.

—Jamás mi madre hubiera mentido.

—Una cosa es tu madre y otra tu padre. Tan absurdo como desconcertante, no es posible entenderlo. Me parece que ni a Galdós se le hubiera ocurrido.

—Lo que sepa y lo que calle es cosa suya. Yo no quiero un padre, no se engañe. No vengo a complicarle la vida a nadie, ni ella lo hubiera permitido.

—¿Entonces?...

—Conocerlo y que me conozca.

—Bueno, pues ya está, nos damos la mano y ya lo conseguiste. Ahora no me vas a pedir que te dé un abrazo y echemos una lágrima.

—No se burle.

—Es lo último que se me ocurriría, perdona. Pero tienes que comprenderlo, tienes que hacerte a la idea de que este asunto no hay por dónde cogerlo, yo no puedo desayunar con un hijo que me cae del cielo. Estaría loco.

—Le he contado lo que mi madre podía contar. Nunca, hasta que se puso enferma, se le ocurrió que usted lo supiera.

—Un tumor, dijiste.

—En cuatro meses, ahora hace un año, el siete de marzo.

—Lo siento, me duele en el alma. El hecho de que pueda recordarla no justifica para nada que sea tu padre. La vida está llena de secretos y contradicciones, ya lo sé.

—Me conformo con haber tomado este café a su lado. No quería mucho más.

—La carta me dio otra impresión.

—Se equivocaba. Después de hablar con usted ya me quedo tranquilo. La carta era para que me viese. Escribo mejor que hablo, ya lo está comprobando.

—Todo lo haces bien, Antino y, además, me pareces un chico estupendo, no me cabe la menor duda de que tu novia ha tenido mucha suerte. ¿También se lo has contado?

—Lo último que se me ocurriría.

—¿A nadie?

—Era el secreto de mi madre y es el mío...

—No soy tu padre, amigo mío. Damina, tu madre, fue una amiga, casi una amiga ocasional. Los padres no se inventan.

—Lo reconozco al mirarlo, ni siquiera me hace falta la fotografía.

—Estamos un poco nerviosos, pero voy a pedir otro café.

—Ya le dije que no pretendo nada. Tiene que perdonarme por haberlo seguido, por haberle escrito. La carta la quema si le parece, aunque supongo que ya lo hizo. Esto se lo debía a mi madre.

—Bueno, pues ya hiciste lo que querías.

—Ella no fue feliz.

—Yo tampoco sé lo que es la felicidad.

—Pues yo espero serlo. Ella se merece que yo lo sea.

—Y es lo que te deseo.

—Nunca volveré a importunarle, no se preocupe. La vida me tiene acostumbrado a hacer las cosas por mi cuenta. Lo que soy, lo que me debo.

—Era muy guapa, eso sí que debo reconocerlo.

—Tengo una foto suya, de cuando era muy joven. Ya sabe que la criaron sus abuelos.

—Muy guapa.

—El vestido se lo hizo ella misma.

—Las manos...

—Me puso el nombre de mi abuelo.

—Las manos, lo que mejor recuerdo. Es curioso lo que queda, tan raro como lo que se pierde.

—¿No podría decirme algo de cuando se conocieron? —No lo sé, Antino, no lo sé. Esa mano que te tiembla no me parece muy distinta y, sin embargo, mira las mías. Las mías son las manos de un inútil.

No fue una despedida o no me lo pareció.

El hecho de que yo tuviera la seguridad de que Antino era un muchacho sincero y que su única pretensión consistiera en aquel café con leche, mano a mano en el Bar Barajas, la hora y pico de una charla sincopada en la que hubo menos palabras que recónditos denuados, no era suficiente para liquidar la gravedad de lo que me había expuesto.

Más que de una despedida, que ni siquiera se formalizó más allá del estrechamiento indeciso de las manos, una palabra inocua y el vano intento de que sus labios dejaran resbalar la equivalente, se trataba de una frustrada conveniencia, como si en ese acto de irse, cada cual por donde llegó, quedase el vacío de un desconsuelo que denotaba la impericia ante lo que la vida, sin venir muy a cuento, echa encima de quienes menos se lo esperan, Antino y yo en el presente caso.

No se despiden el que se va de ese modo, o la despedida no implica lo que corresponde a la voluntad de cumplirla. Uno no tiene el corazón tan echado a perder ni ha reconvertido los sentimientos en despojos de los que conviene desprenderse lo antes posible.

—Los sentimientos —dice Lucio— se sujetan en el ánimo como la ropa colgada en el tendedero.

El ánimo con el que salí del Barajas iba cobrando un mayor peso, la ropa tendida estaría demasiado húmeda, según caminaba sin mucha convicción por las calles ahuyentadas de Doza, en el vacío que la ciudad recobra cuando todos se retiran a comer y dormir la siesta, y en esta extraña urbe se produce el efecto contrario de las urbes usuales: son las calles las que se van, el desierto atañe a una velada desaparición, y es en estas horas tan consuetudinarias cuando es preciso andar más precavido, porque en la consistencia fantasmal de las calles borradas acecha lo que no tiene nombre, ni sentido ni justificación.

Volvía a casa.

Ese pobre muchacho de mano tan suave como temblorosa tenía razón en su sospecha: la dichosa carta la leí precipitadamente y la rompí poco después.

No era un mensaje que comprendiera cabalmente, pero el asunto de las contradicciones y los secretos siempre refleja materias sinuosas, de esas que están en el fondo de la mina como las antracitas, unas vetas escondidas que en su oscuridad vierten el brillo mineral que atrae tanto como inquieta o preocupa.

La mejor compañía de un camino tan desorientado, teniendo en cuenta, como ya confesé en más de una ocasión, que Doza nunca resuelve su laberinto en mi cabeza, que soy incapaz de tejer el hilo de Ariadna como un recurso de mi conciencia, es el acomodo a la absoluta soledad que dejan las calles sustraídas.

Voy, vuelvo.

No tomé ni la modesta decisión de mover la cabeza para observar, en el instante final, al propio Antino en sus pasos hacia la esquina en que se perdería, en la vuelta a la que asoman los ventanales del Barajas.

Mirar por si él miraba, intentar un gesto que confirmara la incierta despedida y, en cualquier caso, la cordialidad que se expresa del modo más barato, ya que uno de esos gestos nada cuesta ni supone y, sin embargo, es un detalle que se agradece.

En la reserva que guardo a algunos portales de Doza, ese recato temeroso que en la infancia por estas calles se convirtió en un mal endémico, muy propio del niño que llegaba a la ciudad extraña e iba a tardar mucho en hacerse a su costumbre, en apoderarse de ella hasta donde le fuera posible para una razonable supervivencia urbana, hay un punto de atracción y deseo que no acaba de resolver el conflicto, o que solo lo zanja en los sueños, donde las resoluciones siempre resultan tan impremeditadas como inconsecuentes.

En las calles sustraídas perviven, de trecho en trecho, como islotes o raros monumentos de sólidos dinteles que semejan pasadizos a la más abyecta oscuridad, esos portales de las casas más antiguas, o de las que mejor supieron subsistir entre el riesgo de la especulación, la piqueta o la declaración de ruina.

Cualquiera me sirve en las primeras horas de la tarde de este día en el que el cuello de mi camisa también está vacío: no quedaba ninguna corbata con el nudo hecho y los bajos del pantalón entorpecen mis pasos porque alargan la pernera como si se hubiera desprendido, igual que cae la persiana rota o la bombilla floja se estrella en el suelo al intentar ajustarla.

Calle Clámide, número diecisiete.

El niño siempre hizo lo mismo, cruzar ante el portal a mayor velocidad que ante ningún otro, como si de la penumbra mineral emanara un tufo que podría marearle, algo parecido al grisú que amenaza explotar con la respiración.

Me detengo.

Ahora Doza no existe.

La ciudad desaparecida, sus durmientes de la tarde en el cobijo de sus sueños digestivos.

No debo ser el padre requerido, ni el hijo huérfano sabe inventar con verosimilitud lo que la madre pudo indicarle.

De lo que estoy convencido es de que, por alguna extraña razón, es Damina Olmedo la que duerme en la última habitación del último piso del inmueble que tiene

el dintel vencido sobre las jambas y el número diecisiete es una llaga en la piedra, del mismo modo que el nombre de la calle tiene saltados los esmaltes en el azulejo con igual deterioro que cuando yo intentaba leerlo de niño.

—El último en venir y el primero en llegar, quiero decir que nadie podría ocuparse de mí como tú lo hubieras hecho.

No hay nada en el caserón, ninguna otra cosa que lo que Ismael Cieza sea capaz de reponer, y en la habitación donde Damina Olmedo reposa, exactamente la que pensó, la última del último piso, al fondo del intrincado pasillo que tiene la tarima levantada, tampoco hay nada: el lecho al pie de la ventana por cuyos cristales rotos entra esa luz de Doza que va cuajando el fulgor lechoso de los espejos del río.

Los escalones que condujeron a Ismael hasta el tercer piso parecían iguales que los que ascendían en el sueño, con los rellanos intermitentes, y esos seres solitarios, a veces familiares y a veces perfectos desconocidos, que bajaban con parecida indolencia a como él subía, y al encontrarse apenas alzaban los ojos con la actitud de quien no se decide a saludar. En muchos sueños eran los mismos y, al cabo de tantos, ya resultaban tan molestos como pesarosos.

—¿Adónde va usted? —dijo uno de ellos, en la única ocasión en que alguien se detuvo, a mitad del rellano, y le requirió de ese modo.

—No voy a ningún sitio.

—Entonces no es usted el que esperan, y lo único que le ruego es que no moleste, no haga ruido, por Dios. Arriba lo están pasando muy mal.

No tuvo que llamar a la puerta, ni siquiera buscarla, estaba entreabierta y, antes de moverla con cuidado para entrar, miró un instante por el hueco de la escalera, donde el vacío del inmueble forjaba la sima de un suspiro que muy bien podría salir de su propio espíritu.

—Es el único consuelo y es el último. No te puedes imaginar lo que te lo agradezco.

Damina Olmedo estaba tendida en el somier, muy quieta, los ojos abiertos, las manos sobre el pecho, los cabellos derramados en los hombros. Vestía un camisón muy blanco.

—No pensaba encontrarte... —dijo Ismael Cieza, sin la más leve emoción, como si en el camino de los escalones y las sombras se hubiese ido vaciando de cualquier inquietud y sentimiento.

—Yo no me he movido del mismo sitio, la vida no me ha dado otra cosa, tampoco tuve mayores ocurrencias, seguro que te acuerdas de las pocas ideas que tenía.

—Me acuerdo de lo agradable que resultaba estar contigo sin hacer nada.

—Por eso me costó tanto perderte. La más pobre no es la que menos tiene sino la que menos sabe, la que no piensa lo que puede hacer. Era una mujer muy necesitada.

No se movía.

La luz lechosa de los espejos del río formaba un halo alrededor de su cuerpo. Ismael la miraba con la misma paz con que la descubrió a su lado alguna mañana, muchos años atrás, en la cama de alguna habitación que ahora tendría la luz apagada y el colchón recogido.

Damina Olmedo alzó la mano derecha y el dedo índice creció con lentitud, como si quisiera formular una indicación.

—La compañía es lo que más reconforta.

Los ojos de Ismael siguieron la indicación del índice.

—Hay una nube.

—Es una roncha de humedad.

—Será que me estoy quedando ciega. ¿Estamos en Ordial o hemos ido a Borenes?

—Estamos en Doza, en el número diecisiete de la Calle Clámide, lo que no puedo decirte, porque no lo sé, es cómo llegaste aquí, ni siquiera lo que haces.

—Vendría a buscarte, o a esperar a que llegaras. El primero y el último. No tengo a nadie, Ismael...

—Tu hijo...

—¿Un hijo?... Dios me coja confesada. Es verdad, hay un chico. Lo he querido y lo he cuidado como contigo mismo hubiera hecho. ¿Estás seguro de que no es una nube?

Lo que Ismael pudo apreciar fue la continuidad del mismo vacío del hueco de la escalera. La nube, la roncha, el techo que no existía, el firmamento lechoso de Doza, uno de los espejos del río que se hubiese roto y refractara la maltrecha luz.

—No pierdas más tiempo conmigo, ya cumpliste de sobra.

—No sé adónde ir.

—Haz lo que debas pero, por Dios, ten mucho cuidado, no eres un hombre que se valga bien por sí mismo.

—Quería pedirte un último favor.

—Lo que sea, con tal de que pueda complacerte.

—La corbata...

Jamás sabré si huyó o está perdida, asustada en la inmovilidad o en el acecho, lo que su imagen dure en la pared del salón nada tiene que ver con esta zozobra que enreda mi ánimo como una telaraña en lo que pudiera ser el ensueño de mi cansancio, cuando llego a casa y no hago otra cosa que desprenderme de la chaqueta y los zapatos y dejarme caer en el sillón como un fardo.

Hay un zoo doméstico que justifica una compañía fantasmal en las baldosas de la cocina, en el armario ropero y en la pared del salón. Otros tienen un perro o un gato, sin que la presencia muda y bondadosa signifique mucho más. Esos habituales animales de compañía, los gatos sinuosos y los perros que cagan sin contemplaciones en las calles de Doza, hasta el punto de que pisar mierda es el riesgo que con mayor resignación asumen sus habitantes, no suponen otra cosa que el invento de una necesidad derivada de la carencia que es el motor de tantos sentimientos inocuos y artificiosos. La pretendida compañía parece el resultado de una generosa frustración bastante inconfesable, y el remedio que ella dispone se resuelve de ese modo: secuestrando a los pobres bichos, humanizándolos, intentando que con nosotros se hagan como nosotros mismos.

La cabeza se dispara, debo reconocerlo.

La ensoñación, el cansancio, se juntan para que mis ocurrencias sean poco razonables.

Los animales domésticos siempre me importaron un pimiento y no tengo el menor criterio para pensar nada lógico al respecto. Fui un niño temeroso al que le costaba acariciar la cabeza de un gato como si fuese un tigre, y el recuerdo más arriesgado y lejano de mi infancia es el de la persecución de un perro que me alcanzó ladrando y me mordió en el culo. Entre aquel mordisco y la mierda de las aceras de Doza debe de existir una justa correspondencia. Los perros me dan miedo y, además, hasta los más mansos olfatean mi temor y se prevalecen de esa irradiación que los envalentona para ponerme en ridículo.

El escarabajo es un ser pesaroso.

Mi única tribulación es la de pisarlo sobre las baldosas, pero su consistencia de bicho que parece llegado de otro mundo, la idea de que no tiene familia y de que hasta su reproducción resulta irreal, como si fuera imposible imaginar el apareamiento, del mismo modo que no logro imaginar el proceso de sus deposiciones, coadyuva a esa observación fantasmal, de sueño frío, de élitros alisados

y silencioso merodeo. Un bicho que no viene de ningún sitio y a ninguno va. Caído de algún agujero sideral o rescatado de la antigüedad en una suerte de supervivencia más propia de los objetos que de los animales.

De los ratones no tengo mucho que decir.

Aquel niño asustado sentía predilección por los roedores, un cariño de cuento de hadas que identificaba ciertos camuflajes y dádivas diversas, el ratón obsequioso y disfrazado, el ratoncillo huérfano y lloroso, un bicho pequeño que difundía la ternura asomando la cabecilla por el agujero. Luego, en el armario, podían haber encontrado ese refugio del que se habían hecho acreedores al ser dueños de los recovecos más inusitados de la casa. Una casa, por supuesto, sin perros ni gatos.

Lo que no tiene razón de ser es la lagartija.

Ahora que vuelvo a observarla y, como siempre, en la taimada vicisitud de si huye o está perdida, asustada o al acecho, me sobreviene la inquietud del sueño, y corroboro cierta animadversión hacia el diminuto reptil que nada significa en mi vida, ni siquiera en el recuerdo de los más desalmados juegos, cuando le cortábamos la cola.

Puedo pensar, acogido al adormecimiento de mis visiones, entre lo que el sueño rezuma como una difusión gaseosa, que el reptil es el antecesor de una línea familiar en la que los míos se arrastraron reverdecidos por la misma piel, alguien como mi tío Enésimo o aquel primo de mi padre que tenía escamas o un tatarabuelo que heredaba la quietud extrema de otro antepasado a quien le daba miedo moverse.

La lagartija es ahora la dueña de mi casa. Se hizo con el salón, ya no tiene el riesgo de que la descubra Novelda y, en el fondo, yo la observo como un habitante privilegiado de este zoo doméstico.

Algunas noches, es verdad, me despierto asustado, con la sensación de que un reptil perdido cruza por mi pecho y se entretiene más de lo debido en los pelos que se entrelazan sobre el esternón, tal vez maleza o leña seca, acaso un amasijo de alambres herrumbrosos, pero me voy haciendo a la idea de que ella vela por mí.

Es mi vigía o mi centinela, la guardiana de ese tiempo remoto del que, al parecer, provengo.

Algunas tardes como esa, tras un regreso improvisado y pretendidamente reparador, Ismael se adormece en el salón durante más tiempo del que quisiera.

Nunca fue un hombre de los que duermen la siesta pero siempre le gustó disfrutar de un retiro en medio de la jornada, romper la rutina del trabajo para recabar la soledad que le apacigua y sumerge la tensión de los sentidos bajo una superficie de aguas quietas.

Hay una intención que sin duda responde al instinto fisiológico de sus frustraciones y, aunque no sea nada habitual, es en ese intermedio donde reside el mito de las mejores deposiciones, el extraño momento en que la duermevela reconduce una temperatura intestinal muy placentera, y los estímulos enaltecen el murmullo del cuerpo de tal modo que en la percepción de su plenitud no hay reserva alguna, y el propio intestino parece sumido en las fosas seminales y hasta se produce una deliciosa confusión entre la necesidad y el deseo.

—El imperio del cuerpo... —asevera Lucio Cañada, cuando las conversaciones recargan la materia por encima del espíritu y se entretienen en las imposiciones y débitos de la carne—. La potencia de lo que de veras somos. La eyaculación, la deposición. Gusto, paladar. No cabría distinguir entre lo que supone el alimento y el aliento de la carne. Hay quien caga con la misma complacencia con que orina o eyacula. La misma piedra también del placer y el dolor. La del riñón que tanto padezco, las apreturas prostáticas que nos esperan a la vuelta de la esquina. Un imperio que poco a poco iguala las glorias y las derrotas.

Podía mantener esa murmuración del adormecimiento como un recurso de reposo y huida, sin que en el tramo de la inconsciencia surgiera ningún aviso, con ese poder desactivado con el que en muchas ocasiones nos hacemos dueños del sueño sin la mínima culpabilidad, propietarios de un estado de deleite y estima en el que nos encantaría ser eternos.

La lagartija no se movió.

La mano de Damina Olmedo se había extendido sobre la tarima resquebrajada en lo que podía ser un vano intento de buscar la suya, y fue entonces cuando Ismael dio un respingo e hizo un fallido movimiento para incorporarse en el sillón, suficiente para que el brote de felicidad se extinguiera, como si cualquier sacudida, el más liviano e impensado resquemor, precipitase la pérdida de lo que el placentero adormecimiento atesora.

—¿Es que te fuiste, es que por fin me abandonaste de veras?

—No he ido a ningún sitio. Estoy contigo. No me moví.

—No te veo, Ismael, tampoco te siento. La corbata la tienes en la percha.

La mano de Damina se abría e Ismael la sintió muy cerca de sus pies descalzos.

Damina no reposaba encima del somier, estaba debajo, tendida en el suelo, boca arriba, con el mismo camisón blanco, los pies también desnudos.

—Acuéstate. No te despiertes todavía. No te vayas.

—Estoy contigo.

—Tenía que decirte alguna otra cosa, pero ya no me acuerdo.

—Te escucho.

—Es un secreto de mi cuerpo, ya ves qué tontería. Nunca lo supiste por mucho que me acariciaras y mucho que me mirases.

—Me gustaba verte. Me he pasado las horas muertas viéndote desnuda y dormida.

—Lo descubrí de niña. Tengo el brazo derecho más largo que el izquierdo, y la pierna izquierda más larga que la derecha. Y otra cosa: gasto dos números distintos en los zapatos de cada pie. Un treinta y siete en el derecho y un treinta y ocho en el izquierdo.

—Debe de ser la razón de que nunca te pusieras aquellos que te regalé.

—Ahora, si fueses capaz de mirar a tu hijo a los ojos, si te fijaras en ellos, también comprobarías que los tiene distintos, de distinto color.

Ismael estaba de pie.

La figura de Damina tendida en el suelo, bajo el somier, parecía haberse empequeñecido. Los únicos que mantenían su tamaño eran los ojos, exageradamente abiertos, y la mano derecha que al abrirse parecía crecer.

—Nunca fui la salvación de nadie... —la oyó musitar, mientras los alambres del somier crepitaron como si alguien se hubiese tendido en él.

—Tampoco yo soy la razón de nada... —dijo Ismael, sin apenas escuchar sus propias palabras.

—Había un ángel que velaba por mí cuando era niña. Se llamaba Matías. Cuando hice la Primera Comuni3n me acarició la frente y me dijo que ya no lo necesitaba, que sería el mismo Dios el que se encargase de mí.

—Se me está haciendo muy tarde.

—Siempre tuviste las prisas de los viajantes de comercio. Un Agente de Seguros necesita más paciencia en la profesión.

—Por eso no fui un buen Agente.

—A mí me gustabas así, Ismael. Lo que dura demasiado se aprecia menos.

El hecho de que Abril siempre llamara Ganido a su padre, dejando de lado el nombre y el primer apellido, no era otra cosa que una especie de reivindicación de la abuela paterna, Ana Ganido, a la que la nieta nunca llegó a conocer.

En las escasas fotografías de la familia materna de Ismael Cieza Ganido solo había tres en las que apareciese la abuela Ana. Una muy borrosa de su juventud, en la que el sepia diluía la fronda de una huerta y la chica de vestido blanco que se apoyaba en el tronco de un frutal apenas resplandecía como una silueta alada. Otra con su marido, el abuelo Arno, ambos de mediana edad y con el gesto ausente de quien regresa de un largo viaje. Y la tercera, la que mejor detallaba la serena belleza de la abuela, con sus hermanos, el tío Mayor y el tío Menor, dos nombres que nunca en el recuerdo de Abril tuvieron otra alternativa que la derivada de su identidad de adjetivos comparativos.

De la abuela Ana tampoco quedaban muchos recuerdos, el propio Ismael no era nada propicio a hablar de ella y daba la impresión de haber sido un hijo prevalecido de sus extremas atenciones y poco responsable a la hora de resarcirlas, ese tipo de hijo que se adueña en exceso de lo que recibe y no parece enterarse jamás de lo que debe o, al menos, de ofrecer una razonable contraprestación.

Tampoco la tía Elvira hablaba mucho de la abuela Ana, aunque el recuerdo alimentaba siempre en sus palabras una pena que se alineaba con la mención de su corazón maltrecho, el mal coronario que tan sorpresivamente se la había llevado.

Del abuelo Arno le quedaba a Abril la imagen huraña de una vejez reconcomida y de la enfermedad fatal que consolidó la silenciosa desesperación que le hizo desaparecer en varias ocasiones, una de ellas durante seis meses.

—No vuelvo para pedir ayuda y compasión —dijo, con un gesto más airado que taciturno, y probablemente fueron sus últimas palabras—. No necesito a nadie ni me apetece demasiado veros, pero no hay otro lugar al que quiera ir que donde está enterrada aquella mujer.

Siempre fueron los abuelos paternos, y los parientes de esa línea, los más presentes en la vida familiar, y también por esa razón hubo en Abril desde niña una inclinación a la otra rama que se resolvió más pobremente de lo que ella hubiera deseado.

Armenta, de donde aquella rama procedía, nunca fue un lugar que estuviera en el camino de los habituales viajes, ni las visitas eran requeridas, ni siquiera existía una comunicación intermitente, más allá de alguna casual, aunque los afectos perduraran por encima de la desidia.

—Esa familia tuya —decía, a veces, Novelda con más comprensión que queja— nunca celebra nada. Es como si vivieran en la inopia.

La abuela Ana no existía, del abuelo Arno apenas tuvo conciencia de las desapariciones finales que precedieron a su muerte, y todavía su curiosidad de niña no era suficiente para entender la adversidad o percibir otra cosa que no fuera el desconsuelo del luto.

Los tíos Mayor y Menor, únicos familiares de la abuela paterna, con sus correspondientes mujeres y vástagos, vivían en barrios extremos de Armenta y compartían una finca en las afueras, que había sido de los bisabuelos.

Y hubo un único verano en el que Abril pasó unos días, siendo muy niña, con aquellos tíos, de los que siempre recordaba la coincidencia, un poco extravagante y graciosa, de sus pajaritas y chalecos, y el uso también coincidente del dedo índice de sus manos derechas cuando indicaban algo o decían o pedían alguna cosa.

—¿Qué les pasa a los tíos? —preguntaba a Ismael, con la insistencia de niña avispada a la que nada pasaba desapercibido y exponía las más chocantes observaciones.

—Que son mellizos.

—¿Y entonces por qué se llaman Mayor y Menor?

—Para distinguir lo poco que se llevan.

—Y, además, hacen lo mismo y dicen las mismas cosas.

—Es una costumbre que cogieron cuando eran pequeños.

—Pero no están repetidos.

—No digas tonterías. El tío Mayor es zurdo y el tío Menor es diestro. Y tienes que fijarte en las orejas.

—¿Una más grande que la otra? En lo que más me fijo es en las pajaritas. Cada día se pone uno la que se puso el otro el día anterior. Y el tío Mayor siempre dice: yo hablo para que se me escuche, y el tío Menor le contesta que él no escucha por el gusto de que los otros hablen.

—Pero ya ves que no se hacen mucho caso.

Abril se quedaba pensativa. Cuando la llamaban, cariñosos y con la intención de ofrecerle una manzana o una canica, la disputa de quién la había llamado primero les hacía refunfunar de tal manera que hasta podían olvidar que la habían llamado.

—No los entiendo... —afirmaba, al fin, confundida.

Cuando llegó la noticia del fallecimiento del tío Menor, dos o tres semanas después de haber sucedido, fue Novelda la que hizo un comentario menos piadoso que en otras ocasiones.

—Podían haber avisado con tiempo. La inopia no justifica estos descuidos, y un entierro o un funeral siguen siendo asuntos de familias bien avenidas, aunque apenas se traten.

—Lo malo no es que nos hayamos enterado con este retraso de la muerte del

Menor... —dijo Ismael, que había recibido la noticia telefónicamente de un pariente que le llamaba para otra cosa, y a quien en ese momento miraba Abril con los mismos ojos avispados y atónitos de la niña confundida—: Lo malo es que el Mayor se fue para el otro barrio hace dos años, y también ahora me entero, cuando llamé al primo Celdán y me dijo que en aquella casa había más huérfanos que tiestos.

—Raros, negligentes. Una familia que en vez de propia parece ajena.

—Nos mandarán el recordatorio del Menor y una fotocopia del recordatorio del Mayor, para que al menos quede constancia.

Los conservaba Abril.

Dos documentos funerales de lo que el tiempo había reconvertido en la huella amarillenta de la rama remota de los Ganido: una estampa de imprenta provinciana ribeteada de luto y una arrugada fotocopia de otra estampa en la que se confundían los deudos con los familiares y una errata en la fecha remitía el sepelio a un día de agosto de mil setecientos sesenta y nueve.

—Ganido, ¿ya no te quedan corbatas con el nudo hecho? —Fue lo primero que le preguntó Abril a su padre al bajar del tren, tras el beso somero que se parecía más a un gesto esquivo que complaciente.

Ismael había llegado a la Estación con el tiempo justo, disimulando el jadeo de la carrerilla final por el andén. Eran las siete y cinco y el expreso de Ordial entraba a su hora.

La advertencia de Abril había sido más taxativa que en otras ocasiones, cuando se acercaba a buscarla y la acompañaba a la casa de su madre, aprovechando la ocasión de un paseo no muy largo, en las habituales visitas de fin de semana, cuando el equipaje era liviano y la obligación tenía algo de rendición de cuentas y requerimiento de culpabilidades.

—Te quiero en punto, Ganido —le había dicho el día anterior por teléfono, acentuando la conminación—. Un marido disoluto, que ni marido supo ser, no justifica la desidia de un padre de tres al cuarto. Firme en el andén, porque hay cosas que debes ser el primero en saber.

La duermevela de Ismael en el sillón del salón, donde la lagartija no se había movido, había acentuado una modorra que se parecía a la que sobreviene a las comidas copiosas y demasiado regadas, y para mayor desgracia en el momento de ir al lavabo para refrescarse un poco había sentido la irradiación intestinal emitiendo el aviso que no convenía desatender.

—¿Estás bien? —Era la pregunta reiterada del padre, en la que la hija ni siquiera reparaba, pues era normal que en aquellos viajes de Ordial a Doza viniera a su lado algún conocido o en la propia Estación se encontrara con alguien a quien saludar, mientras Ismael reafirmaba la condición, por todos conocida, de pieza estropeada en el engranaje matrimonial.

Hasta en más de una ocasión se había bajado del tren el mismísimo Mirto, el abogado que había defendido los intereses de Novelda en la separación, con una ofensiva destinada a incrementar hasta el límite de lo posible la mala conciencia de cónyuge desarmado.

Abril lo besaba con mayor efusión que al padre que daba un paso atrás y permanecía cabizbajo, como el reo que ya se conformó con la sentencia.

—Hombre, Ismael —decía Mirto, que nunca perdía comba al encontrarlo en cualquier sitio—, te veo más desinflado y con peor cara, ¿no estarás incubando algo malo?...

Abril terminó de despedirse de alguien, se volvió para saludar a otros y caminó por el

andén con el paso decidido de quien gobierna su vida contrastándola con el desgobierno de quien intenta alcanzarla.

—Te vas a pisar el pantalón... —indicó a su padre, cuando lo tuvo a su lado.

—¿Es tan importante lo que vas a decirme? —quiso saber Ismael, contrariado por la displicencia con que ella hacía sus observaciones, tanto las referentes al desaliño material como al moral.

—No quiero llegar a casa sin que lo sepas. Claro que es importante, aunque tu hija te importara un pito, como te lo importó la que fue tu mujer. Mamá se figura algo, pero no lo sabe a ciencia cierta. Voy a cumplir con la obligación de decírselo primero a mi progenitor, aunque no se lo merezca.

Se adelantó unos pasos.

Las calles de Doza que confluían en la Estación abonaban las mismas sombras de los solares ferroviarios, también un tufo de antiguos convoyes en los restos de las traviesas y las vías muertas, donde el material había sido retirado en un proceso tan lento como indolente.

—¿Vienes o no vienes, Ganido? —requirió Abril a su padre, volviendo la cara y acentuando el apellido como una imprecación.

—Las cosas están así, y son tal como las cuento. No es el primer novio pero va a ser el último. Estamos haciendo proyectos para casarnos...

Ismael miraba a su hija, que se había sentado muy circunspecta al otro lado de la mesita bajo las escaleras de la Cafetería Berlinesa que hacían un empinado dibujo hacia el altillo, y durante unos instantes, después de escuchar la advertencia de que iba a entrar en materia sin andarse por las ramas, tuvo el ánimo suspendido, como si hubiera olvidado el carácter imperioso de Abril y en la presumible transcendencia de lo que tenía que informarle como progenitor, aunque no se lo mereciera, aguardase algo más sorprendente y de mayor peso.

—Ni te inmutas.

—Me pillas desarmado... —mintió.

—Pues hay que armarse, Ganido. Te lo comunico y ni siquiera recabo tu opinión, ya sabes que nada me importa lo que pienses. Cumplo con el deber de una hija que tuvo la desgracia de tener el padre que tiene.

Las palabras resbalaban en los oídos de Ismael, y le resultaba difícil hacer cualquier comentario.

En el tono imperioso de Abril percibía, sin embargo, cierta impostura en esta ocasión, como si ella intentara radicalizar su habitual ofensiva para que el asunto tuviera el relieve exacto que quería transmitir.

—No sé lo que opinará tu madre... —se atrevió a decir Ismael, y en seguida se percató de que la seguridad de Abril no era rotunda.

—Dirá lo que diga, tampoco va a importarme. Mi madre está más cerca de mí de lo que tú estuviste jamás.

Había un cigarrillo en los dedos de Abril y no le fue fácil encenderlo. Luego el humo salió entre sus labios como la bocanada de una hoguera y le sobrevino una tos parecida a la de quien acaba de atragantarse.

Ismael sintió la herida de aquellas últimas palabras.

No eran muy distintas a las que Abril repetía para llamarlo al orden y echarle en cara lo que se le ocurriese. No había ninguna compasión para los débitos con la esposa traicionada ni para los recuerdos que la hija tuviera. Las imágenes de lo que Abril había supuesto, de niña, de adolescente, de la cercanía de su juventud hasta la separación, no avalaban en absoluto ese desprecio ni hacían una mínima justicia a lo que ambos habían compartido. La hija no había disimulado su inclinación hacia un padre extremadamente cariñoso. Un padre que se complacía abonando en secreto los caprichos que la madre controlaba. Nada que rompiera el orden normal de unos

comportamientos familiares, aunque en el carácter de Abril había alteraciones e impertinencias que Novelda sobrellevaba contrariada y él justificaba con el paliativo de lo que la edad comporta.

—Esto es lo que hay, Ganido. Me caso. Sentiré que mi madre se quede sola, pero es ley de vida. Y estoy segura de haber encontrado un hombre que es el polo opuesto del que a ella le cayó encima.

—Espero que así sea. De todas formas, si piensas que puedo echarle una mano con tu madre, si crees conveniente que hable yo primero con ella, no me importa.

—No te equivoques, no imagines cosas raras, ella va a ser comprensiva, siempre lo ha sido. No le voy a dar un susto, algo se figura.

Ismael hizo un gesto de conformidad. Los hijos. El gesto tenía un sentido interior de resignación. Tuvo que esforzarse para evitar que Abril se percatara de lo que también podía parecerse al ensimismamiento y, como tal, a la actitud de quien se evade cuando se le requiere para algo importante.

La indolencia sacrificaba muchas veces la apariencias con que Ismael escuchaba. La falta de interés que mostraban falsamente sus intenciones, como si en los términos de la inutilidad lo aparente contradijese lo que en el fondo sentía o era incapaz de expresar.

—¿No se te ocurre decirme nada más? —quiso saber Abril, mientras destrozaba el cigarrillo en el cenicero.

Lo que te diría, pensó Ismael, es lo que cualquier padre contestaría a su hija tras una información tan importante.

Te he conocido algún enamorado, supe de la existencia de dos o tres medionovios y hubo un chico que llegó a gustarme mucho, creo que a tu madre también, y a quien llegamos a considerar un novio en toda regla sin percatarnos de que le hacías menos caso del que parecía.

Siempre fuiste una muchacha envalentonada y rigurosa, a la que para apreciar la fragilidad o las debilidades había que afinar mucho la mirada, descubrir un lado solitario que ocultabas con la extrema capacidad de tu vigilancia, ese impulso que te hace estar en guardia ante cualquier desmayo o eventualidad.

De ese lado solitario podría decir algo de mi hija, de lo que ocupa un vacío o un impredecible y limitado abismo en el interior de lo que ella jamás confesaría.

Y es probable que si yo hubiera sido capaz de compartir la confidencia de ese desánimo, de esa ansiedad, de ese secreto, las cosas hubieran funcionado mejor entre nosotros, ella hubiera encontrado otro elemento de comprensión que nadie pudo ofrecerle y que hubiese contribuido a su confianza y tranquilidad.

El incierto vacío que describe físicamente ese lado solitario, es más que posible que lo heredaras de mí.

Un padre observa a la hija con particular atención, como si la curiosidad por la hija contuviera alicientes muy distintos a los que pudiera despertar la curiosidad por un hijo. En el hijo hay un irremediable espejo de uno mismo, la contemplación de lo que se reconoce, tal vez cierta nostalgia compensada de lo que el padre fue, de la extensión de lo que retrotrae el recuerdo en el aval de la existencia. En la hija es lo desconocido lo que irradia una afectividad mucho más misteriosa, como si la observación fuese una fuente de inusitados descubrimientos. Y habría también que añadir la maravillosa cualidad de las niñas para mostrarse, desde sus gestos más tempranos, con una inconsciente coquetería que incide en la fascinación de su ternura. La niña risueña, el gesto dormido que sumerge sus encantos como si hasta en el sueño los tuviese acoplados, mientras todavía la sostengo en los brazos y la observo como la joya diminuta que palpita en el nido...

Lo que también podría decirte es que el conocimiento que de ti tengo, lo que sé sin que de ello hayamos hablado, viene de lo parecidos que somos.

Lo que más nos une, más allá de esta condición del padre y la hija y, por supuesto, por encima de las vicisitudes en que se desarrollaron los afectos, y también las contradicciones, es esa corriente interior de una comprensión que no se especifica.

Te miro, te siento.

Ahora mismo no sé lo que podría decirte para paliar la inquietud que te embarga, las palabras siempre fueron precarias, con frecuencia ni siquiera existieron entre nosotros, más allá de ese juego de reconvenciones en el que te recreas, de modo parecido a como antes cultivábamos un humor lleno de comentarios cómplices.

Todo se ajusta al orden que deseas.

Hasta puedes forzar, o al menos intentarlo, lo que no se amolda a la realidad de lo que quieres, como si la decisión precediera cualquier otra determinación todavía no orientada.

Un carácter riguroso, también terco y, en su expresión, lo que tanto te emparenta con la inseguridad de tu padre, acaso lo que en algún momento comenzaste a aborrecer en él, mientras que en el ejemplo de tu madre estaban con mayor naturalidad las capacidades que hubieras deseado poseer.

—Pues si nada tienes que decir, todo queda dicho... —decidió resolutiva Abril, que veía a Ismael en la lejanía de su abandono, una constatación que a veces le producía sentimientos contradictorios, aunque la opción hacia su madre, tras la penosa separación matrimonial, era clara y contundente.

No era Ismael para ella un hombre distinto, ni siquiera un padre diferente. Lo que Novelda había descubierto en el comportamiento de su marido, las infidelidades y, lo que resultaba peor, la falsedad, parecía corresponderse de la manera menos sorprendente con una autenticidad nunca cuestionada, como si la conformidad del carácter y modo de ser de Ismael pudieran expandirse de forma inusitada hacia la sorpresa de cualquier suceso, el propio delito de quien jamás hubiéramos sospechado pero que, al producirse, tampoco modifica lo imprevisible.

—Das pena, Ganido... —decía Abril, y la constatación no se llenaba exclusivamente del desprecio o la malevolencia de un sentimiento condenatorio, también acarrea el pesar por lo que había sucedido y la conmiseración ante lo que Ismael mostraba, como si en el destino familiar una parte de la desgracia sobreviniera de la propia condición desgraciada del que la había producido.

Ismael escuchaba siempre en silencio las admoniciones de Abril.

El temple riguroso de ella se expresaba con reiteración, liberando cada vez con mayor insistencia lo que pudiera quedar de ironía. Precisamente la ironía, un humor cómplice, era lo que más había allanado la comprensión de ambos, hasta tal punto de que en la nueva relación, destruido el matrimonio y afianzada Abril en sus convicciones familiares, todavía ese eco irónico era como un sonido que contagiaba sus miradas, ya más esquivas y nada complacientes.

—No me has dicho quién es —dijo Ismael.

—¿De veras te interesa?

Abril iba tan lejos en sus palabras, en sus improvisadas ocurrencias, que a veces Ismael tenía que hacer un esfuerzo para no sentirse ofendido o, al menos, lastimado.

—¿Cómo no habría de interesarme?

—Perdona, perdona, no te enfades. Ya ves que lo primero que he hecho ha sido comunicárselo a mi progenitor. Mamá sospecha pero todavía no lo sabe. Es un chico de Ordial. Si te digo que lo conocí en la calle, a lo mejor te extraña, pero así fue. Un día, volviendo a casa, vino detrás de mí y me dijo algo. Lo hizo con tanta gracia que caminamos juntos un rato y tomamos un café. Era gracioso cómo hablaba, y no voy a reconocer que en seguida me interesó más de lo debido, aunque a él yo sí. De la cafetería salieron dos amigos con la intención de llamarse. Lo hizo al día siguiente.

—¿Su familia es de Ordial?

—Esto es lo que más me gusta, Ganido. Ahora, por fin, el paterfamilias toma cartas en el asunto, quiere saber lo que hace, lo que tiene, lo que ofrece.

—Quiero saber si es un buen chico, ya ves qué poco.

—Bueno, cariñoso, guapo. No tiene padres. Estudió, hizo una oposición, trabaja en Correos.

—¿Lo quieres? —inquirió Ismael, y en seguida tuvo la sensación de que las palabras se le habían ido, como si acabara de decir lo último que se le hubiera ocurrido preguntar.

—Lo quiero, sí señor. Hace cuatro meses que salimos prácticamente todos los días. Y voy a decirte más: nunca estuve tan a gusto con nadie, jamás encontré más cariño y comprensión. Es la persona que mejor me conoce. A veces parece increíble la cantidad de cosas que podemos compartir, no solo de la experiencia de cada uno, también de lo que pensamos y de lo que imaginamos y nos gusta.

—No sabes lo que me alegro —aseguró Ismael, que vio en la sonrisa de Abril el gesto más distendido y feliz de cuantos le hubiera apreciado en mucho tiempo.

—Se llama Antino, ¿no te parecerá un nombre demasiado raro?, es lo único de él a lo que me costó acostumbrarme...

Ismael llevó la mano derecha al cuello de la camisa.

En el vacío de la corbata encontró el hueco donde asomarse con el mismo vértigo del abismo que de pronto se abre en la propia vida, sin lazos ni ataduras.

—Bueno, también un poco al modo de hablar... —dijo Abril, alargando la sonrisa—. Es algo tartamudo.

Lo que quedaba de Doza era un resto de la propia conciencia de Cieza.

La sensación de que no hay otra cosa que un desperdicio del alma en el oscurecer de la ciudad que habitamos se ajusta a la percepción del residuo de nuestra desgracia, que emerge en el mismo camino extraviado de las calles donde ya las luces intentan parpadear, como desde el fondo de lo que somos y nos sucede y en la misma proporción en que en las aguas sucias alcanza la superficie para flotar en ellas.

Un residuo, un pedazo de lo peor que nos pudiera haber sucedido, un desperdicio.

Ismael Cieza no tuvo la mínima capacidad de reacción ante lo que acababa de escuchar, y tampoco su hija se percató del posible efecto de lo que acababa de decir.

No había ninguna razón para reparar en otra cosa que no fuera la satisfacción de una noticia que ella debía esforzarse en dar a su padre, el contrito progenitor que después de tantos años de felicidad conyugal se había convertido en un torpe solitario de navegación escorada, para salir pitando a decírselo a su madre, con quien la conversación garantizaba mayores curiosidades e intereses.

Fueron hasta la casa de Novelda.

Eran el mismo camino y más o menos las mismas palabras, escuetas y truncadas en los intermitentes encuentros de Abril, siempre muy saludadora y llena de débitos de conocimientos y amistades de los que Ismael se retraía, haciendo todo lo posible por mantenerse al margen o seguir caminando unos pasos para esperarla de nuevo con el maletín en la mano.

Ismael la acompañaba hasta el portal y jamás se le ocurría a Abril incitarle a que subiera con ella, pero en esa ocasión hubo un momento de incertidumbre, el avatar de lo que pudiera estar flotando en las aguas del oscurecer sin que ni el padre ni la hija conciliaran igual preocupación o presentimiento, aunque ambos fuesen dueños, desde distintas orillas, de una parecida conmoción.

—Te has quedado bobo, Ganido —zanjó Abril, haciéndose con el maletín y acercando la cara a Ismael para rozarle con un beso.

El vacío de la corbata apretaba contradictoriamente el cuello de Ismael, pero su mano permanecía inmovilizada una vez que se desprendió del maletín, y ni siquiera cuando Abril se fue, después de prometerle que le llamaría para darle cuenta de la reacción de su madre ante la noticia, hizo el mínimo gesto para aliviar lo que semejaba un absurdo dogal.

La conciencia de Ismael estaba más allá de sus pasos.

El oscurecer de Doza sugería un eco que adensaba el vacío y el silencio.

Una ciudad desprendida de lo que su vida hacía necesario, el rebullir de las

ocupaciones y los espacios, el temblor de las gentes que emprendían la retirada, lo que en las calles deja de ser público para hacerse privado en las casas, y ese abandono de lo que con tanto afán se fue conquistando en el ir y venir de la condición urbana, hasta dejar un rastro de esfuerzos e intereses que se diluyen en el secreto de la noche...

Una conciencia turbada no era la mejor promotora de aquellos pasos, con los que Ismael no sabía si regresaba o emprendía otro camino, si iba o volvía.

Doza resume muy bien, como es habitual en las ciudades antiguas, el beneficio del laberinto que mejor reconforta a los espíritus conturbados, o a aquellos que en las sombras buscan el amparo de lo que el ánimo no les restituye en compensación a la necesidad.

Una ciudad como Doza es, en la noche, el espacio imaginario que el tiempo llenó con una herencia de emociones y sentimientos que los supervivientes reconstruyen o restituyen. Y son esos habitantes que la habitan los actores de su larga edad, los que ella necesita sin que sea preciso intercambiar papeles, apenas volver a estar como siempre, en la vida y en la muerte de una Avenida, una Plaza o una esquina.

Es lo que asumía Ismael en el instante de cruzar de una acera a otra, esa contribución del actor a la escena donde el papel, que en aquel momento representaba, era el del huido que desconoce las razones de su marcha, o que no desea de ningún modo conocerlas.

Lucio Cañada no respondió a las llamadas del timbre del portal. Resultaba extraño que no estuviera en casa pero tampoco es raro que el mejor amigo no aparezca cuando más lo necesitamos.

Voy a esperarle, se dijo Ismael, dispuesto a dar una y otra vuelta al inmueble o a caminar por la acera, mientras se iba intensificando lo que la preocupación, ya más concentrada, ataba entre la mente y las emociones: un nudo de desasosiego y turbación que alertaba el espanto.

Soy un hombre a la deriva, musitó sin que fueran precisas las palabras, una de sus frases favoritas cuando las circunstancias no eran propicias o cualquier suceso le ponía en la disyuntiva de alguna decisión que lo desbordaba, no solo por su importancia, también por el compromiso que supusiera, ya que elegir o decidir suscitaban en Ismael esfuerzos morales que no se correspondían con las capacidades de su voluntad.

El hombre a la deriva conformaba un grado muy querido de imagen ética y estética que concertaba la mejor coartada en la búsqueda de una tranquilidad que siempre ordenaba una huida o, más exactamente, una fuga.

—Tienes esa capacidad a flor de piel —le decía Novelda—. Jamás conocí a nadie con más mano para quitarse de encima lo que puede preocuparle, y desaparecer.

—No es un don, es una desdicha —se defendía Ismael, que sabía matizar con la ironía dramática que aseveraba la justificación, como el enfermo que reconoce el débito de su padecimiento con el gesto resignado de quien ya lo aceptó y nada puede hacer por sí mismo.

Soy un refugiado, decía en otras ocasiones.

Esa es mi condición y destino. La vida es un avatar con el que no puedo, no soy capaz de resolverla en la totalidad de las obligaciones que impone, no puedo con ella, no tengo fuerzas para asumirla, y lo único que me queda es esta supervivencia de quien se las va apañando con paños calientes.

He tenido la suerte de que me hayan echado una mano, también de ser dueño de un hábito profesional que me ayuda a disimular las carencias, pero no soy otra cosa que un refugiado.

No estoy donde debiera ni soy el que se reconoce, hay una contradicción entre lo que muestro y guardo, entre lo que de mí se percibe y lo que de veras en el interior flota.

—A veces a lo que hueles es a cinismo —decía Novelda, en los momentos de mayor crispación.

—No me defiende... —replicaba Ismael, cohibido—. El que tiene la autoestima baja carece de armas. El pobre de espíritu se debe resignar a que en su comportamiento se presume que da gato por liebre. Un refugiado de la vida siempre será un ser sospechoso en su sospechosa existencia. Dispara con bala, no te andes por las ramas, dispara cuanto quieras. Cínico, engañoso, embustero. Lo que te apetezca llamarme, lo que te dé la gana...

No soy un hombre con el Norte establecido, qué le vamos a hacer.

El niño perdido ya albergaba a quien vino luego, y lo que el tímido adolescente mostraba no era otra cosa que la tendencia de un ánimo corto, cuando no medroso. La juventud deslizaba el apremio de las sensaciones y los sentimientos y, en esa otra tendencia, la zozobra de quien no solo se quedaba corto sino frustrado.

—Hay que saber ayudarse, cada palo sostiene su vela. Esa canción es la que más te gusta y complace. Una nana para arrullarte tú mismo...

El refugiado está solo, se queda solo. La vida castiga a quienes no la saben administrar. Lo que te cae encima es un chaparrón que te pilla desnudo, nunca supiste abrir el paraguas, tampoco te interesó saber para qué vale un paraguas.

—Es una desdicha, Novelda, no me tomes el número cambiado.

—Tienes más cuento que Calleja.

—¿A quién esperas?

—A ti.

—Elegiste la peor noche. El que viene no es el que conoces. La razón pueden dártela en el Bar Benavides y en la Cafetería Cuernavaca. La razón y la receta.

—¿Qué te pasa, Lucio?

—Una angina vital o la angustia que la califica, en cualquier caso y de cualquier modo una necesidad insana y muy saludable para la salud intelectual del interfecto. Me levanté de la siesta con el pie izquierdo.

—No disimules conmigo.

—Tienes que ayudarme a abrir la puerta, pero primero me ayudarás a encontrar la llave.

—Vamos, Lucio, por lo que más quieras.

—Está aquí, tómala. Tampoco me vendría mal que me echaras una mano para subir. La siesta me cortó la digestión. Te voy a decir una cosa, Ismael. Una buena dieta no va a solucionar el problema intestinal. Come lo que quieras. Digiere bien. No creo que la posibilidad de mover el vientre como Dios manda se relacione con el vegetarianismo. Otra cosa son las taras hereditarias.

—No es lo que me preocupa, Lucio.

—Tu padre fue un estreñido de tomo y lomo. Cagar o no cagar, esa era la cuestión. Un hombre que llegó a menospreciarse a sí mismo en aras de su intestino desganado y de su recto indolente, no me digas que no.

—Esa fue una de sus desgracias.

—Hereditario.

—No sé lo que te ha podido suceder, Lucio. Cógete a mí, ten cuidado con el escalón.

—Las razones ya te las dije, en el Benavides y la Cuernavaca. Yo no soy el mismo cada día, y tú bien lo sabes. El de hoy no se parece al de ayer. No me gustan los mismos bichos que tú coleccionas, el mío es el camaleón. Cuando a Lucio Cañada se le cruzan los cables, también Doza deja de ser lo que es. No hay ciudad episcopal en la que no se pueda mear a la vuelta de la esquina.

—Si me hubieras llamado, hubiese estado contigo. La que tienes encima también me hubiera venido de perillas. Este día, Lucio, no tiene nombre en la vida de tu mejor amigo.

—Vamos, Ismael, eleva el ánimo. Yo tomé la resolución cuando más solo estaba. Un corte de digestión en la siesta. Los alimentos crudos. Eché todo lo que tenía, luego me asomé a la ventana y tuve la intención de tirarme. Tres pisos, la acera vacía. Un ateo lo tiene más fácil que un creyente, Dios ya no barre con la escoba de Jesucristo. Los que van a misa están en decadencia, aquí en Doza comienzan a cerrar parroquias y los curas los traen de Ecuador. Pero no iba a tirarme. Imagínate el

numerito si no me hubiese matado pero me hubiera roto la tibia y el peroné.

—No puedes volver a las andadas, Lucio. Esa historia de que el hígado se recupera no es cierta. Una víscera dañada no tiene alternativa.

—La razón está allí, la receta también. Lo que no entiendo es que la Santa Madre Iglesia cierre los establecimientos sin consultar con Dios.

—Vamos, Lucio, no te desmandes.

—Ya no me muevo. Ahora me dices a lo que venías.

—Mañana.

—Ahora mismo.

—He tenido un mal día.

—Por la ventana no lo intentes. Figúrate si no te matas y quedas inválido.

—Estoy metido en un embrollo. Mi hija quiere casarse.

—Enhorabuena.

—Mañana te lo cuento.

—Te veo venir, Ismael. Se te aprecia la congoja como el hollín al deshollinador... Hay que limpiar la chimenea. En la vida, aunque solo sea por una vez, conviene ser resolutivo. Voy a darte el mejor consejo.

—Mañana, Lucio, de veras, que es un asunto muy grave.

—Escríbele.

—¿A quién?

—A ese pobre desgraciado que la pretende. Ponle los puntos sobre las íes. No te gusta, ya se ve. Ella es la niña de tus ojos. La razón y la receta, amigo mío. Ahora no hace falta que me metas en la cama, con que me quites los zapatos basta.

—Tienes una buena trompa.

De las cuatro o cinco veces en que Ismael había visto borracho a Lucio Cañada, al menos en dos de ellas le había acompañado, aunque ninguno de los dos era bebedor, pero nunca esas circunstancias propiciaron la pesada confidencia ética ni fueron recordadas por los amigos con otra consideración que la irónica complicidad de las arrepentidas resacas.

Sin embargo, esa noche el cuerpo de Lucio pesaba como plomo y el camino hasta la habitación resultó bastante penoso, igual que el trabajo de desnudarlo y meterlo en la cama, a lo que se resistía moviendo los brazos e incorporándose como un autómatas.

—Apago la luz... —dijo Ismael, dispuesto a irse con tanto cansancio como desaliento.

Lo hizo, y en la penumbra escuchó la respiración entrecortada de su amigo y en seguida el llanto que le reclamaba con el timbre avergonzado que desbordaba el alcohol.

—No me dejes.

—Pero ¿qué te pasa?

—No enciendas la luz.

En la penumbra el cuerpo de Lucio dio una vuelta que hizo temblar la cama.

El llanto subió de tono y los sollozos demostraron que se había escondido bajo las sábanas, hecho un ovillo al que la desdicha reducía al bochorno.

Ismael volvió a dar la luz pero la orden de Lucio fue tan terminante como desesperada para que la apagase.

—Vete... —le gritó.

—¿Cómo voy a irme?

—Coges la puerta y te tiras de cabeza por la escalera, yo lo hago por la ventana y a lo mejor llegamos al mismo tiempo.

A Ismael le temblaron las piernas.

Primero fue un hormigueo desagradable, como si los músculos desgranaran una arena que se esparcía desde los muslos a los pies y en seguida una vibración incontrolada.

En los inciertos pasos que dio por la habitación le pareció que pisaba los bajos del pantalón, que chocaba con algo, que iba a caer.

Los sollozos de Lucio eran húmedos y derivaban de la vergüenza a la conmiseración.

Cuando comenzó a hablar había surgido de debajo de las sábanas y probablemente estaba sentado en la cama, limpiándose los ojos con los puños.

—No busques al amigo —dijo, atragantado y dramático—. No requieras al

traidor. Solo hay egoísmo. La amistad la tiro por la borda.

—No puedes imaginarte lo que llevo encima... —musitó Ismael, cediendo al recorrido del temblor para que también los brazos y las manos se contagiaran.

—Es mejor que tarifemos.

—La vida acaba de pasarme receta.

—Receta y razón, la misma cosa. No quiero que un amigo tenga que limpiarme los mocos y, además, el estreñimiento es un padecimiento de cobardes.

—Estás borracho, Lucio. Yo enfermo y tú borracho. Lo mío es una tragedia griega y lo tuyo un folletín.

—Así cobran los amigos. El alcohol me resultó la mejor compañía. Se acabaron las disquisiciones, no queda comprensión. Escribe esa carta, vete a la porra, olvídate. Y a ver si cagas, porque todos tus problemas vienen de no cagar.

El silencio compaginó la desolada vibración de Ismael Cieza con el eco de los sollozos de Lucio Cañada.

En la penumbra chisporrotearon dos cables pelados y en el alma de los viejos amigos hubo un chispazo que espabiló las lágrimas y los temblores.

—Esa niña quiere casarse con el hermano... —dijo Ismael con un hilo de voz.

—Un cuento antiguo.

—Una verdad monda y lironda.

—Prefiero el folletín, aunque es más macabro de lo que imaginas. A la tercera va la vencida. Viste venir a un borracho, podías haber tropezado con un muerto. Por mucho que hablemos, no lo vamos a remediar. Llevo soñando desde hace mucho tiempo con el más allá...

—Es tarde —zanjó Ismael, dándose la vuelta, abatido.

—Tienes razón, vamos a dejarlo.

El llanto podía ser ahora la respiración del borracho que acababa de dormirse con la boca abierta.

—Ten amigos para esto... —musitó Ismael, abriendo la puerta de la habitación con mucho cuidado.

—Mañana será otro día —escuchó desde un más allá pegado a las sábanas.

Pisó el bajo del pantalón, dio un traspie, se llevó por delante un jarrón que se estrelló en el suelo y se hizo añicos.

—Lo pagas...

Entre las últimas sensaciones del apurado regreso a casa en la noche de aquel día crucial, cuando las calles de Doza estaban más vacías que nunca, porque Ismael Cieza solo era capaz de percibir la extrema soledad de su desasimiento, el abandono o la mutilación de haberse quedado fuera y sin nadie, todavía fluctuó la aprensión del perseguido, como si en la conciencia quedara el residuo que hacía posible el temor de algunos pasos insidiosos a su espalda.

Caminó con creciente rapidez.

Sabía que lo primero que debía hacer al llegar a casa era llamar a su hija, enterarse de la reacción de Novelda, comentar con ella la noticia e improvisar algún comentario tan inocuo como contemplativo, probablemente haciendo el más duro y difícil esfuerzo de disimulo de su vida.

—Tu hija acaba de irse... —dijo Novelda, que fue quien cogió el teléfono—. La llamaron Tina y Gabriela. Cena con ellas.

—¿Te lo ha contado? —inquirió, con el auricular muy pegado a la cara.

—Esperaba algo así, pero no puedo negar que me ha dejado sorprendida. No sé qué decirte. El novio no me lo imagino, la boda me escama. Pero ya sabes cómo es tu hija, lo que decide es lo que va a misa, y mañana mejor que pasado. No sé de dónde le viene esa capacidad.

—¿Estás disgustada?

—Preocupada. A ti no te pregunto lo que piensas porque ni siquiera me apetece.

—Yo también lo estoy... —musitó Ismael, muy cohibido.

—Pues tendrás que tomar de veras cartas en el asunto. Pero mira, Ismael, no quiero pedir peras al olmo. Háblale, haz lo que te parezca.

—Voy a solucionarlo.

Los silencios telefónicos con Novelda reconvertían los segundos en minutos, horadaban el ánimo de Ismael como un punzón helado.

—Y ya sabes que es tartaja... —dijo Novelda, sin poder contener la irritación—. Huérfano, con un puesto en Correos. Le echó el lazo por la calle, a ti te caerá bien.

—No nos pongamos nerviosos.

—Hará lo que le dé la gana. Siempre lo hace. En fin, Ismael, no me apetece seguir hablando. Coges a tu hija y haces con ella lo que te parezca. Le ríes la gracia o le das una bofetada. Si las prisas tienen alguna otra justificación, pues que Dios nos coja confesados.

—¿Es que ha insinuado algo, le preguntaste?...

—Que tome las riendas Ganido, como ella te llama.

—No me dejes con esta congoja.

El silencio telefónico volvió a multiplicar los segundos.

—Pues mira, si tengo que serte sincera, me temo cualquier cosa. No hay explicación para que se ponga tan borde. No se puede hablar de boda a la primera de cambio.

—¿Habéis discutido?

—Yo digo lo que pienso, ya me conoces. La vida me ha sacudido lo suficiente como para no andarme con cajas templadas, y es la única hija que tengo.

—Voy a hacer algo, de veras, queda de mi cuenta... —aseguró Ismael con mucha convicción.

—Eres un padre de armas tomar. Fuiste un marido ideal. Tienes todo lo que hay que tener. Me tocaste en una tómbola. Perdóname, todo esto no me ha pillado en mi mejor día.

—Te juro que corre de mi cuenta.

—A veces, Ismael, cuando pienso en ti, ya cada vez menos, me pongo triste. El otro día soñé que te encontraba en la Calle Moreda, por las correderas, eras un mendigo, estabas pidiendo. Te di una limosna, no me reconociste.

El último pensamiento, antes de dormirse, fue para los bichos que habían desaparecido sin dejar el rastro que en otras ocasiones concitaba su familiaridad, como si la imaginación detallara en ellos el atributo de una querencia misteriosa.

Fue un pensamiento veloz, una indicación que los reunía en la imagen fugaz de las baldosas de la cocina, el armario y la pared del salón.

Los bichos no estaban en ningún sitio, y el pensamiento semejaba la requisitoria de quien en el límite del sueño todavía precisa de alguna agarradera para no dejarse sucumbir, tal vez porque en aquella ocasión el sueño incubaba todas las preocupaciones de la vida de Ismael y cualquier excusa serviría para rehuirlo.

Lo que hizo hasta meterse en la cama, tan extenuado como impaciente, fue merodear por el piso con la misma inducción con que lo acababa de hacer por las calles de Doza, sintiendo en la insolvencia de algunos de sus pasos la desazón del peso muerto del cuerpo entremezclada con una niebla del espíritu que le aturdía.

Era un peso orgánico y, cuando se detenía y llevaba las manos a la tripa, palpaba la dureza, el contorno de una piedra que se había desmoronado desde algún rincón de la mente o del alma. Un malestar pétreo, comprimido, que apretaba la voluntad de su incertidumbre y estrangulaba el intestino, igual que una sogas que pendiera desde el cuello y el vientre y sujetara en suspenso lo que del cuerpo se desprendía, que podía ser lo mismo que derretía el espíritu.

Hubo un momento en que pareció tener clara la decisión de escribir una carta a Antino. Lo que Lucio le había dicho, con el despego de sus emociones étlicas y la intemperancia de su estado, podía ser acertado. Una carta mejor que otra conversación o, al menos, una carta previa a otra entrevista, pero en la que ya quedase claro todo lo que debía saber.

El asunto había que resolverlo con él. En Antino radicaba la solución o, más exactamente, la resolución: en la decisión que debiera tomar cuando se lo contase todo.

La carta le duró a Ismael una larga hora y contribuyó a acrecentar el desasosiego y la impaciencia. Poco antes de acostarse la tomó en las manos, la leyó desanimado y la rompió.

Entre las indecisiones de la escritura cobraba especial relieve el modo de tratar al destinatario, y todos los subterfugios resultaron insatisfactorios. Cuando Ismael se decidió a llamar a Antino hijo mío, la pluma se le fue de los dedos, y cuando tachó lo que acababa de llamarle sufrió un embate en la memoria que le hizo estremecerse.

La memoria recobraba algo relacionado con la voz de Damina, lo que en algún

rapto amoroso pudiera haberle dicho, un susurro en el oído de Ismael y, al tiempo, el aroma del perfume que transpiraba la piel.

Hijo mío, querido amigo, apreciado Antino.

La carta permitía la distancia, evitaba el disparo a bocajarro, procuraba que el impacto de la lectura se fuese diseminando en la relectura y que el tiempo ajustase la sorpresa. Era lo mejor, pero aquel no parecía el momento adecuado para escribirla.

Después de romperla, ya acostado, sintió la frustración de haberlo hecho y de haberla escrito tan mal. Dudaba de ser capaz de hacerlo mejor, y la idea que vino a reconciliarle con un nuevo intento fue la de hablarle de Damina, recobrar lo que aquella mujer suponía en un pasado durante tanto tiempo extinguido y puesto a flote, lo que los sentimientos son capaces de germinar en un día cualquiera que ya no se corresponde con ellos, la vida que no cede ni se da.

Una carta sin encabezamiento.

El teléfono sonó en varias ocasiones y las llamadas fueron persistentes, de las que insisten adivinando que a esas horas de la noche todo el mundo está dormido y hay que intentarlo de nuevo.

El sueño de Ismael Cieza había cobrado la resonancia pétreo del cuerpo tendido, del espíritu inmerso.

Era un sueño que se había ido espesando hasta cristalizar, y en la sima de sus apretadas emociones se sucedían las más contradictorias imágenes, un cambiante recorrido de exaltación y temor en el que la confusión paralizaba su conciencia.

La voz del propio Ismael se escuchaba como un eco doloroso en el relato de lo que estaba sucediendo o en el auxilio que pudiera solicitar.

No me tomes, no me contagies, no vengas, no me lleves, decía como quien repite un ruego, para en seguida hacer algunas advertencias: en lo que respecta al cuello de mi camisa, a los ojales de mi cinturón y a los cordones de mis zapatos, será mejor que no se adjudiquen, aunque ahora no estaría de más que alguien me desabrochara, pues este dolor que me comprime no es el resultado de mis necesidades, yo no voy a ningún sitio...

Ismael tuvo la certeza de dormir sobre el somier de una cama que rechinaba al menor movimiento. La certeza también de que su voz era contestada desde muy diversos lugares:

—No os quiero ni os reclamo.

—Ni siquiera nos ves y no estás ciego. Si juntaras los dedos, apresarías una pluma de avestruz.

—Si lograras abrir el ojo izquierdo, verías el aro de un niño colgado en la pared.

—Con la mano abierta puedes tocar el techo. Si llueve, no te mojas, pero el sol puede quemarte.

—Nada os debo.

—El recibo de la luz, la póliza de un seguro doméstico. No puedes esconderte. Mañana terminan todos los plazos.

—No me llamo Cieza, me llamo Ganido.

—El que no se reconoce es el que antes abre la puerta.

También tuvo la seguridad de que en el sueño había unos hombres que rociaban la

cama con gasolina, y la que sobraba la vertían sobre sus pies, pero sabía que el sueño sucedía al menos bajo el control de su voz, y que no era otra cosa que un sueño, aunque la gasolina estuviera caliente.

El teléfono repicó.

El somier estaba muy hundido y el cuerpo de Ismael no lograba incorporarse. El hundimiento formaba una bolsa que apenas lo dejaba moverse.

—Llaman desde la otra punta del hemisferio... —se dijo, alzando la cabeza.

Un hombre es el resultado de lo que quieren los demás, pensó sin enterarse muy bien, y el propio padecimiento de lo que él mismo imagina.

Ahora no recuerdo qué es lo que más me preocupa, pero me parece que están llamando.

—Ya dije que no voy a ir a ningún sitio. El que me busca me encuentra. Y me da igual que me llamen Cieza que Ganido. El carné de identidad lo perdí hace seis meses y no llevo encima ninguna documentación. Carné de conducir no tengo, porque no conduzco. Partida de bautismo y Libro de Familia. Declaración de la Renta. Pero lo mejor es que pregunten en Seguros Occidentales. No me muevo.

El esfuerzo para llegar al teléfono del salón fue parecido al que le costó desprenderse de las pavesas del sueño y del eco de aquellas palabras que lo perseguían con la resonancia con que las pronunciase un ventrilocuo.

—Le llamamos de Santa Sila.

—Sí... —corroboró Ismael, todavía sin la conciencia limpia.

—Del Sanatorio de Santa Sila.

—Dígame.

—Este mediodía ingresó alguien que usted conoce, nos dio su referencia y su teléfono. Nos dijo que era a usted a quien debíamos llamar.

—Tulio.

—Tulio Silvera Bemoral.

—Exacto.

—Ha fallecido. Si usted puede venir y avisar a quien deba.

—¿Tan malo estaba? —inquirió Ismael, más asombrado que extrañado.

—El corazón.

—No tardo en llegar. Avisaré a su padre.

Colgó.

Hubo un instante en que cerró los ojos, poco antes de volver a caminar hacia el dormitorio, con la esperanza absurda de que el sueño, del que acababan de sacarlo, no

hubiese terminado, de que la noticia perteneciese al mismo.

—Ese pobre desgraciado... —musitó en seguida.

El esfuerzo de vestirse fue lento y casi doloroso.

En el cuerpo permanecían las huellas laceradas del somier, y en la cabeza todavía retumbaban las voces y se cruzaba alguna imagen ingrata.

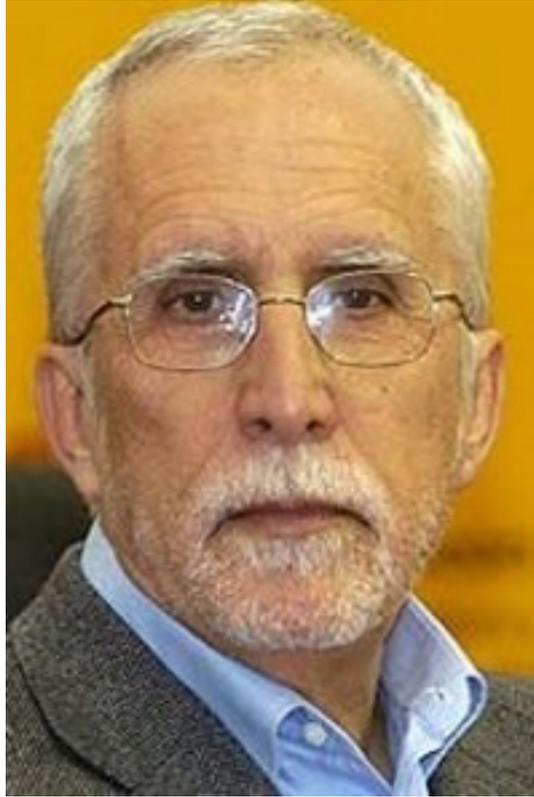
Dudó en llamar primero a don Medardo pero en seguida pensó que lo mejor sería hacerlo desde Santa Sila, después de hablar con los médicos del Sanatorio.

Bajó las escaleras con el mismo esfuerzo con que acababa de vestirse.

La noche de Doza también estaba petrificada.

Iba a caminar hacia una de las calles cercanas donde había una parada de taxi, pero cuando llevaba dados algunos pasos se percató de que había tomado la dirección opuesta.

—Si al menos hubiese podido mover el vientre... —suspiró consternado, como si la mala conciencia sopesara el vacío que tanto necesitaba.



LUIS MATEO DÍEZ (Villablino, León, 1942). En Villablino su padre era funcionario del ayuntamiento. Su infancia transcurrió en este pueblo montañés hasta 1954, año en que la familia se trasladó a León. El contacto con el rico acervo cultural del medio rural determinó en Luis Mateo una temprana disposición hacia lo imaginario, oral o escrito. Estudió Derecho en Oviedo y Madrid e ingresó en 1969, por oposición, en el Cuerpo de Técnicos de Administración General del Ayuntamiento de Madrid. En esta ciudad reside desde entonces alternando la oficina con la creación literaria en un equilibrio óptimo, a juicio del escritor, que está casado y es padre de dos hijos.

Entre 1963 y 1968, participó en la redacción de la revista poética *Claraboya* junto a Agustín Delgado, Antonio Llamas y Ángel Fierro. Por ese entonces publicó sus primeros poemas, seguidos, en 1972, de *Señales de humo*. Sin embargo, su creación poética es efímera y deja paso definitivamente a la ficción narrativa.

Su prestigio literario ha ido creciendo a la par que su incesante producción con la publicación de novelas, cuentos, microrrelatos, artículos, y otras obras de difícil adscripción genérica a medio camino entre la rememoración vivencial, la reflexión literaria, el ensayo y la ficción. La literatura de Luis Mateo Díez está centrada en la tradición fabuladora de Castilla y León, pero su trascendencia es universal, es dueño de uno de los universos más personales de la narrativa española contemporánea.

Su obra literaria ha sido traducida a numerosos idiomas y, en ocasiones, adaptadas al cine. Así, el cuento *Los grajos del Sochantre* ha sido llevado al cine por J. M. Martín Sarmiento en la película *El filandón* y la versión cinematográfica de su novela *La*

frente de la edad ha sido rodada por Julio Sánchez Valdés para Televisión Española. Ocupa el sillón “I” de la Real Academia Española desde el 21 de mayo de 2001.